

DARA SCULLY

ANIMAL DE NIEVE



DARA SCULLY

Animal de nieve



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks
@cabalodetroyaeditorial



@CaballoTroyaEd



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

1

Llegó con el galope de los caballos. Los animales habían comido de su mano, habían lamido aquellas palmas blancas, hermosas: palmas hechas para la caricia. Las alumnas lo vieron desde los dormitorios. Desde las ventanas: los ojos calientes de la casa. De pie, algunas ya vestidas, otras todavía en camisón, los pies desnudos, fríos sobre el suelo de madera. Tenían la vista clavada en el hombre desconocido. Quién sería, se preguntaron. Quién sería aquel hombre que tocaba a los caballos con sus manos delicadas, que se quitaba luego el sombrero en un saludo correctísimo. Tal vez un ministro, se dijeron, o un predicador; sin duda alguien de importancia, pues ahí estaba Miss Bell, erguida, rígida como su bastón: una mujer de negro. La expectación ascendía en los dormitorios. Pronto lo perderían de vista, entraría en la casa, su casa, su colegio. Seguiría a Miss Bell por los pasillos, por los rellanos silenciosos, entraría tal vez en su despacho. ¿Para qué?, se preguntaban. Una de las maestras va a casarse. Tal vez nos deje Miss Stone, que tiene el rostro blanco de las novias. Las alumnas especulaban. Un hombre había penetrado en sus dominios, en su colegio de paredes de piedra, de entramados de flores en los jardines. ¿Acaso se aventuraban a decirlo? ¿Era tal vez un maestro? ¿Se atrevería Miss Bell a dejar que un hombre enseñara a las muchachas?

Frédéric permanecía en silencio. Había dejado atrás un hilo de pisadas suaves, un rumor en la gravilla. No había visto a las muchachas en las ventanas. Podría haber alzado la cabeza, mirarlas: rostros pequeños como flores tras los cristales. Pero seguía con la vista a la mujer que cojeaba. Su bastón acompañaba el movimiento de su cuerpo. Le recordó a un fantasma que había conocido una vez, en un tiempo apenas perceptible. Ella tampoco hablaba. Se había presentado con educación; había en sus gestos una elegancia solapada, cierta nobleza en los rasgos afilados, en sus manos. Alguien habría dicho: no es sólo una profesora. Una directora de un colegio para niñas. Un animal dormido la poseía. Habitaba en su cojera, acentuada en las escaleras que llevaban al último piso. Quiso preguntarle su edad. Quiso saber, aquella primera vez, ante la mirada ciega de las muchachas, cuándo se había quedado coja. Si se había caído de un caballo. Si había sido la enfermedad o una rotura mal curada. Pero el silencio se había vuelto movedizo. No hubiera podido hablar, aunque lo deseara. Estaba allí, denso, caliente, un silencio que ascendía

por la casa. Una palpitación muda de las voces de las niñas, de las maestras, todo detenido ante el paso irregular de quien guiaba la vida del colegio.

Era un lugar sobrio. Los pasillos estrechos se abrían a las aulas. Dijo que se las enseñaría luego, cuando se hubiera acomodado. ¿Llegaría su equipaje al mediodía? Algunas de las maestras ya se habían instalado. Le señaló las escaleras, el tercer piso: los dormitorios. Allí las alumnas cuchicheaban. Una de ellas, alta, de gesto altivo, observaba desde la balaustrada. Luego les relataría cómo Miss Bell había guiado al hombre por el colegio. Imaginaría el paso desigual, la voz grave, el gesto amplio de la mano ante las cosas. Imitaría con perfección sus movimientos. Era sin duda un maestro, de geografía tal vez, quizás un refuerzo para las matemáticas. Un maestro joven, de mirada diáfana. «¿Creéis que será severo? ¿Habrà tenido amantes?» Las niñas soñaban con los amantes. Soñaban con las novias, con Miss Stone, que llevaba un anillo dorado. Pero la muchacha se conducía con misterio. Había visto más de lo que contaba, y lo que decía se alteraba a través de sus palabras. Podía ser todo lo que ellas imaginaran. Un caballero, un religioso, un hombre del mal. Lo que ella dijera sería aceptado por las muchachas aún descalzas, aún vestidas de blanco nocturno. Tenía el poder de la que ha visto, dominaba la ceguera de las otras. «Lo conoceremos mañana», les dijo. Y ellas empezaron a vestirse.

Lo dejaron con la promesa de la comida. El cuarto era pequeño, desnudo; la luz aniquilaba su misterio. Veía el jardín desde la ventana. Un parterre de flores se acomodaba ante sus ojos. Al fondo, los sauces cercaban la casa, la hierba todavía húmeda de rocío, fresca. Imaginó sus paseos por aquel jardín cuidado, la lectura entre los sauces. De niño disfrutaba leyendo en los jardines. Aspiraba el aroma de las flores, la tibieza de la hierba; sus manos acariciaban la tierra con el cuidado de quien toca a un animal pequeño. Supo que aquel jardín lo acogería. A diferencia de la casa, de las alumnas todavía invisibles, aquel jardín le resultaba conocido. Lo había habitado antes, en otra vida, en otro tiempo feliz y escurridizo.

Comió en su cuarto, en el escritorio que daba a la ventana. Una mujer joven le trajo una bandeja. Le dijo que pronto subirían su maleta, el baúl pequeño y anticuado. Él se había quitado la chaqueta, se había desatado los zapatos. El viaje había sido largo. «¿Tomará también la cena en su cuarto?», le preguntó. Un cierto bullicio se había apoderado de la casa. Las muchachas, uniformadas, calzadas ya con sus botas relucientes, cruzaban las estancias, se reconocían de nuevo, volvían a la vida del colegio. Habían pasado alejadas un verano entero. Habían aprendido

palabras nuevas, tenían cosas que contarse. A él le daban jaqueca. Aquella voz caliente, unísona, trepaba por las paredes de la casa. Tomaría la cena en su cuarto. Comería en la quietud de aquel reducto pequeño, aquel espacio blanco, limpio. Se enfrentaría a ellas a la mañana siguiente.

Despertó temprano, antes que la casa. En el jardín se intuía el otoño; los sauces ondulaban sus ramas con el viento. El día sería fresco. Atrás quedaban el verano, las fresas maduras sobre la mesa, los largos baños en el río. El colegio se plegaba sobre el frío, comenzaban a encenderse las chimeneas, las estufas. Pronto pasearían con mitones. Las capas largas de las niñas rozarían las hojas, la hierba a punto de escarcharse. Un invierno prematuro se intuía en los parterres. O tal vez era su propia debilidad. Su miedo creciente a haberse equivocado. Estaba en un colegio. A los treinta y seis años enseñaría música por primera vez. Dejaría atrás las enseñanzas básicas, la botánica, el álgebra, el estudio meticuloso de la ciencia. Aquello que le habían enseñado se disipaba. Tocaría como cuando era niño, enseñaría escalas, tal vez no enseñara nada en absoluto. ¿Qué sabrían las alumnas de música? ¿Habría alguna virtuosa entre ellas? En realidad no le importaba. Las niñas se mantenían alejadas, su voz había enmudecido. Estaba allí como podía estar en cualquier parte, atento sólo al trazado de las nubes en el cielo. Un último lugar al que aferrarse, aquel colegio, aquella música que le había sido devuelta tras años en la sombra.

Habría preferido desayunar en su cuarto, pero aquella mujer joven de la víspera le pidió que la siguiera. Las maestras desayunaban en el comedor pequeño. Eran de edades variadas, de rostros serenos, agrietados algunos, lisos como el de las muchachas los más jóvenes. Había un solo hombre entre ellas, anciano, ajeno sin duda a la enseñanza. No preguntó por él. Tampoco por Miss Bell, que se encontraba ausente. Las maestras más mayores le tendieron la mano, saludaron con una educación uniforme, aprendida tras largos años en el colegio. También su voz resultaba similar, de inflexión clara; la voz de quien gobierna multitudes. Las imaginó ante las alumnas, algunas severas, otras sumisas, domadas por sus criaturas. No reconoció ningún rostro de la calle en ellas. Aquellas mujeres crecían en las escuelas, en los hospicios; caían luego en manos del colegio y allí acababan de formarse. Poseían una mirada común; los muros de la casa las aislaban. Quizás habían soñado con viajar, con amar a hombres o a mujeres; tal vez lo hicieran todavía, tendidas sobre el lecho blanco, virginal, abiertos sus ojos a la noche. Imágenes de playas amplias o reuniones jubilosas, cualquier cosa que no fueran niñas malcriadas.

—Así que será usted nuestro profesor de música —le dijo una de ellas.

Lo habían esperado largo tiempo. Algunas tocaban un poco; la enseñanza de las mujeres incluía el piano, a veces el violín, el canto. Las alumnas formaban un coro de voces delicadas. «Seguirá

usted con él, imaginamos», pero Frédéric no dijo nada. No le interesaban los coros. Las voces blancas de las niñas, cambiantes. Prefería la fuerza del piano, la gravedad de las cuerdas. Los dedos largos acariciando la música. Las niñas ocupaban el comedor grande de la planta baja. Una celadora las guardaba. Tomaban su desayuno ordenadamente: el pan con mantequilla, cortado en rebanadas finas, nunca se mojaba en la leche. Las mayores tenían permitido tomar café. Hablaban poco, dominadas todavía por el sueño, por el frío de las paredes desnudas. Algunas tomaban apuntes en sus cuadernos. Pronto empezarían las clases, el estudio durante las horas centrales, los juegos en el patio. Los hilos, sueltos durante el verano, volverían a tensarse.

2

Miss Bell se dirigió a las alumnas y a sus maestras. La sala grande devolvía el eco grave de su voz. Se habían hecho nuevos ajustes. Las mayores, de catorce años, tenían permiso para dejar el colegio por las tardes. Debían, sin embargo, ser cautas, pues el peligro acechaba tras sus pasos. Algunas rieron brevemente. Una risa abrupta y dolorosa. Miss Bell las incitaba al estudio, a la perseverancia. Sería para muchas el final de su aprendizaje. Después las esperaban los altares, los vestidos níveos, una preñez continuada. La vida era más dura de lo que creían. «Estudien, muchachas, aprendan para la vida futura.» Miraba tal vez hacia el pasado, a las maestras jóvenes, a Frédéric, que la escuchaba con atención. Las alumnas estaban bajo su cuidado. Durante el curso, las pequeñas aprenderían a crecer. Ella debía enderezarlas, evitar el crecimiento retorcido de las ramas. «El orden nos trae sabiduría —les dijo—. No permitan que las alejen de su senda.» Y de nuevo aquella risa cortada, una muchacha entre las otras, la de los brazos lánguidos. Apenas perceptible y sin embargo clara, evidente para Frédéric. Las maestras carraspearon. Miss Bell, apoyada en su bastón, permaneció impassible ante la burla. Bajó del estrado y recorrió la sala con su paso irregular. Las clases habían comenzado.

Las aulas se repartían entre el primer y el segundo piso. El aula de música daba al jardín. Los instrumentos estaban afinados. Los pupitres esperaban a las alumnas. Era un grupo reducido. Las niñas, de trece años, vestían idénticos uniformes: vestidos azules, largos hasta la rodilla, ceñidos en la cintura. Los puños rígidos, blancos, rodeaban sus muñecas delgadas. También las estaturas eran parejas, su peso, las rodillas expuestas a la vista. Sólo observando con detenimiento se veían las imperfecciones. Los cabellos cambiantes, castaños, negros, rubios. Los labios finos de una se transfiguraban en el rostro de las otras. Las pieles eran diáfanas, pieles de muchacha joven, de niña flor. Contenían toda la belleza y eran sin embargo feas; a su edad cambiaban con los días, con la luz que atravesaba las ventanas. Frédéric les dijo que se sentaran. Ellas obedecieron, aparentemente dóciles, los ojos excitados. Por fin conocerían al profesor desconocido. Sabrían si era un caballero, un hombre del mal, un obstáculo insalvable. Pero Frédéric apenas habló con ellas. Les pidió que describieran su relación con la música. Cuando se habían encontrado con ella por primera vez. Si erizaba sus espíritus. Una de las niñas preguntó «¿Qué es erizar?», y las demás rieron. Frédéric no contestó. Observaba el jardín, que, como ellas, cambiaba con la luz,

adquiría nuevos tonos, nuevos movimientos. «Escriban sobre lo que sienten», les dijo. Y ellas se aplicaron sobre sus cuadernos, hundieron las plumas en la tinta, tomaron notas. Recordaban un violín sonando en el salón, al padre que tocaba. Tal vez al hermano, muerto prematuramente, sentado junto al piano. Sólo una mencionó la música en su estado más primario. «Un vértigo innombrable», escribió al comienzo de su cuartilla. El resto estaba vacío. Fue la única que no arrojó a la lumbre por la noche.

Durante el recreo las muchachas fueron interrogadas. Habían conocido al maestro, lo poseían como se posee una joya pequeña, un tesoro. Algunas se daban aires ante las otras. «Es un hombre guapo», dijeron, y ciertamente lo era. Poseía una belleza melancólica. Alto, delgado, con aquellas manos hechas para la grandeza. No había hablado mucho. Se había paseado por el aula, mirándolas sólo por encima, atendiendo a detalles invisibles. Una de ellas le había entregado las cuartillas. La afortunada se paseaba entre las demás, era foco de atenciones. «Dinos, ¿tocó tu mano al recogerlas?» Él la había tocado. Una mentira pequeña. Frédéric apenas la había visto; si la hubiera tocado por azar, habría dejado caer las hojas. Pero las niñas construían una fantasía sólida, se inventaban al hombre, el único en su mundo reducido. Lejos quedaban los padres, los hermanos, algún amigo de la primera infancia. Allí sólo lo tenían a él, recién llegado, y sus humores se excitaban, prendían sus mejillas, los deseos. Querían saber cómo había llegado un hombre a su colegio, quién era, qué escondía su silencio. Querían saberlo todo y por eso lo inventaban.

También las maestras se hacían preguntas. Frédéric había faltado a la comida. Miss Bell, ocupando su lugar habitual en el comedor, no dio muestra de sorpresa. ¿Acaso se conocían? Las maestras jóvenes especulaban. Eran reflejos de sus alumnas; conservaban todavía cierta inclinación a la hermandad, al juego entre sus congéneres. Vestidas con pulcritud, rectas en sus sillas de madera, ponían en común sus impresiones. Las más mayores, desgastadas por la vida y la repetición, sentían menos entusiasmo. Una de ellas había conversado con él unos minutos. Dijo que parecía educado, un poco solemne. Iba vestido con una sencillez formal; la clase de hombre que deja el hogar pronto, que vive siempre solo, oculto a menudo tras las sombras.

—Sólo lleva un día aquí y ya se ha saltado las normas.

Frédéric estaba en el jardín, junto a los sauces. Tenía un libro cerrado sobre las rodillas. Miss

Bell lo observaba desde cierta altura. Él había oído el paso irregular sobre la hierba. Esperó, paciente, a que ella lo alcanzara, pero no se volvió para mirarla.

—Debe usted disculparme. Me vi abrumado por el bullicio —le dijo.

—Esto es un colegio, está en la naturaleza de las niñas ser bulliciosas. Tendrá usted que acostumbrarse.

Frédéric se había educado con tutores. También él había sido tutor, con el tiempo; había elegido las casas por encima de los colegios, la quietud de los salones de estudio, los niños enfermizos que aprendían lentamente. Había enseñado durante años. Llevaba con él ciertos libros, algunas partituras. A veces las casas tenían instrumentos. Los niños practicaban sus lecciones, eran aleccionados por los padres. Tocaban en las fiestas señaladas para familiares dormidos, inertes. Él mantenía siempre una distancia prudencial. Su enseñanza era puramente teórica: nunca salían de los libros. Cuando se iba, los niños lo olvidaban con rapidez. También él los olvidaba, a aquellos muchachos serios, de mirada contenida o arrogante. Niños que no jugaban, niños apocados o exigentes, tristes como lo son aquellos que viven reclusos. Sólo la última casa había dejado en él un poso duradero. ¿Se acordarían los hermanos del maestro? ¿Lo recordarían sus alumnas cuando dejara el colegio al final del curso? Sabía que lo observaban. Durante la primera lección, las muchachas habían seguido sus indicaciones. Habían escrito con la cabeza baja, mirándole entre las palabras. Él había paseado por el aula; sus zapatos resonaban apenas sobre el piso. Había observado las manos pequeñas, los dedos finos: dedos de muchacha o de pianista. Ninguna le pareció especialmente virtuosa. No podía saberlo, pero no sentía en ellas la pasión necesaria, el celo. Tal vez fueran buenas bailarinas. Sabía que en el colegio se bailaba; aquellas que no cantaban en el coro podían elegir otras artes en las que ejercitarse. También practicaban la pintura, escribían poemas diminutos. Llevaban sus cuadernos apretados contra el pecho: allí, el misterio de la palabra. Sus corazones le resultaban ajenos. ¿Quiénes eran esas niñas? ¿Qué sentían, qué pensaban a los trece años? No recordaba haber tenido nunca aquella edad. O tal vez el recuerdo era doloroso. Una sombra hostil en su memoria. Un deseo de olvidar que le mordía.

Conoció a las demás alumnas durante la semana. Las más pequeñas, de once años, le siguieron hasta el aula como polluelos. Su niñez era todavía nítida, evidente en cada gesto. A todas les hizo la misma pregunta. Varias cantaban en el coro; quisieron hacerle una demostración, pero él pidió silencio con voz grave. Sólo debían escribir. Más adelante, tal vez, llegaría la música. Cuando supieran amarla como se aman los incendios. Las mayores fueron más formales. En ellas se intuía ya la línea acabada del crecimiento: varias tenían pechos amplios, labios gruesos de mujer joven.

Contenían su emoción tras sus modales. Sacaron las cuartillas antes de que él les preguntara nada; sabían por las otras que les haría escribir, se habían preparado los discursos, largas disertaciones musicales. Buscaban producir en él una impresión favorable. Que él las mirara en el aula, que dejara el jardín, donde parecía perdido, y volviera a sus alumnas. Que saciara su curiosidad innata, su deseo natural de poseerlo. Sólo una se dirigió a él sin afectación. «Y usted, ¿qué relación tiene con la música?», le preguntó. Las demás permanecieron calladas. Frédéric la miró: era aquella muchacha esbelta, la de la risa como un golpe en la mejilla.

—Se lo diré cuando caiga la primera nevada —le contestó.

—¿Y si no nieva?

—Entonces se quedará sin saberlo.

3

El curso se había iniciado con sosiego. Las alumnas eran generalmente dóciles, plásticas; estaban aún en esa edad cambiante y modelable. Miss Bell las había observado a todas el primer día: una a una, había tomado nota de los rostros, de los cabellos demasiado largos, de los hombros cargados prematuramente. Corregiría los defectos durante el curso. Pasaría una tijera por los cabellos. Algunas sostendrían libros sobre sus cabezas. Habría más pescado durante las comidas, más lecturas, un espacio más pequeño para el juego. Le había dicho al nuevo maestro que las alumnas eran bulliciosas, y ciertamente lo eran. Pero había espacio para el cambio. Las puliría, haría de ellas muchachas de provecho. Sabía que perdería a alguna por el camino. Siempre hay una manzana podrida en la cesta. Cada año, dos o tres muchachas resultaban inadecuadas para la vida pública. Sus deseos las poseían, sus vicios densos, pegajosos. Otras eran irremediamente estúpidas. Pero ella observaba con detenimiento, escudriñaba cada pequeño gesto, la línea de la boca, el tono de la voz durante el canto. Allí se hallaban los indicios. Podía presumir de dirigir un buen colegio para niñas. Los padres deseaban que sus hijas ingresaran en la institución. Decían de Miss Bell que era firme y eficiente. Tal vez las alumnas no la quisieran, pero las preparaba para el mundo. Y eso era lo único importante.

Había entrado en el colegio como maestra. Entonces era una mujer joven, todavía una muchacha; aún no tenía líneas en el rostro. Enseñaba francés a las pequeñas; con las mayores hablaba de temas filosóficos. Durante un año dio clases de baile. Después, una profesora ocupó su lugar, una esclava, ahora retirada. La dirección había caído en sus manos con naturalidad. Había demostrado dotes para el mando, sabía llevar a las alumnas. Guiaba las lecciones de las demás maestras. Fue dándole lustre a aquel colegio aislado, anclado entre el pueblo y la montaña: un colegio provinciano. Ahora, las niñas hacían cola para entrar en él. Todos los dormitorios estaban ocupados. Aquel era su reino, su vida entera transcurría entre las paredes de piedra. Se imaginaba morir allí, en una tarde de invierno: la nieve habría cubierto las huellas del jardín, las mejillas tersas, blanqueadas. El frío velaría su cuerpo. Dirían de ella: Supo trascender su esencia. O no dirían nada en absoluto.

Había recibido al maestro una mañana. Las alumnas observaban desde las ventanas: ojos calientes, hambrientos. Ella no las había prevenido. Sabían que había una vacante libre, pero imaginaban a una maestra, una mujer de mediana edad, tal vez, de voz sonámbula, indiferente. Confiaban quizá en la sorpresa: otra maestra niña. Pero Miss Bell había hecho entrar al hombre en sus dominios. Le había enseñado el edificio: las aulas cerradas, los comedores, el largo pasillo de los dormitorios del tercer piso. Le dijo que algunos días tendría que hacer guardia; también ellas, las otras, guardaban con celo a las muchachas. Había celadoras en el colegio, mujeres misteriosas que servían los almuerzos y las cenas, que planchaban los uniformes y bebían a escondidas. Sus rostros tenían la textura de la piedra. El maestro había preguntado por ellas. «Están a su entera disposición», había dicho Miss Bell. Pero sabía que no usaría sus servicios. Había en él una formalidad sencilla. Comprendió que haría su propia cama, que cuidaría su ropa con esmero. Tal vez le incomodaran las mujeres. También con ella evitaba todo contacto prolongado. La observaba, sin duda —el bastón, aquel imán para la vista—, pero había en él cierto recelo general, prudente. «¿Ha enseñado alguna vez en un colegio?» Él le habló de sus alumnos. De las casas en las que había estado. «Verá usted que no es lo mismo», le dijo Miss Bell. No creía que pudiera soportarlo. Le faltaba contundencia en la mirada, cierta presencia de ánimo. Las muchachas lo amarían; era esa clase de hombre que una ama a los trece años. Pero él no podría tolerarlas. Demasiado ruido, demasiada luz sobre sus ojos. Aquellos ojos grises y velados.

Frédéric evitaba la sala de profesores. Allí se reunían las maestras en sus horas libres, por las tardes: conversaban, jugaban a las cartas, a juegos inventados por ellas mismas. Él prefería la biblioteca. El jardín, mientras el tiempo lo permitiera. No solía encontrarse con Miss Bell. Sabía que la directora se levantaba pronto, antes que las alumnas, y a menudo estaba ausente en el comedor. Se preguntaba si tomaría el desayuno en su despacho. En su cuarto, que imaginaba severo como sus pasos sobre la gravilla. Seguramente comía poco, fruta tal vez, sopas que le llevaban las criadas. A veces silenciaba sus pasos, y entonces aparecía por sorpresa en el jardín. Las alumnas se ponían firmes. Ella repasaba sus cabellos, recogidos con pulcritud en trenzas apretadas. Reprendía a las que se habían atrevido a ponerse lazos. Revisaba también los calcetines, largos hasta la rodilla, y la limpieza rigurosa de las botas. Las alumnas tenían permitido jugar, pero no mancharse. Sus uniformes se lavaban cada semana. Si alguna dejaba caer la mantequilla sobre él era castigada durante el recreo. Tenía que copiar, o pasear con un libro en la cabeza, un libro que le inclinaba el cuello y el espíritu. «La decencia empieza por la apariencia», les decía Miss Bell. Y las niñas apretaban sus trenzas, escupían en sus zapatos para limpiarlos. Se frotaban vigorosamente durante el baño. Todo para evitar el castigo, la exhibición de la culpable. Las risas de las otras, un corro pequeño y venenoso.

A primera hora, antes del desayuno, Frédéric las veía ejercitándose en el jardín. Sesenta muchachas corriendo en círculos, vestidas de blanco, ligeras como animales jóvenes. Al sonido de las palmas saltaban, y sus cuerpos delgados se elevaban por encima de las flores. Miss Bell había implantado aquella nueva disciplina. Las niñas tenían sus clases habituales de gimnasia, pero aquellos primeros minutos de ejercicio las preparaban para el día. Luego comían con apetito, rendían más en sus exámenes. Sus apuntes eran más claros, más precisos. Y al llegar la noche, caían vencidas en sus camas. Nada disuadía más a las muchachas que el cansancio. Se evitaban así disputas, decía Miss Bell, reyertas pequeñas entre alumnas caprichosas. Algunas de ellas venían mimadas; estaban acostumbradas a poseerlo todo. En el colegio, cada una tenía su pastilla de jabón, su lecho asignado, el mismo número de calcetines blancos. La uniformidad apaciguaba sus espíritus. Si alguna traía golosinas debía compartirlas con las otras; de lo contrario eran requisadas. «Fomentamos la solidaridad», le había dicho Miss Bell a Frédéric. Pero a él las niñas no le parecían solidarias. Se pellizcaban unas a otras durante las clases. En las comidas, las mayores devoraban el pan de las pequeñas. Bajo aquella aparente docilidad se escondía una violencia soterrada, un coro de deseos primarios. Él veía sus grietas. En aquellos primeros días, las primeras semanas en el colegio, aprendió a medir el tono de sus voces. Las alumnas eran animales imperfectos. Igual que él, igual que las maestras, las niñas eran humanas. Otra cosa habría sido abominable.

«No tema castigar a las alumnas», le había dicho la directora. Se habían reunido en su despacho: un cuarto austero, limpio, extrañamente iluminado. Había flores sobre la mesa. Frédéric se preguntó si las habría cortado ella; los tallos, largos, eran espinosos. Miss Bell le ofreció té. Él lo rechazó; las criadas, aquellas criaturas pequeñas, lo incomodaban. «Veo que va aclimatándose», le dijo ella.

Frédéric observó la vista tras su espalda. El lago se extendía en su quietud hasta alcanzar las montañas. Desde aquella perspectiva, la más alta de la casa, llegaba a verse el pueblo, las primeras villas, un bosquecillo de pinos en la lejanía. Se imaginó a Miss Bell apoyada en su bastón, contemplando la hilera de montañas recortadas. ¿Pensaría en la huida alguna vez? Durante el verano, los niños del pueblo se bañaban en el lago. Las alumnas más pequeñas sólo podían visitarlo acompañadas de sus maestras. Organizaban excursiones a los bosques cercanos: la naturaleza, exuberante, cubría sus huellas con rapidez. Un rumor de invierno se suspendía sobre el paisaje. Un rumor de muerte, un aislamiento continuo. El colegio estaba fuera de todas las rutas. Él había llegado en un coche de caballos: una rareza. Los vehículos quedaban más allá de las

verjas, de los senderos que se abrían hacia el pueblo, hacia las casas iluminadas, hostiles. «¿Quién construyó el colegio?», había preguntado. Miss Bell le habló de un conde, cien años atrás. Había sido una casa de verano. Una mansión opaca, un mausoleo vacío. Tras la muerte del conde lo habían convertido en un colegio para señoritas. Las niñas acudían allí por el aire puro y montañoso: «Se necesita paz para el estudio». En la ciudad, las muchachas se distraían, caían en vicios pequeños, prescindibles. Allí se extirpaba lo mundano. Las alumnas, ordenadas, se concentraban en sus tareas: alcanzaban la aprobación de sus maestras. «Por supuesto, usted es libre de bajar al pueblo cuando quiera.» Frédéric contempló de nuevo la mansedumbre del lago. ¿Qué clase de gente vivía en ese pueblo? ¿Qué opinaban ellos del colegio, de Miss Bell y sus alumnas? ¿Qué opinaba él, que la tenía enfrente? ¿Llegaría tal vez a conocerla?

Se acercó hasta el pueblo una mañana de domingo. El frío había llegado repentinamente. En las montañas se intuía ya un temblor de nieve. Pronto quedarían cubiertas, inaccesibles. Sólo una vía permanecería abierta para los habitantes del pueblo: la única carretera, amplia, de trazo sinuoso, que partía en dos la violencia de los montes. Por allí se deslizaban las corrientes de aire. Frédéric caminaba despacio, tomaba nota de los senderos, de la hierba pulcra, recortada. Podía oír el aullido incesante de los perros. El paso del zorro, sigiloso, sobre la tierra húmeda. ¿Conocerían las alumnas la barbarie? Tal vez sus padres cazaran. Quizá lo hicieran ellas mismas en sus sueños. De niño, él temía el estallido de las armas. El disparo certero y humeante. Durante un tiempo se había negado a comer animales. Los veía ante sus ojos: corderos sacrificados, cerdos que derramaban su sangre por los pasillos. Su sensibilidad se exacerbaba. Tenía pesadillas, sueños que agujoneaban su descanso. Llegó a enfermar, y su figura pequeña desapareció en el lecho; la fiebre lo consumía. Con el tiempo se había endurecido. Ahora comía los guisos que preparaban las cocineras, aquella carne tierna nadando en salsas, olvidada de su sufrimiento. También las alumnas comían con apetito. Su juventud les exigía el alimento: sus juegos requerían fortaleza. Algunas, las más pequeñas, trepaban a los saucos cuando las maestras se distraían. Desde allí colgaban cabeza abajo, dejaban caer los brazos, las muñecas delgadas eran ramas de una blancura radiante. Las otras golpeaban sus palmas. Eran juegos valientes, risueños: juegos de muchachas sin heridas. A Frédéric le seducía el salvajismo. Una niña se había descalzado. Corría para alcanzar a otra; sus trenzas ondeaban a su espalda. ¿A quién le recordaba? Tenía el mismo cabello rubio, los mismos dedos largos. Al tropezar, las otras la habían rodeado. Hienas pequeñas comiendo de su carne tendida. Al final del juego habían intervenido las maestras. Un castigo para la culpable, la muchacha corredora. «No podemos permitir que se comporten como bestias», dijo Miss Bell. La niña, aún descalza, aulló como respuesta.

Se había detenido poco tiempo en el pueblo. El lago ocupaba uno de sus flancos. Una inundación habría barrido las casas, la iglesia de piedra, el colegio para los niños locales. Un desprendimiento de nieve los habría sepultado. El pueblo, pequeño, sólido, se protegía de los intrusos. Los rostros reflejaban el aislamiento. Algunos trabajaban en la ciudad: partían temprano, dejando atrás las casas dormidas. Otros trabajaban en el propio pueblo, en los comercios antiguos

y esenciales. ¿Eran felices sus habitantes? Había una biblioteca. Una vez al año, un circo cruzaba la frontera de montañas y se instalaba junto al lago; también las alumnas lo visitaban. Frédéric imaginaba un universo propio, ajeno a las normas que definían las ciudades. Allí todos se conocían. Los comercios se heredaban, permanecían estáticos, suspendidos en un tiempo único. También los rostros se heredaban. Familias completas dominaban las villas, aquellas casas alejadas, majestuosas: un último resquicio de bonanza. ¿De qué vivían en el pueblo? Había ganado, pastos que se extendían hasta las montañas, huertas que alimentaban a hombres y animales. Muchos vendían sus productos en mercados cercanos. Otros los vendían a los comercios de la ciudad: frutas frescas para la mesa del pudiente. Algunos tenían tierras, rentas; eran tal vez descendientes de los condes. Con todo, el pueblo sobrevivía. Tal vez viviera así cien años, mil, hasta el final de los días. Seres de voces cautas, cerradas; miradas interrogadoras. A él nadie le prestó atención. Recorrió una calle lateral hasta alcanzar el camino del lago. Era lo único que le interesaba. En invierno su superficie se helaría y atraería a los patinadores. Las alumnas, en filas dobles, parejas, recorrerían el camino que las llevaba al pueblo para contemplar aquel espejo liso. Muchachas cisne alzando el vuelo sobre el agua. Sus capas azules las protegerían del frío. «Es un bello espectáculo, ¿no le parece?», diría una de las maestras. Pero Frédéric veía más allá de las alumnas. Veía a su hermana, veinte años atrás, en otro lago, en otro vuelo impredecible.

Las maestras visitaban a menudo el pueblo. Allí eran conocidas y respetadas. Cierta curiosidad planeaba sobre el colegio: ¿cómo eran las alumnas? ¿Tenían baños para ellas solas, con bañeras grandes, sólidas, donde se bañaban durante largas horas? Les intrigaba la riqueza. Algunas niñas tenían padres influyentes. Cuando venían a buscarlas, una hilera de coches atravesaba el pueblo. Ellos engalanaban los cafés. Hombres y mujeres cepillaban sus abrigos, los zapatos a menudo polvorientos. Sonreían con amabilidad; dientes torcidos, pequeños, el resto del rostro serio. Escudriñaban a los padres, severos, a las madres que vestían pieles y medias finas. Algunas niñas se les parecían. Otras tenían rostros únicos, gestos propios, encantadores o apocados. Comían en el único restaurante y ellos admiraban públicamente sus modales. Los padres dejaban propina, gastaban con despreocupación. Ellos recogían las limosnas. Sonreían hasta que los veían alejarse, y luego regresaban a sus zapatos negros, a la impavidez del rostro. Un desprecio comedido. Los hombres ricos masticando las viandas de los pobres. De los que labraban la tierra y la cuidaban con sus manos nudosas, duras. Los que debían llevar a sus hijos al colegio local, de techo bajo y con humedades. Tal vez soñaran con accidentes. La hilera de vehículos despeñándose: al fondo, un tumulto de cuerpos, una belleza sombría. Las maestras, sin embargo, eran diferentes. Eran de las suyas, mujeres que dejaron el hogar para ganarse la vida. Tenían callos en las manos; su

mirada estaba curtida. Sólo las más jóvenes poseían aún la inocencia del que sueña. Miss Stone, que por las noches se imaginaba casada: un vestido blanco, un velo de muerta sobre el rostro.

Frédéric nunca las llamaba por su nombre. Ellas se habían presentado, le inducían a la familiaridad. Alguna le llamaba Frédéric y él se estremecía. Las maestras admiraban su educación; creían, tal vez, que el nuevo maestro era de familia noble. Un descendiente de marqués, el último eslabón de una antigua gran familia. Daría lustre al colegio; era culto, refinado, tal vez demasiado comedido. «No se divierte usted mucho —le había dicho una de las maestras—. Un joven como usted, sin duda echará de menos la ciudad.» Frédéric había evitado las ciudades. Buscaba los jardines, las villas amplias, los paisajes como cuadros en las ventanas. Había aceptado entrar en el colegio por sus terrenos. Por los prados abiertos, por las flores blancas que los cubrían en primavera. Respiraba únicamente en los terrenos arbolados. La ciudad, perversa, hostil, lo aniquilaba. Su oído sensible no toleraba los ruidos. La música de fiesta: un agujijón para el espíritu. No respondió a las curiosas. Que ellas lo inventaran si querían.

Sólo Miss Bell parecía no sentir curiosidad por el maestro. Frédéric la veía pasear por los terrenos del colegio. Caminaba erguida, ralentizada por la cojera, apenas perceptible en la distancia. Si se cruzaban lo saludaba con educación. Pero nunca se detenía a conversar. Tampoco lo hacía con las otras maestras. Corregía a las alumnas que corrían entre los parterres, o permanecía bajo los sauces con la mirada inerte. Tenía el cabello oscuro, casi negro, recogido en un moño trenzado. Frédéric había pensado que su nuca era hermosa. Nadie lo habría dicho: la nuca de Miss Bell es hermosa. Nada en ella llamaba la atención. No era como Miss Stone y tampoco se parecía a las otras. En ella había, sin duda, un poso de nobleza, el último resquicio de una estirpe superior. Quiénes habían sido sus padres. Dónde se había criado, por qué era directora de un colegio. Frédéric se lo preguntaba. Sus manos blancas, de una delgadez suave, estaban hechas para el reposo. Sólo aquella cojera delataba su humildad. Su aislamiento de las cosas. Tal vez por eso desaparecía; a menudo, Frédéric dejaba de verla durante días. No comía con ellos en el comedor pequeño. Tampoco custodiaba a las alumnas, que preparaban sus trampas en los recodos del jardín. Hubiera querido preguntar «¿Dónde se esconde la directora?», pero las maestras no parecían sorprenderse por su ausencia. La vida del colegio continuaba, se deslizaba sola, en una quietud aparente. Miss Bell había dejado instrucciones. Las alumnas eran castigadas. Sus trampas no llegaban a funcionar. Pequeños incendios se sofocaban; las maestras, curtidas, comprendían el mecanismo de la escuela. También ellas habían sido niñas. Conocían la naturaleza de sus alumnas. ¿Y Miss Bell? No podía imaginar su infancia. Una infancia sin cojera, quizás; el

rostro sacudido por el juego. ¿Había jugado alguna vez? ¿Jugaría sola, encerrada en un cuarto que imaginaba amplio y soleado? ¿Jugaría en alguno de sus sueños?

Frédéric tocaba algunas tardes en el aula de música. A veces, un rostro asomaba tras los cristales. Una alumna veloz, huidiza, tratando de descubrirlo. Él corría las cortinas. El aula perdía entonces su luz. Prefería la penumbra de las cosas. La música en aquella quietud solemne, lejos de las alumnas y las maestras. Sabía que alguna le espiaba. Detrás de la puerta, un paso tranquilo, comedido. Miss Stone le había pedido que tocara para ellas. «¿Nos dará un recital algún domingo?», le había preguntado. Frédéric era intolerante con el público. De niño había tocado algunas veces para sus parientes: melodías sencillas, adaptadas a sus manos pequeñas. Le enfermaba aquella mirada opaca del oyente, su ignorancia de la música. Después le felicitaban con efusividad. «¡Bravo!», decían. Los imaginaba secretamente hastiados, fingiendo ante el más joven de la familia. Sólo su madre había amado la música tanto como él. Y también su hermana, a su manera, a la manera salvaje que tenía de hacer algunas cosas.

Tampoco quiso encargarse del coro de la escuela. Veinte alumnas, de edades diversas, componían aquel coro inofensivo. Ninguna tenía una voz extraordinaria. Las niñas cantaban con esmero, se esforzaban; a él, sin embargo, le parecieron irritantes. Delegó en otra de las maestras, que ya se había ocupado del coro con anterioridad. Hubiera querido librarse también de la custodia, pero Miss Bell fue inflexible en ese punto. Las alumnas debían ser vigiladas. Las celadoras, pacientes, se ocupaban de las tardes y las comidas, pero ellos debían contenerlas por las mañanas. Apagar los fuegos que prendían durante los ratos libres. Los recreos eran un cultivo de bacterias. Las alumnas estaban divididas: las pequeñas, algunas de sólo diez años, jugaban apartadas. Era su labor impedir que se mezclaran, que las mayores abusaran de su fuerza. También debían controlar su vestimenta. Las trenzas debían estar en su sitio. Las capas no podían arrastrarse por el suelo. Frédéric, laxo para con las normas, ignoraba estas pequeñas cosas. Estos defectos naturales. Dejaba que las alumnas se quitaran las capas, que las arrojaban con presteza a la hierba húmeda. Si se iniciaba una pelea —un instante fugaz de desobediencia—, dejaba que alguna otra maestra se encargara. Las infractoras eran separadas; cumplirían sus castigos en el comedor o durante la tarde. Aquel era otro punto conflictivo. Algunos días, Frédéric debía pasar horas con aquellas muchachas rebeldes. Las reunían en la biblioteca, y allí debían copiar líneas incesantes, hileras de palabras que les manchaban el dorso de la mano. A última hora, Miss Bell evaluaba la labor de las reclusas. Algunas eran perdonadas. Otras, las más tozudas, volverían al día siguiente a su castigo.

A veces, durante aquellas horas calladas, inútiles, alguna levantaba la cabeza para observar a Frédéric. ¿Dónde estaba su maestro? Miraba por la ventana, hacia el jardín, con las manos cruzadas a su espalda. Las alumnas admiraban aquellas manos. Anhelaban verlas sobre el piano. Angélica había dicho que eran manos para apaciguar a las bestias. «¿Cómo lo sabes?», le preguntaron ellas. La muchacha sabía cosas que las demás desconocían. Les hacía revelaciones extraordinarias con aparente indiferencia. Había visto llegar a Frédéric desde lo alto de la escalera; más tarde, el hombre le había hecho una promesa. Ella esperaba la nieve. Sabía que en aquella región el invierno era siempre prematuro; las cumbres aguardaban ya su manto blanquecino. Caerían copos apretados, diminutos cristales de hielo, y Frédéric revelaría sus misterios. Mientras, las alumnas observarían durante las clases. Durante los castigos, que cumplían en silencio. Alguna lo había escuchado tocar en el aula de música. Un recado la obligaba a recorrer el pasillo; sus pies silenciosos se detenían junto a la puerta. La música fluía con lentitud. Era de una tristeza honda y dolorosa. «Es Chopin —decía Angélica—, y también Schubert, Schumann, todos los románticos.» Y las demás buscaban las partituras en el aula, tomaban apuntes, se aprendían aquellas piezas desconocidas para ellas. Las que tocaban daban lecciones a las otras. Ninguna era una virtuosa, pero todas deseaban comprender a su maestro.

—Las alumnas comen de su mano —le dijo Miss Bell una tarde.

Se habían encontrado a la entrada del colegio. Ambos se dirigían al pueblo: Frédéric quería visitar nuevamente el lago, Miss Bell llevaba su correspondencia. ¿Con quién se escribiría? Imaginaba a los padres, ancianos; tal vez una hermana en la ciudad. Su vida en una cuartilla pequeña, blanca. La voz que se alejaba de los otros.

—Exagera usted —le respondió.

Miss Bell sonrió levemente. Frédéric nunca la había visto hacerlo. Su gesto era siempre serio, un poco rígido; los labios, apretados, apenas se distendían. En el comedor hablaba en voz baja con las demás maestras. Cuando reían, ella las miraba con cierta reprobación. En el comedor grande las alumnas debían contenerse; allí, sin embargo, Miss Bell tenía las manos atadas. Las maestras seguían sus directrices, pero también ellas se rebelaban a veces, reclamaban privilegios. La risa era uno de ellos. En el comedor, entre bocados, las maestras podían hablar con normalidad. Alejadas de las alumnas, se veían liberadas de su obligación de dar ejemplo.

—Sin embargo, no debe confiarse. El afecto de las niñas es voluble —añadió ella.

—En realidad, no estoy interesado en su afecto.

Miss Bell lo sospechaba. Muchas de las maestras, siendo todavía jóvenes, se imaginaban admiradas por sus alumnas. También queridas: una hermana o una amiga con la que confesarse. En su misma escuela había tenido que erradicar los brotes de la enfermedad. Maestras como Miss

Stone o la desaparecida Miss Carter jugaban con las alumnas como si también ellas fueran criaturas de colegio. Las niñas las manipulaban. En sus manos, las maestras se deformaban, perdían de vista el horizonte. Miss Bell las devolvía al camino de la rectitud. «Disciplina y seriedad —decía—, y un tiempo limitado para el esparcimiento. No somos sus amigas. Estamos aquí para instruir las, no para mimarlas.» Cuando vio a Frédéric por primera vez, comprendió que él no anhelaba la amistad. No le interesaban las alumnas ni las maestras; tal vez ni siquiera le importara la enseñanza. Estaba allí porque la vida lo había dejado exhausto. Miss Bell, aquel primer día, había leído la palidez de su rostro. No debía temer que las alumnas lo torcieran. Tampoco era uno de esos hombres lujuriosos, abusivos: todos estaban a salvo.

Algunas mañanas el fuego de la chimenea se apagaba. El cuarto amanecía helado, mortuorio, pero Miss Bell no parecía notarlo. Se levantaba antes de las primeras luces, bajo un cielo todavía hostil, impredecible. Sus movimientos eran precisos. Pese a la pierna rígida, entumecida por el sueño, discurría por la habitación con cierta exactitud matemática. Se cepillaba el cabello ante el espejo. Sin mirarse, se acomodaba la trenza bajo la nuca, ajustaba el cuello del vestido, negro la mayoría de las veces, algunos días gris, azul marino, pardo. Nunca vestía de blanco. Algunas maestras, las jóvenes —siempre las jóvenes, las niñas, aún risueñas, sanas—, llevaban vestidos vaporosos. Sedas blancas que ondeaban sobre sus tobillos. Las alumnas deseaban imitarlas. Cuando las mayores salían los domingos, muchas de ellas lucían aquellos mismos vestidos, las mismas gasas, la misma transparencia. Los cuerpos se intuían bajo la tela. Una línea delicada, el pecho, el vientre delgado y virgen. Miss Bell se lo permitía. Tiempo atrás ella misma había sido una muchacha de blanco. Ahora, una cinta negra le ceñía el talle y el espíritu.

Dedicaba las primeras horas a velar por el funcionamiento del colegio. Una sirvienta le llevaba el té, que ella bebía deprisa. Si su labor lo permitía bajaba al comedor, pero a menudo prefería la soledad, el silencio confortable de su cuarto. Aquel espacio amplio que la privaba del mundo y la protegía. Desde allí tenía una vista completa de las montañas. Recordaba cuando las había franqueado por primera vez, veinte años antes. El viaje había sido fatigoso. Ella había estado enferma el verano anterior; su rostro, todavía demacrado, llevaba la huella de la fiebre. Le habían adjudicado un cuarto pequeño que daba al jardín, el mismo que ahora ocupaba aquel maestro. Durante días, se había limitado a la contemplación de las flores, de los sauces que extendían sus lenguas sobre la tierra húmeda. Las alumnas alborotaban. Pese al grosor de los muros, a veces se filtraban sus voces, sus cantos elevados. Cuando tomó la dirección se trasladó a uno de los cuartos de la fachada principal. Allí la luz era diáfana. Los prados se abrían a los caminos, al lago

que dominaba el valle, detenido al costado del pueblo. El sonido de las voces se amortiguaba. Sólo el canto de los pájaros alteraba a veces su sosiego. Nadie entraba en aquel cuarto, excepto una de las sirvientas, una mujer mayor que se encargaba de la limpieza. Miss Bell le pedía que dejara el té sobre el escritorio. Nunca probaba las pastas. Cuando volvía, tras el trabajo de la mañana, para acomodarse nuevamente la trenza, ponerse los guantes, tal vez un sombrero, las pastas habían desaparecido. Miss Bell admiraba la precisión de la limpieza. Cada pequeña cosa ocupaba su lugar original; sólo el polvo había desaparecido, la suciedad mínima de los cristales, los últimos rescoldos de la chimenea. El fuego ardía en un extremo del cuarto. Por la noche, aquella mano sigilosa lo alimentaría de nuevo. Si Miss Bell no era descuidada, ardería hasta la mañana siguiente. Entonces el ciclo comenzaría de nuevo. La vida invariable del colegio, un inerte transcurrir de los días.

6

En noviembre llegaron las heladas. Aves grandes se deslizaban sobre la superficie del lago. Frédéric las observaba desde la orilla. Había empezado a pasear junto al lago cada tarde; pronto, el invierno le arrebataría la luz. Entonces se vería obligado a pasar el tiempo en el colegio, junto a las alumnas. Él prefería la soledad. Ya de niño huía de las reuniones, se escondía en las cuadras, entre las patas afiladas de los caballos. A veces se dormía durante largas horas. Las bestias velaban su sueño; los párpados, violáceos, se humedecían. ¿Qué soñaba durante aquellas horas? Veía a los caballos en la pradera. Manadas amplias, de una belleza virgen, trotaban ante sus ojos. Él extendía la mano para tocarlos. En el sueño, deseaba acariciar las crines blancas, el arco suave del lomo. Su hermana siempre lo retenía. Aparecía allí, descalza, y tomaba su mano entre las suyas. Frédéric abría los ojos. «Todos te buscan», le decía ella. Y lo cargaba en brazos, aún dormido, sediento, y le lavaba luego las manos sucias, los pies pequeños, pies de niño de seis años. ¿Por qué pensaba en ella ahora? Tal vez el lago se la recordaba, aquella superficie mate y silenciosa. Las aves habían concluido su vuelo. La lejanía aniquilaba los cuerpos; el cielo, todavía abierto, regresaba nuevamente a su limpieza.

Las vio bailar una tarde despejada. Habían salido al jardín; normalmente, las alumnas ensayaban con su profesora en el aula de baile, cerrada para el resto. Algunas estaban también en la clase de canto. Frédéric había empezado a reconocerlas: los rostros variaban, se modelaban al fin ante sus ojos. Las alumnas llevaban maillots blancos, ajustados al cuerpo; niñas cisne que bailaban. Había en ellas una sincronización hermosa. A diferencia del canto, las muchachas parecían dotadas para el baile. Se movían con gracia; sus músculos jóvenes las elevaban sobre la hierba, plegaban los brazos, las piernas delgadas, la espalda de una blancura reluciente. Los cabellos se recogían pulcramente en un moño alto. A un lado, junto a la fachada del colegio, Miss Bell seguía el ritmo de la lección. Se apoyaba en el bastón con ligereza; la mano libre, desnuda, se adaptaba al movimiento de las bailarinas. A veces indicaba algo a la profesora y ésta corregía a alguna de las niñas. Ellas parecían ignorar la presencia de Miss Bell. Frédéric las observó tanto como se lo permitió el decoro. Atravesó el jardín despacio, atento a la directora, a su movimiento leve, flexible. Llevaba un vestido ligero, azul; parecía vestida para el baile. La imaginó entre las alumnas, su estatura destacada, los hombros estrechos ondulándose, los brazos como alas de

insecto. Su cojera desaparecía. El bastón, negro, sólido, sostenía un cuerpo grácil que bailaba. ¿Era realmente Miss Bell? ¿Quién bailaba ante sus ojos? Frédéric alcanzó la fachada del colegio. La directora inclinó la cabeza para saludarlo: no se había movido de su sitio. Sólo la mano delgada, de dedos finos, había seguido la danza. Frédéric le devolvió el saludo. La cojera, como una burla, se evidenció en toda su magnitud.

Durante la cena Miss Bell acompañó a sus maestras. Se había cambiado de ropa; llevaba de nuevo uno de aquellos vestidos oscuros, sobrios, nocturnos. Las maestras hablaban de las heladas. El frío se deslizaba ya por los jardines, trepaba por las fachadas de piedra, las devoraba. Todas las chimeneas estaban encendidas. En el comedor grande, las alumnas comían deprisa; soñaban con los dormitorios caldeados, con los lechos abiertos, tibios. Sabían que tardarían en alcanzar el sueño. Aunque la celadora velaba, las niñas tenían permitida media hora de ocio. Podían hablar con sus compañeras, intercambiar confidencias, cartas. Algunas se acicalaban ante los espejos. Los baños, austeros pero amplios, con bañeras lacadas, acogían aquellos cuerpos en desarrollo. Las alumnas se soltaban las trenzas. Cabellos lacios, largos, caían sobre los hombros desnudos, sobre las espaldas jóvenes. Las muchachas se cepillaban entre ellas. Se lavaban las manos, los pies, las axilas sin vello. Las bañeras sólo se permitían los domingos. El resto de la semana las muchachas utilizaban los lavabos; por turnos, en fila, descubrían sus miembros ante la mirada de las otras. Frédéric nunca pensaba en ellas. Aquellos cuerpos en el comedor, en los dormitorios. Algunos días olvidaba por completo que estaba en un colegio. Entonces veía a alguna de las muchachas que corría, una capa ondeando, la risa cantarina. Regresaban a él durante las clases. Le hacían preguntas —«¿Cuándo aprendió a tocar el piano?», «¿Toca algún otro instrumento?»—, pero nunca respondía. Las alumnas eran perseverantes. Se aplicaban en el estudio de la música, aprendían con rapidez por el deseo simple de complacerle. Querían que él tocara para ellas. «¿Tocará durante la fiesta de Navidad?» Las bailarinas estaban preparando su función. Las alumnas del coro cantarían. Pero la Navidad era todavía un destello lejano. Cuántas cosas podían ocurrir en aquel tiempo. La nieve podía sepultarlos. Tal vez las cantantes enmudecieran. Las alumnas se reían, se sorprendían del humor de su maestro. Un nuevo rasgo aprendido, la risa, el esbozo suave de la boca. «Debería usted reír más», le había dicho Angélica. Él pensó en responder: «Cuando llegue la nieve». Pero la nieve era peligrosa. Ya había hecho una promesa y la muchacha seguía esperando su llegada.

Frédéric no volvió a ver a las bailarinas. El frío las recluía de nuevo dentro del colegio. Se preguntaba si Miss Bell asistiría con regularidad a las lecciones; sabía que era tutora de las

mayores, que resolvía dudas, que atendía también a las maestras. A veces preparaba con ellas las clases: el estudio era organizado, metódico, completo. Los padres estaban satisfechos. Las alumnas salían del colegio sabiendo más que sus compañeras de la ciudad. No sólo tenían los paisajes, la exuberancia del verde; también adquirían conocimientos relevantes. Aprendían literatura, arte, música. Conocían las ciencias, las matemáticas. No era un colegio para señoritas: no había hornos ni costura. «Haced valer vuestra inteligencia —les decía Miss Bell—. Podéis ser cualquier cosa que os propongáis.» Y las alumnas se proponían la danza, el canto, la poesía. Se intercambiaban libros por las noches. No había distinción entre ellas y los muchachos; cuando crecieran, serían mujeres de provecho. Algunas soñaban con los altares. Con un hombre que tomara su mano con ternura. Seguían a Miss Stone, que, se decía, preparaba su boda. Pero Miss Bell estaba atenta a las distracciones. Cortaba de raíz aquel deseo de afecto. A veces llegaban revistas del exterior que ella confiscaba; entonces reunía a sus alumnas y les hablaba de la vida más allá de las montañas. Su voz tenía cierto apasionamiento. «Olvidad las bodas. Creed primero, conoced el mundo. Todo os ha sido entregado, no dejéis que nadie os lo arrebathe.» Entonces las revistas desaparecían por un tiempo. Las alumnas dejaban de perseguir a Miss Stone, que podía volver a sus quehaceres. Frédéric las veía en los jardines, envueltas en sus capas, leyendo voluminosos libros. ¿Qué las movía a obedecer? No admiraban a Miss Bell, y sin embargo la directora tenía el poder de sacudirlas.

Él había empezado a prestar atención a sus progresos. Ahora las distinguía con facilidad. Las pequeñas eran excitables; la música, sin embargo, tranquilizaba sus espíritus. El gramófono sonaba en el aula. Les enseñaba los nocturnos, que ellas parecían apreciar sinceramente. Preferían las piezas ligeras, rápidas; algunas alumnas las adaptaban a sus instrumentos y tocaban en el jardín variaciones torpes de Schubert o Chopin. Miss Bell le felicitó. Parecía dudar de sus capacidades, de su interés por la enseñanza. Los primeros días había seguido su evolución; sabía de aquella pregunta que luego él había ignorado. Temió que el maestro se despreocupara, que no siguiera las lecciones marcadas, que no tuviera iniciativa. Lo había contratado porque alguien se lo había pedido. «Es un hombre sabio —le habían dicho—. No sólo conoce la música.» Su apariencia era engañosa: Frédéric, callado, distante, vivía en un aislamiento voluntario. ¿Cómo podía conocer la vida? Pero en su aula sonaba la música, aquel piano que había pertenecido a la nobleza. Un hombre así debía poseer un alma auténtica. Las alumnas la apreciarían, verían más allá de los deseos. Él les enseñaría algo. Tal vez no lo supiera, cegado como estaba, pero Miss Bell lo había comprendido. El colegio agradecía su presencia.

Angélica había seguido los pasos del maestro. Sabía que disfrutaba paseando junto al lago. Aquella masa viva, compacta, atraía su atención, lo seducía. Una tarde lo siguió hasta el pueblo. Frédéric caminaba deprisa; sus zapatos oscuros dejaban huellas sobre la tierra blanda. Angélica conocía los atajos. Tres años en el colegio definían su aprendizaje. Quería darle alcance antes de que él llegara al pueblo, sorprenderle: un encuentro fortuito. Ella diría que quería ver el lago. En aquellos días, a finales de noviembre, el lago adquiría la consistencia de un espejo. Las últimas aves, condenadas por su lentitud, surcaban el cielo a baja altura. Angélica las veía reflejadas. Se veía a sí misma, rubia, alta, extrañamente inmóvil. A Frédéric también le seducía aquella quietud. Angélica había pensado: «El hombre busca algo en el lago. Busca en las aguas tranquilas, traicioneras». ¿Sabría lo de los ahogados? Lo de aquella muchacha que había saltado de una barca para morir. El colegio estuvo de luto. Tres días de negro riguroso; en la fachada, crespones que colgaban. Miss Bell había advertido de los peligros de la naturaleza. Algunas alumnas lloraron. La pérdida, a su edad, era incomprensible. Las muchachas jóvenes no podían matarse. Un accidente, dijeron. Resbaló, y su cuerpo se hundió como un peso delicado, carnosos, dúctil. Los peces la habrían devorado. Años después, quedaría sólo un esqueleto frágil. Angélica imaginó que Frédéric podía verlo bajo el agua. Aquel esqueleto, una calavera sonriente. Quizás él le hablara de ello. «Debe usted tener cuidado, recuerde lo de la muchacha muerta.» Pero el maestro no podía saberlo. En el colegio no se hablaba de ello. Las alumnas mayores, sus compañeras, ya la habían olvidado. Se olvida pronto a las muchachas que mueren. A las criaturas jóvenes. Ella no podía olvidarla. Cruzaba los prados, los senderos desnudos, y sentía la violencia de su sombra tras sus pasos.

Cuando se encontraron, Frédéric se había quitado la chaqueta. Llevaba una camisa blanca, pulcra; las mangas un poco remangadas. El día era templado. Un calor anómalo, impropio de la época, se suspendía sobre los campos. Angélica lo saludó sin afectación. Las alumnas, a menudo, imitaban a los adultos cuando hablaban. Querían causar una buena impresión, que se las tuviera en cuenta. Sus modales eran antinaturales. Angélica, en el último curso, a punto ya de abandonar la escuela, rechazaba aquellas prácticas. Prefería su propia entonación, un poco grave. Sabía que los maestros apreciaban la personalidad. Frédéric le devolvió el saludo. No parecía sorprendido; tal

vez imaginaba el interés de la muchacha, aquella que le había preguntado por la música. La que esperaba la nieve. La tarde era de una claridad que resultaba dolorosa. También Angélica se había quitado la capa; la llevaba en el brazo, colgante: una criatura muerta.

—Hay algo en el lago que paraliza, ¿no le parece? —le dijo.

Pensaba en la muchacha ahogada. Aquella alumna, morena, alta; la recordaba como si pudiera verla junto a ellos. Tenía un nombre largo. Un nombre hermoso, de una cierta oscuridad. La misma oscuridad de la mirada.

—¿Le disgusta? —preguntó él, mirando el horizonte, la línea fija del agua.

—Al contrario. Es mi lugar favorito.

Frédéric cruzó las manos a la espalda. Angélica deseaba sostener aquellas manos. Llevarse las a los labios, besar los dedos largos, delgados. Aquellas manos hechas para apaciguar a las bestias. ¿Cuántos perros habrían comido de su palma? Y, sin embargo, él las ocultaba. Paseaba sin mirarla, sin reparar en su presencia. Le permitía que lo acompañara. Angélica seguía su paso, caminaban ambos junto al lago. Una alumna y su maestro. Un hombre y una niña.

Regresaron poco antes del atardecer. Los días se acortaban. El calor, aquella temperatura anómala, había descendido. Angélica se envolvía en su capa; Frédéric, con la chaqueta aún en el brazo, la despidió junto a la entrada. «¿Qué escondes?», se preguntó la muchacha. Lo dejó ir: lo vio entrar en el colegio, subir después las escaleras, encerrarse nuevamente en su cuarto. Ella se dirigió al dormitorio. A esa hora, un lugar vacío. Un desierto. Las otras no imaginarían nada; ella tampoco se lo diría. Había paseado con el maestro. Ambos habían mirado la superficie del lago. En la noche, ahora fría, el reflejo se mantenía suspendido. La muerta, pensaba Angélica, tendía hacia ellos una mano presurosa.

Aquella noche, tras una cena frugal, Frédéric regresó al jardín para un paseo nocturno. Miss Bell no había cenado con ellos. Se preguntó si estaría en el pueblo, si alguna vez dormiría fuera del colegio. Angélica, en el lago, había hablado de ella. Cuando la vio, cerca de la plaza, como una aparecida, comprendió que la muchacha lo había seguido. No dio muestras de sorpresa. Dejó que lo alcanzara, que le hablara del lago. También a él le atraía aquel espejo impenetrable. Los muertos que dormían en sus profundidades. Pensó que tal vez ella los mencionaría, pero había sido cauta. Lo observaba. Sus ojos claros, oblicuos, trataban de leer su rostro. ¿Cuánto llegaba a ver? Había en ella algo premonitorio. Frédéric había pensado que la muchacha conocía aquel otro lago, el de su hermana. Que había patinado por aquella misma superficie. ¿Habría estado allí alguna vez? En una excursión, tal vez unas vacaciones. Un viaje al norte entre dos cursos. Pero

Angélica había cambiado de tema antes de que él pudiera preguntarle nada. Fue entonces cuando había mencionado a Miss Bell, su paso renqueante. Le dijo que se había cruzado con ella. Ahora lo recordaba. A punto de entrar de nuevo en el colegio, Frédéric supo que los tres habían estado de algún modo juntos. Habían coincidido en el mismo espacio al mismo tiempo, más allá de la escuela, bajo el influjo del lago. ¿Lo habría contemplado también Miss Bell? ¿Habría escuchado el lamento de los muertos?

Soñaba con praderas húmedas. Con caballos, igual que cuando era niño. Los animales pastaban junto al colegio. Las alumnas acariciaban sus grupas, los músculos tensos, calientes. Pedían permiso para alimentarlos. No veía a Miss Bell entre ellas; la directora se había excusado, estaba enferma. Una enfermedad sin nombre. Frédéric, junto a las alumnas, sostenía una bolsa con azucarillos. También de niño había tenido una bolsa como aquélla. Su madre se la había entregado una tarde soleada. Era un día cálido, un día de finales de verano. Frédéric tenía siete años. Aún no había crecido como le correspondía. Seguía teniendo las manos pequeñas, el mismo rostro delgado de su hermana. Su madre le dijo: «¿Quieres conocer al caballo nuevo?». Acababan de traerlo. Era un animal hermoso, joven. Un caballo para los paseos, para cazar en los bosques. Frédéric sostuvo los azucarillos. Los terrones, duros, se disolverían en la lengua del animal. ¿En qué pensaban los caballos? Se lo preguntó a su madre: «Madre, ¿sufren los caballos?». Ella le dijo que los animales sentían su propia pena. Una pena distinta a la del hombre. «Pero sufren», insistió el niño. Y recorrían juntos el jardín, el prado, habían alcanzado ya las cuerdas, su refugio favorito. El caballo tenía el pelaje negro. Las patas espigadas, listas para el salto. Tres meses más tarde se rompería una de ellas durante una cacería. Una lesión irreversible. El padre, pragmático, le pegó un tiro. «¿Para qué sirve un caballo cojo?», dijo durante la cena.

Frédéric se despertaba al amanecer. El cielo aún no había clareado: pronto se cubriría de azul, de blanco, un preludio de la nieve. Recordaba el sueño con nitidez. Antes de olvidarlo lo apuntaba en una libreta pequeña, un cuaderno de memorias. Su caligrafía era apretada; letras que se amontonaban con premura. Tras la escritura desistía de regresar al sueño. Aún le quedaba una hora para que el colegio se pusiera en marcha. Las alumnas dormían en sus cuartos. Los doseles cubrían los lechos, las protegían de las miradas indiscretas. Docenas de muchachas tendidas, durmientes; su aliento, una brisa cálida. Frédéric se vestía con lentitud. Se afeitaba ante el espejo redondo; el agua fría lo despejaba. Le hubiera gustado salir a dar un paseo temprano, pero temía que la directora lo sorprendiera. La imaginaba también despierta, laboriosa, lista para la mañana. Sabía que estaba allí, en algún lugar. En su mismo piso. Las maestras dormían sobre las alumnas: así podían controlarlas. Sofocar las posibles revueltas. Las rebeliones nocturnas. Pero las niñas eran tranquilas. Hablaban en voz baja con sus compañeras y después caían como animales

exhaustos. Como cáscaras vacías de un insecto de verano. Trabajaban demasiado. Estudiaban, leían, aprendían música. El esparcimiento era ligero. Una hora en el jardín por la mañana. Cuando llegara el verdadero frío, la solidez del invierno, tendrían que conformarse con la sala grande. El auditorio era para las ocasiones importantes. Tal vez la galería, si los cristales no estaban helados. Era por su propio bien. Así lo decían las maestras, que velaban por ellas. «El frío es perjudicial. No debemos permitir que enfermen.» Pero las alumnas tenían de su lado la juventud, la fortaleza de su edad. Habrían soportado las nevadas. Patinaban en el hielo sin más abrigo que una capa fina. Mientras pensaba en ello el cielo había clareado por completo. En los dormitorios empezaba la actividad: las durmientes se despertaban, sus pies correteaban como hormigas sobre el suelo. Frédéric se puso los zapatos. Si se daba prisa, aún podría pasear antes de la primera lección. Una bocanada de aire helado. La fuerza necesaria para soportar el día.

Aquella tarde volvió a ver a Miss Bell con las bailarinas. Llevaban las capas sobre los hombros; las piernas, enfundadas en blanco, emergían como tallos tras la tela. Practicaban su coreografía bajo la caricia de la luz. ¿Por qué habían salido del aula? Miss Bell las observaba con detenimiento. La profesora de baile, obediente, seguía sus indicaciones. «Las espaldas deben inclinarse. Las piernas no se alzan lo suficiente.» Las alumnas debían experimentar la meteorología. Vencer la resistencia del viento. Una brisa ligera, fría, procedente del lago. La promesa de un temporal. Frédéric se detuvo en medio del jardín: sostenía un libro entre las manos, iba a leer bajo los sauces. No era el baile lo que atraía su atención, sino Miss Bell, apoyada con ligereza en su bastón, moviendo el brazo con agilidad. Sonaba una música invisible. Música de cámara, sombría. Ensayaban para la función de Navidad. Las alumnas se engalanaban, preparaban sus números, se exhibían. Hermosos pavos reales con cintas en las trenzas. Los padres halagarían a las maestras. Se aplaudiría el esfuerzo, la dedicación; las alumnas eran entregadas. Pero Miss Bell no parecía satisfecha. Aquella tarde, en el jardín, las alumnas se quejaban del viento. Habrían ensayado mejor en el aula, ante los espejos. Habrían visto mejor sus imperfecciones. ¿Qué hacían allí? Se lo habían preguntado a la profesora de baile, una marioneta. «Se espera de ustedes la excelencia», había dicho Miss Bell. Angélica bailaba. En el centro del grupo, la más alta, una auténtica bailarina. Sus dedos estaban enrojecidos. Frédéric pensó que aquello no era necesario. Pero Miss Bell se había acercado a las alumnas, las examinaba con mayor precisión. Su mirada era metálica, implacable.

—No alce así las rodillas —le dijo a Angélica. La muchacha repitió el gesto—. ¿No me ha oído? No está usted pateando una pelota.

Angélica se detuvo. Sus labios se apretaron, burlones.

—¿Por qué no baila usted y nos enseña cómo hacerlo?

Miss Bell enmudeció. Una aparente debilidad parecía poseerla; su mano, lívida, apretaba el bastón con fuerza.

—Váyanse adentro, todas. La lección ha terminado.

Ella fue la primera en retirarse. Frédéric la observó: la cojera se había acentuado. Las alumnas desfilaron detrás, seguidas de la profesora, que cerraba el grupo. Angélica caminaba con presteza. Llevaba la cabeza alzada: un gesto adusto, difícil de descifrar. ¿Había visto a Frédéric? Él no estaba seguro. Miss Bell sí que lo había visto, había visto cómo cruzaba el jardín, cómo se detenía a cierta distancia. El pudor, que le hacía sonrojarse, había quedado a un lado. Durante el enfrentamiento pensó en intervenir. Aunque ¿qué podía hacer él? ¿Qué podría haber dicho? Miss Bell sin duda podía manejar a la muchacha; comprendía la naturaleza de sus alumnas, sus puntos débiles. Tal vez Angélica sólo estuviera cansada. Las jóvenes no siempre controlaban sus impulsos. Pero Frédéric veía ante él el rostro lívido de la directora. Un leve tambaleo, sofocado con rapidez. Una herida abierta en la memoria.

Miss Bell contemplaba la violencia del viento tras las ventanas. El cambio de tiempo la había debilitado; la pierna, rígida y helada, había empezado a dolerle. «La misma vieja cuchillada», se había dicho antes de cerrar la puerta de su cuarto. Había una bandeja sobre el escritorio. El té, todavía caliente, y una carta. Una misiva personal, dirigida a su nombre. Apenas recibía correspondencia. Sus padres habían muerto tiempo atrás, con poco tiempo de diferencia: una enfermedad contagiosa. No tenía otros familiares. Su orfandad absoluta no la incomodaba, estaba acostumbrada a la independencia. Había aprendido a valerse por sí misma; el colegio daba prueba de ello. Ahora miraba la carta a su nombre, escrito con caligrafía estilizada, rotunda. Un nombre breve que nadie utilizaba. Una palabra íntima. No tenía amigas entre las maestras; ellas se hacían confidencias, guardaban los secretos escrupulosamente. A menudo sólo se tenían las unas a las otras. Soñaban con casamientos que nunca se realizarían. Con casas llenas de hijos, con tradiciones. Miss Bell las despreciaba por ello. Tenían en sus manos el conocimiento. Eran mujeres instruidas, y sin embargo su educación sentimental las dominaba. Querían imitar aquello que conocían, a sus madres, que se habían casado jóvenes. A otras mujeres con sus criaturas. A partir de cierta edad se resignaban. Y entonces llegaba aquel afecto desmedido hacia sus compañeras. Tal vez algunas se amaran en secreto. Amores lésbicos nunca pronunciados. Miss Bell no sentía aquella clase de deseo. Era cordial con sus subordinadas, pero no las valoraba realmente. A veces alguna hacía amago de acercarse: una invitación para tomar el té, un paseo. Pero Miss Bell la rechazaba con educación. «Hay demasiado que hacer en el colegio. Tengo una

cita, tendrá que disculparme.» Mentiras repetidas con voz mecánica. La mirada ciega de quien piensa en otras cosas. Y las maestras acababan desistiendo.

Pasó el temporal sin apenas salir del cuarto. El invierno asfixiaba las colinas. Un viento cortante, un aullido, agitaba los árboles bajo las ventanas. Había dado instrucciones sin revelar el motivo de su ausencia. Las sirvientas continuaban con sus labores invisibles. Las clases siguieron su curso. Sólo se suspendió la tutoría con las mayores, y tampoco asistió a la clase de baile, por razones obvias. Sentada en la cama, febril, se masajeaba la pierna. Aquella carne entumecida y blanda. Había aprendido a vivir con el dolor, con su paso renqueante. Pero a veces la cuchillada la cogía por sorpresa. La había sentido al regresar al colegio aquella última tarde; después, el tiempo había cambiado. Un temporal de nieve. Un viento afilado, árido, que obligó a las alumnas a permanecer bajo techo. Se dijo que Miss Bell había dejado el colegio. Que se había ausentado por unos días. La directora era silenciosa; en el último piso, al fondo del pasillo, cerrado para todos excepto para ella y las sirvientas, se mantenía una quietud aparente. Leía cuando el dolor no la postraba. Miraba aquellas colinas, las montañas lejanas, blanqueadas ya por una nieve paralizadora. Un sepulcro en las alturas. Imaginaba animales petrificados, ciervos bajo el lago, que comenzaba a congelarse. Pronto las alumnas pedirían salir a patinar. Una tradición que se remontaba a los primeros años del colegio. El lago se prestaba al ocio de las niñas. Las llamaba con su voz opaca: una corriente subterránea. Se decía que sus ramas se extendían bajo los prados. Que brotaban en pozos primaverales tras el deshielo. Una superficie acuática y traicionera donde se ahogaban los animales, las muchachas distraídas y risueñas.

Frédéric volvió a verla la primera semana de diciembre. Estaba pálida, tal vez un poco más delgada. ¿Dónde había estado? Nadie la había visto partir. La nota, dejada a la subdirectora, una de las maestras más mayores, describía instrucciones precisas. Un viaje de última hora. Tal vez una muerte, un hermano agonizante. O un padre anciano, tendido en su lecho de plumas. Aquellos eran motivos para la urgencia, pero nada se sabía con seguridad. Miss Bell podía contar con la complicidad de las sirvientas; lo que fuera que la había obligado a ausentarse, si ellas lo sabían, permanecería en secreto. Eran mujeres mudas. Algunas llevaban treinta años allí. Hijas de familias humildes, muchachas pobres. El colegio las alimentaba. Las vestía, les daba un jornal acorde a sus actividades. Tenían sus cuartos en los sótanos. Visitaban el pueblo dos veces a la semana. Nadie sabía dónde pasaban los veranos, si volvían a sus hogares, si es que los tenían. Frédéric se sentía incómodo ante ellas. Aquellas esclavas menudas, de piel dura, curtida por la limpieza. Le sorprendía su buena disposición. Habían sido criadas para trabajar; no concebían la

vida de otro modo. Pero a él le estremecían. ¿Eran capaces de sentir, aquellas mujeres? Quiso preguntarle a Miss Bell por ellas, pero había cosas en el colegio que no podían cuestionarse. Las sirvientas o la disciplina. Los castigos que se imponían a las alumnas rebeldes. Él no creía en el castigo. De niño, su madre le hacía reflexionar cuando se portaba mal. Le preguntaba por sus razones y él las exponía. Así había aprendido la justicia, a medir las cosas por su valor. ¿Qué sacaban en claro las alumnas del castigo? De aquellas horas copiando palabras inservibles. De los libros sobre sus cabezas díscolas. Tal vez miedo, en las más pequeñas. Un respeto forzado. Pero ¿valía realmente la pena? Que lo respetaran a uno por temor. Que se condujeran ordenadamente para no sufrir el oprobio. Frédéric no estaba seguro, pero quién era él para cuestionarlo. Él, un hombre solo, un simple forastero.

9

Las alumnas ensayaban cada tarde para la fiesta de Navidad. Frédéric no deseaba participar en las celebraciones. Nunca le habían gustado. En su infancia, la Navidad era un desfile de familiares. Rostros que le desagradaban, voces altas, hirientes. Él permanecía en el cuarto de los juegos. Su hermana, cuatro años mayor, había dejado de jugar. Las muñecas habían sido desterradas. «Que las quemem —dijo un día—. Que les corten los cabellos, las manos.» En aquel tiempo, su hermana estaba poseída por la destrucción. Tenía trece años, había comenzado a transformarse. Cabalgaba durante largas horas sobre un caballo gris, azul: un animal hermoso. Frédéric envidiaba su libertad. Su hermana estaba hecha para la intemperie. El cabello rubio, oscurecido, le acariciaba la frente. En aquella época, ella lo devoraba. «Mi hermanito triste —le decía—. Mi pequeño.» Y Frédéric permitía que ella lo abrazara, que besara sus labios pequeños, sus párpados. Un beso casto, ceremonioso. Un amor que florecía.

—Me debe usted una respuesta —dijo Angélica aquella mañana.

Los prados estaban cubiertos de nieve. El sendero se extendía virgen hasta el pueblo; sólo sus huellas, sus zapatos negros, manchaban la blancura. Angélica ya estaba allí cuando él llegó. Contemplaba la superficie helada del lago. Una delgada capa lo cubría, una trampa tentadora. No era aún lo suficientemente sólida; la cuchilla de los patines la atravesaría con facilidad. Angélica permanecía callada. Su mirada discurría más allá de los prados: estaba en otro lugar, en otro tiempo.

—No lo he olvidado —respondió Frédéric.

Esperaba una sonrisa, pero la muchacha permaneció seria. Tenía las manos desnudas; los dedos, nuevamente enrojecidos, eran largos, delgados. Pensó en sus dedos sobre el piano. Sobre un arpa dorada y silenciosa.

—En realidad ya la conozco. La respuesta, quiero decir.

Él no se sorprendió. Angélica lo observaba en el colegio. A veces descubría su mirada suspendida, alejada de sus compañeras. Una mirada familiar, traslúcida. Le pareció que la muchacha procedía de un lugar desconocido. De otra época, de otro invierno que se hubiera solapado con aquel que empezaban a vivir.

—Es obvio, ¿no? —añadió, y caminó a través de la nieve hasta alcanzar la orilla.

— ¿Lo es?

—Usted ya lo sabe. Ambos lo sabemos.

Angélica lo miraba ahora; a su espalda, el hielo parecía agitarse. ¿Por qué estaba allí? No parecía una muchacha caprichosa. Sabía de alumnas que amaban a sus maestros; amores infantiles y obsesivos, propios de las edades tempranas. Alumnas que regalaban flores y postales. A ésas podía reconocerlas. Sus intenciones eran evidentes, claras. ¿Qué quería Angélica de él? ¿Era solamente un juego, una apuesta? ¿La habían retado sus compañeras? Las alumnas habían querido saber de él desde que había llegado. Levantaban las cabezas con avidez, lo señalaban. Pero Angélica había transgredido una línea infranqueable. Lo perseguía. Conocía sus pequeñas rutinas. La observación iba más allá de la simple curiosidad. ¿Había amado Angélica, a los catorce años? Era demasiado joven. Demasiado lúcida, se dijo. Ella seguía mirándolo. Lo leía con facilidad; reía.

—Se hace usted las preguntas equivocadas. Yo no tengo ninguna importancia —le dijo, antes de dejarle junto al lago.

Sólo faltaba una semana. En el colegio se palpaba la agitación. Las alumnas del coro cantaban por los pasillos; sus voces opacas se habían modulado. Frédéric pensó que había algo hermoso en su perseverancia. No había vuelto a ver a las bailarinas. El frío escarchaba las ventanas, paralizaba las ramas de los árboles. Sólo las más valientes se atrevían a jugar en el jardín, ahora desnudo de flores. Miss Bell le había preguntado si tocaría algo para ellas. «A las alumnas les gustaría», le había dicho. ¿Y a ella, le gustaría a ella verlo tocar? No sabía qué pensaba Miss Bell de la música. Conocía su gusto por la literatura. La veía a menudo en la biblioteca, de pie junto a uno de los ventanales, pero se mantenía lejos de su aula. Tras las primeras indicaciones, le había dejado hacer. Había confiado en su criterio, o en el de quien lo había recomendado. Frédéric sabía que las alumnas estaban aprendiendo. Su sensibilidad crecía, se perfilaba; comenzaba a valorar su gusto. Apreciaba su disposición, aunque carecieran del talento necesario. Le dijo a Miss Bell que lo pensaría. No sabía si estaría en el colegio para la fiesta, que se celebraría el último día antes de las vacaciones. Tal vez emprendiera un viaje; hacía tiempo que pensaba en recorrer el sur del país. Buscar latitudes menos frías. «¿No le gusta el invierno?», le había preguntado la directora. Una pregunta personal, la primera que le hacía. Frédéric se sorprendió. «Pensé que, dadas sus circunstancias, se quedaría aquí.» ¿Y ella? ¿Se quedaría ella en el colegio? ¿Tendría una familia esperándola en alguna parte? Una madre severa o un padre afectuoso. Tal vez sobrinos, niños a los que cargar en los brazos. Un remanso de felicidad artificial y ajena.

También Miss Bell hubiera preferido ausentarse durante la fiesta. Toleraba mal a las alumnas jubilosas. Les permitía los paseos del domingo para que descargarán fuera la efusividad. La exaltación adolescente. Sabía que las niñas eran enérgicas. Poseían la energía de su juventud, su inminente iniciación a la vida. En unos años se habrían marchitado. Las risas, ahora claras, ansiosas, se debilitarían. «Que ríen mientras puedan», solía decirse. Pero que lo hicieran lejos. En el pueblo, donde ella no tuviera que oírlos. Donde se mantuviera a salvo. En aquellos días las evitaba. A veces leía durante largas horas; el día, tras los ventanales, iba declinando hacia la noche. Al atardecer veía regresar a las alumnas. Las cabezas descubiertas, húmedas; el cabello sobre los hombros. Llevaban los sombreros en la mano. Las capas las protegían del frío que turbaba sus mejillas. Pura lozanía, sus alumnas. Pura frescura juvenil. Miss Bell apartaba entonces la mirada. Dejaba el libro sobre el escritorio, las gafas redondas: un secreto. Hacía tiempo que las necesitaba. Su vista, igual que tantas otras cosas, no era lo que había sido siempre. Sólo la cojera se mantenía inalterable. El tiempo pasaba por ella sin cambiarla. Había sido una muchacha lisiada y ahora era una mujer coja. En el espejo, su reflejo era irregular; el peso del cuerpo caía hacia el lado izquierdo. El lado del bastón, una reliquia. Un instrumento de castigo. De un golpe, el espinazo quebrado. Un hilo de sangre. Miss Bell se miraba apenas un instante. Después dejaba el bastón junto a la puerta y caminaba descalza por el cuarto. Las maestras la esperaban para la cena. Tenía que presidir la mesa, dar las últimas indicaciones para la semana. Una tarea tediosa, ingrata. Una enfermedad sin cura.

Miss Bell observaba a las bailarinas. Quince muchachas esbeltas que se reflejaban en los espejos. Sus manos se deslizaban sobre la barra. Eran hermosos animales. Seleccionados cuidadosamente, adiestrados para la gracia. Años más tarde, alguna de ellas alcanzaría los grandes escenarios. Un cuerpo de baile robusto, la fama. Tal vez la muerte: una compañera envidiosa. Miss Bell seguía sus movimientos. En el centro, Angélica; el cabello recogido, pulcro, la blanca nuca despejada. La había descubierto el primer año. La muchacha había desdeñado el coro, el tenis; si tenía aptitudes, no quería revelarlas. Pero bailaba en el jardín. Miss Bell la puso ante los espejos. El aula, ampliada, la reflejaba. «Baila», le dijo. Y Angélica obedeció ¿Ya lo planeaba entonces? En algún punto de su educación la muchacha se había desviado. Respondía correctamente a sus maestras; sobresalía en álgebra, en cálculo. Pero se resistía a la disciplina. Miss Bell sabía que algunas veces se escapaba del colegio: tal vez un amante la esperaba en el pueblo. Sólo el baile parecía apasionarla. Se entregaba con delectación a los ensayos. Corregía a sus compañeras, las dominaba. Había nacido para que la siguieran.

Pensó en hacerlo delante de las demás. Una humillación pública. La misma burla devuelta: el espejo ante sus ojos. Pero era una mujer adulta, directora de un colegio, seria. La llamó en el periodo de descanso. Las alumnas bebían agua, se secaban el sudor que les perlaba la frente. La profesora de baile les daba las últimas indicaciones, detalles apenas perceptibles para el neófito. Miss Bell se mantenía siempre apartada. En una esquina, una mirada inquisitiva, punzante. Un aguijón a la espera.

—Angélica, acérquese, por favor.

La muchacha se acercó sin prisa. Su paso era firme, vibrante. Seguía poseída por el baile; los músculos estaban tensos, listos para el salto.

—He estado observándola, y no está usted lo suficientemente preparada. No creemos que sea conveniente que lleve el peso de la danza.

Un plural: la profesora y ella. Una decisión compartida. Miss Bell buscaba sólo lo mejor para las alumnas. «Quizá le convenga descansar», dijo. Otra muchacha ocuparía su lugar; Angélica la acompañaría. Cedería protagonismo, mantendría la cabeza baja. El vuelo del cisne segado de golpe. El aguijón caliente atravesándola.

—No esperaba menos de usted —respondió Angélica, y ocupó su lugar junto a las otras.

Una hilera de padres desfilaba por el pueblo. Había llegado la hora. Los vehículos, lustrosos, modernos, rompían el equilibrio del paisaje. La nieve del sendero que llevaba al colegio había sido retirada. Se había extendido gravilla, sal para evitar los infortunios. Las mujeres se apoyaban en sus maridos. En sus rostros se palpaba la ostentación, el deseo irremediable de exhibirse. Apenas se conocían; los saludos, graves, afectados, les recordaban a los años anteriores. Algunos estaban allí por primera vez. Habían visitado antes el colegio, al llevar a sus hijas. Conocían la efectividad del plan de estudios. La pureza del aire. Pero el interior era otra cosa. No tenían permitido perturbar a las alumnas. Cuando formalizaban la inscripción, justo antes del verano, veían sólo lo indispensable. Ahora, reunidos de nuevo, desfilaban por el sendero como una marcha militar. «Qué paraje tan bello —dijo alguien—. Qué hermoso sería tener una casita junto al lago.» Mentiras inofensivas, tibios lugares comunes. Las frases se repetían. La misma entonación, un poco monótona, artificial. «Qué alegría volver a verles. Sí, mi hija canta en el coro, un prodigio.» Miss Bell los esperaba en la entrada. Les indicaba dónde encontrar a sus hijas; las alumnas, vestidas de blanco, esperaban con impaciencia. Deseaban el beso complaciente, las chucherías, un billete escondido en el hueco de la mano. No les importaban sus padres. Estar internas les enseñaba el desapego. Pasaban largas temporadas alejadas de su familia; cuando volvían a verlos, el rencor había solapado al afecto. Les echaban en cara el abandono. Su reclusión en el paisaje.

Frédéric los vio llegar desde el vestíbulo. Las maestras se habían reunido para recibirlos; ante ellas, Miss Bell, vestida de terciopelo azul. Le pareció que los padres de las alumnas le desagradaban. Algunos pretendían apretar su mano, pero ella inclinaba la cabeza. Un saludo formal, tal vez impropio de una directora de colegio. De las maestras se esperaba cierta calidez. También él fue cortés con aquellos que se acercaron a saludarle; más mujeres que hombres, sorprendidas. Quizá no supieran que un maestro enseñaba a las alumnas. O puede que sus hijas les hubieran escrito; la misma curiosidad parecía consumirlas. «Así que es usted el nuevo profesor de música. ¿Y tocará algo para nosotros?» Otra vez aquella servidumbre. El cuerpo docente al servicio de la enseñanza, de los padres que exigían satisfacciones. La fiesta era en parte para ellos. Para su lucimiento como progenitores: «Mire, ésa de ahí es mi hija, yo la he educado». Las alumnas los validaban. Si una de ellas fallaba, toda la familia quedaba expuesta. Por eso se esmeraban en sus ensayos, para recibir después las recompensas. Un viaje durante el verano. Un caballo blanco. Una herencia anticipada.

Buscó a Angélica con la mirada, pero la muchacha no parecía encontrarse entre las otras. Habían salido al jardín. El tiempo era clemente, una cierta claridad los envolvía. Las niñas hablaban con sus padres, reían; ellos las acariciaban. Un movimiento mecánico, aprendido por imposición. Pensó que tal vez la muchacha estuviera dentro, pero entonces la vio junto a la entrada de la galería. Llevaba su traje de baile. El maillot blanco, reluciente, expuesto. Las largas piernas desnudas. ¿Era aquello parte de la función? ¿Un comienzo anticipado? Frédéric esperó una señal de Miss Bell, un gesto complaciente, pero la directora había entrado en el colegio. Angélica había empezado a moverse. No llevaba las puntas; sus pies, calzados con las zapatillas de raso, pisaban la nieve sin esfuerzo. Algunos se volvieron para mirarla. Bailaba sin música, entregada: un animal salvaje. Una fuerza fulgurante, arrolladora. Las alumnas hicieron un corro. En el centro, Angélica siguió su baile silencioso; los ojos cerrados, violentos. Los padres contenían su exaltación. ¿Conocían a la muchacha? «Es la mejor bailarina del colegio —dijeron sus hijas—. Cuánto le gusta sorprendernos.» Pero Angélica no bailaba para ellos. Tampoco para Frédéric, que seguía su estela blanca con atención. Miss Bell, que había regresado al jardín, la contemplaba. Tenía las manos atadas. Los padres, satisfechos, aplaudían ahora a la muchacha díscola. A la valiente desnuda, helada; dedos largos y enrojecidos. «¡Qué talento tiene la muchacha!» Los padres la celebraban, se rendían con cierto rencor; sus hijas, a su lado, quedaban deslucidas ante aquella aparición de nieve. «Espero que bailes como ella. No querrás decepcionarnos.» Angélica se inclinó para saludarlos. Después se recogió, plegada como un ave, y regresó al interior del colegio.

Miss Bell vio partir a Frédéric desde su cuarto. El maestro era el último en irse; las demás lo habían hecho a primera hora, sin aspavientos. Les esperaba un viaje largo y sosegado. Un pariente en la estación, un amante. Cuántas de las maestras llevarían una doble vida. Cartas perfumadas que eran enviadas en secreto. Flores que se recibían en los cumpleaños. A Miss Bell no le interesaba la intimidad de sus maestras. Les permitía aquellas debilidades, las ignoraba. Al final, su deber estaba siempre del lado del colegio. Enseñaban con presteza, satisfactoriamente; Miss Bell no tenía queja de ellas. «Que lean sus cartas antes del sueño —se decía—. Que se ruboricen sus mejillas.» Una de las jóvenes se marcharía al finalizar el curso: en verano la esperaba un casamiento. Un novio juvenil, riente, pobre. Ella había ahorrado su jornal escrupulosamente. Llevaría una corona de flores, cintas blancas, tul sobre los ojos. Las maestras escuchaban los detalles; algunas masticaban su rencor, enfebrecidas. También ellas habían sido muchachas jóvenes. Entonces sus muslos eran cremosos, de una blancura lisa, tierna. Aún no se intuía la

aridez. El rostro desgastado, ennegrecido. Aquella mirada dolorosa en el espejo. ¿Eran felices, las maestras? Frédéric se lo había preguntado. También Miss Bell, en otro tiempo. Ahora sabía que lo eran; a su manera, las maestras habían descubierto los placeres. Se tenían las unas a las otras. Algunas sólo necesitaban sus libros, un plato de pastas a la hora del té. Placeres sencillos y arraigados. Vidas dedicadas al conocimiento.

En la fiesta conversaron con los padres. Llevaban sus vestidos más vistosos, los cabellos perfumados, rizos sobre la frente. Sobre ellas planeaba una cierta expectativa. Eran responsables de sus hijas; las habían preparado durante semanas para aquella prueba. El coro estaba dispuesto. Las bailarinas, aún vestidas de calle, memorizaban sus pasos. Habría también música, una pequeña exposición de dibujos. Las dotes de las alumnas expuestas a la vista. Los padres orgullosos y erizados. Después, al volver a casa, llegaría el momento de las críticas. El aguijón venenoso de la envidia. Muchachas que no habían brillado serían ensalzadas por sus padres. Otras, menos afortunadas, recibirían el oprobio. «¿Es que acaso no te enseñan nada en esa escuela? Deberías avergonzarte.» Las muchachas se sonrojaban; sus ojos, somnolientos tras el viaje, miraban al suelo. Una de ellas se había torcido el tobillo. Otra había desafinado. Pequeños defectos invisibles, ignorados por todos durante la fiesta. Miss Bell había controlado el discurrir de las actuaciones. Las niñas se alborotaban, destacaban su presencia en el escenario. Las tímidas se replegaban tras las otras. Un movimiento de Miss Bell apaciguaba a la manada; el bastón, brillante, llamaba al orden con un ruido seco. «No seas tonta, niña, nadie va a comerte cuando salgas. Ariana, quítese ese lazo de la cabeza.» Sólo se sentó cuando Frédéric salió al escenario. Una cierta penumbra lo envolvía. Sobre el piano, tres velas mortuorias, blancas. El día antes le había dicho que tocaría una pieza pequeña. Una composición propia, si ella se lo permitía. Miss Bell sabía que los padres esperaban música festiva, alegre. Aquello era una celebración. Se celebraba la juventud, las vacaciones, la vida. Dejó que Frédéric tocara su pieza triste. Su hermosa composición de invierno. Al terminar, el silencio aniquilaba la sala. Las niñas lo contemplaban con avidez. El maestro, sereno, inclinó la cabeza con educación. Entonces las alumnas aplaudieron. Un sonido de palmas, de voces elevadas, sorprendidas. Una agitación nocturna.

Soñó con el colegio durante las vacaciones. Con el sendero que llevaba al lago: una línea sinuosa, blanca, habitada por animales huidizos. Imaginaba los jardines desnudos. Corzos que comían pequeños montículos de nieve. Una bufanda olvidada, ondeando sobre la rama de un sauce. Los árboles adquirirían proporciones nuevas, se liberaban. Lejos de la mirada de las alumnas, en su sueño, el colegio entero comenzaba a transformarse. ¿Había empezado a apreciarlo? Sentía cierta seguridad tras sus paredes. Un aislamiento confortable. Escribió un poco de música en aquellos días; las tardes, cortas, lo agotaban. Había aceptado una invitación de un antiguo conocido, aquel que lo colocara en el colegio. Las preguntas de rigor lo incomodaron. Sólo estuvo tres días; después, cargando con aquella maleta vacía, se instaló en una ciudad que ya había visitado en otro tiempo. En su juventud, que ahora le resultaba ajena. ¿Había sido joven alguna vez? ¿Había sido niño? Recordaba los paseos con su hermana por las calles desiertas. Juntos habían contemplado los jardines, los ríos azules, helados. «Hermana mía», pensó al cruzar el puente sobre uno de los ríos. Ella amaba las alturas. La quietud del hielo bajo el arco de piedra. ¿Qué hacía en aquella ciudad? Sólo deseaba volver al colegio. Seguir el rastro de Miss Bell, su paso irregular sobre la gravilla.

Regresó un día antes que las alumnas. La luz era densa, hiriente. Había querido regresar a los pocos días de marcharse, pero cierto orgullo se lo impedía. Él era un hombre de mundo. Había viajado, conocía otros países, otras lenguas. Había enseñado a muchachos de mirada glacial. A niños con nombres de las estepas. No se reconocía en las maestras, que habían pasado su vida entre los muros de un colegio. ¿Por qué le atraía aquel lugar? Miss Bell había mencionado su situación. Su antiguo compañero de estudios, un hombre al que no reconocía, lo había recomendado a la directora. ¿Qué le había dicho exactamente? Pensó en preguntárselo durante el tiempo que ocupó su casa, pero estaba desposeído de la palabra. La alegría era insoportable. Sus hijos, aún pequeños, jubilosos, alzaban sus vocecitas chillonas. Toda la casa era un griterío de pájaros. Un aullido constante, bestial. Se excusó con cierta brusquedad: «La música, ya sabes». Su amigo lo comprendía. Entendía que él quisiera tranquilidad, silencio. Lo había invitado por consideración a su vieja amistad. Una amistad que ambos habían olvidado. ¿Habían sido realmente amigos? Frédéric lo dudaba. De aquellos años, los de su juventud, no recordaba

ninguna pasión concreta. Era estudioso, callado, serio. Aquel amigo lo acompañaba en alguno de sus paseos. Tal vez habían viajado juntos, uno de esos viajes de iniciación que realizan a veces los muchachos. Sus familias se conocían. Habían nadado en el mismo lago. Ahora, sin embargo, a Frédéric le parecía haber olvidado su voz. Su risa joven, vibrante. De aquella época sólo podía recordar a su hermana. Aquella sombra, una muchacha cabalgando por sus sueños. Los amigos, si realmente los había tenido, habían sido engullidos por el tiempo.

Nevaba cuando Miss Bell vio llegar a las alumnas por el sendero. Las capas ondeaban tras sus pasos. El aleteo de sus voces envolvía de nuevo la fachada del colegio. Se contaban aquellas pequeñas cosas, los sonidos de la adolescencia. Le pareció que las más pequeñas habían crecido. Sus ojos, ingenuos, se habían afilado. Una mirada oblicua y desdeñosa. Cierta sabiduría nueva, una soberbia que en las mayores se expresaba con absoluta claridad. Angélica cerraba la fila. Llevaba el cabello suelto sobre los hombros. Las demás se habían apretado las trenzas. Anticipaban a su directora, que las esperaba junto a la puerta, envuelta también en la tibieza de su capa. Les daba la bienvenida; las alumnas, obedientes, entraban de dos en dos en el colegio. El equilibrio había sido restituido. Pronto desaparecerían las manías aprendidas, las chucherías escondidas en las maletas. Dos semanas no era tiempo suficiente para corromperlas. Miss Bell, que conocía bien el funcionamiento de los hogares, calculaba el tiempo con precisión. El verano, sin embargo, resultaba peligroso. Entonces las alumnas se volvían indolentes, se desperezaban al sol como animales tiernos. Olvidaban el álgebra y la geografía. Las buenas costumbres adquiridas durante todo el curso. Pero ahora no se preocupaba. Las dejaba pasar —«Buenas tardes, Miss Bell, ¿ha tenido unas vacaciones agradables?»— y seguía sus pasos por la escalera. El ruido amortiguado de los zapatos. Las voces, elevadas, rientes, que ocupaban ya su lugar en el colegio. Aquél era el verdadero hogar de las alumnas. Durante cuatro años el colegio las albergaba; los huecos escondían sus secretos. A veces aparecían tesoros olvidados en los cajones. Bajo una de las camas: un medallón de bronce. Las alumnas cuchicheaban, inventaban las vidas de sus antecesoras. Otras muchachas de ojos grises, azules, pardos, fijos en el paisaje. Todas habían compartido los mismos efluvios. Aquel vapor de invierno, la dureza del clima. Habían recogido las mismas flores. Incluso la muchacha muerta había dormido una vez en aquella habitación. El dormitorio de las alumnas de cuarto. Un templo de fantasmas y memoria.

Angélica ocupaba uno de los lechos del fondo. El dosel de gasa la protegía. Tras la tela, sus compañeras se despojaban de las capas, de las boinas de lana, ladeadas sobre sus cabezas. Algunas se deshicieron las trenzas. Se quitaron los zapatos y los dejaron alineados a los pies de la

cama. Tenían todavía algunas horas libres antes de la cena; después, el sueño las vencería, ese sueño propio de la juventud. Dormían sin interrupciones. Sólo las pequeñas se despertaban durante la noche; entonces bebían agua, contemplaban la luz blanca que se filtraba por las ventanas, la vida nocturna. La belleza de las estrellas. Algunas anotaban sus sueños en un cuaderno. A medida que crecían, aquellas cuartillas las acompañaban. Una cartografía de sus miedos. De sus deseos secretos. También Angélica había escrito un diario de sueños. Un cuaderno dorado. Lo guardaba bajo la almohada; allí, sus temores enmudecían. Con el tiempo había dejado de escribir; el cuaderno, deslucido, ya no podía contenerla. Prefería atesorar sus propios pensamientos. Sus premoniciones, que la guiaban a través de las alumnas. Sabía a quién debía acercarse. Cuál de ellas escondía sus pasiones. Los afectos que comenzaban a extenderse como una primavera venenosa. Ariana y Lora. Sabine y aquella muchacha que había abandonado el colegio tras el primer curso. Tras el dosel, descalza, observaba a sus compañeras deslizarse por el dormitorio. Un ballet adolescente. Una juvenil cadencia, su risa. A veces le parecían abominables. Le costaba soportar sus menudencias, sus riñas inocentes. Sus peleas graves. Aquella exaltación multiplicada: la vida en un colegio. ¿Sería igual entre las maestras? Angélica imaginaba secretas envidias. Traiciones por la espalda. También las alumnas se traicionaban, se intercambiaban sus afectos. A veces eran crueles sin razón aparente. Un cepillo roto sobre la almohada. Un corte de cabellos nocturno. Venganzas que se planeaban tras los doseles a la hora del sueño. En sus párpados cerrados se leía la resolución, una cierta entrega a lo sombrío. De noche, las durmientes parecían aullar sin voz, quietas en sus camas estrechas. Las manos junto a los costados. El pecho: un suave balanceo. Y esos labios, repetidos innumerables veces: los mismos labios de la muerta susurrando maldiciones.

Algunas alumnas paseaban junto al lago. Finalmente, la superficie se había congelado por completo. La capa de hielo, maciza, seducía a las patinadoras. Se deslizaban como cisnes de alas azules; sus manos, lánguidas, acariciaban el aire. Angélica estaba entre ellas. Frédéric se mantenía alejado. Tomaba apuntes en su libreta; una nueva partitura, un nocturno, había empezado a tomar forma a su regreso. «La música se nutre de la naturaleza», pensaba. Las notas crecían en la frondosidad. Se alimentaban de los helechos, de las ramas oscilantes de los sauces: pronto, una composición vegetal brotaría del piano. Había empezado a componer en su juventud. Entonces tenía un maestro, un hombre silencioso, casi anciano, que comprendía su temprana sensibilidad. Su deseo de habitar en la música. También su hermana había recibido lecciones: piano, violín, arpa. Como de todo, se había cansado pronto. «Prefiero la intemperie», solía decirle. Y cabalgaba mientras Frédéric componía pequeñas piezas, nocturnos que tocaría luego para sus parientes, sonatas que se reservaría para sí mismo. Después de un lapso de silencio, había vuelto a componer al llegar al colegio. Aquellos primeros días, hostiles, la música lo había acompañado. Ahora contemplaba el lago y los cisnes le sugerían acordes. Angélica extendía los brazos. Dejaba ver las manos desnudas, abiertas. Ninguna tenía su gracia. También otras bailarinas patinaban; Sabine, que había llevado el baile de Navidad, cayó durante un salto. Iris temía que el hielo se quebrara. «El lago elige a sus discípulos», le diría Angélica en una ocasión. Una suerte de canto parecía brotar de sus profundidades. Criaturas heladas, tumefactas: un amasijo de huesos. «Quién sabe qué se esconde en estas aguas. Qué voces se ocultan en el lodo.» Era una fantasía seductora: el lago como cosa viva y caprichosa. Como animal hambriento. Una maestra le había contado lo de aquella muchacha; «Un accidente», le dijo, y sus ojos se velaron. El colegio guardaba sus secretos. Una cierta fidelidad moldeable. Tal vez, en sus hogares, las maestras hablaran de un suicidio. De la tristeza que a veces sacudía a las alumnas. «No están hechas para el aislamiento — pensarían—. Las montañas proyectan sobre nosotras sus sombras.» Aquellos picos recortados: la nieve suave, tierna, las invitaba al sueño. «Deja que te acune entre mis brazos. Que el silencio reine bajo el lago.»

Angélica sabía que el maestro la observaba. No parecía sentir interés por las alumnas; sentado cerca de la orilla, en uno de los bancos húmedos, se entregaba a sus reflexiones. Sin embargo, ella

sentía el peso sólido de su mirada. Sus ojos grises la contemplaban con una cierta fijación. «Ve a través de mí», se dijo la muchacha. ¿En qué pensaba su maestro? ¿A qué lugar se lo llevaba la memoria? Angélica recordaba su actuación en la fiesta del colegio. Había tocado casi al final; el espíritu excitado de las alumnas se había adormecido. Contemplaban la música que se elevaba, una música triste, desamparada. También entonces Angélica pensó que Frédéric tocaba para otro público: a través de ellos, el maestro alcanzaba un lugar distinto. Un pasado nebuloso. ¿Quién era aquella sombra? Angélica la veía en sus ojos. Un nombre que lo acompañaba desde siempre. La pérdida de un afecto marcada en el perfil del rostro, en la frente alta, sosegada. Qué tranquilo parecía. Mientras ellos se transportaban con la música, el maestro había permanecido impassible. No se había dejado alterar por los halagos. El aplauso sostenido, amplio: el entusiasmo de sus pupilas. De aquellas que lo admiraban. Angélica había permanecido en silencio. Tampoco se le acercó después; dejó que las otras lo acapararan. Frédéric planeaba su huida. En medio de la fiesta, hacia el final de la tarde, había desaparecido. ¿Por qué había tocado el piano? No sentía el deseo de exhibirse. Angélica lo había comprendido desde el principio. Entonces ¿por qué lo había hecho? Aquella tarde, en el lago, pensó en preguntárselo, pero las demás rondaban como insectos pegajosos y brillantes. Sus gritos oscurecían la nieve. Las niñas se pavoneaban, aquellos pajaritos sin plumas. «Que bailen —se dijo—, que bailen hasta romper el hielo. Que el lago se las trague hasta los huesos.» Un temblor violento la poseía. Una cuchilla que se parte.

Las patinadoras habían abandonado el lago. Se acercaban a Frédéric: Angélica, que caminaba con ellas, tenía un corte en la mano. Un trazo limpio y abierto. Una caricia sangrante. Las otras llevaban guantes. Boinas ladeadas, bufandas. Sólo Angélica exhibía aquella desnudez. La de la cabeza trenzada, la de la nuca. Ahora, la mano herida la precedía. Se acercaban a él: el único profesor a la vista. Se levantó antes de que lo alcanzaran y sacó su pañuelo del bolsillo del abrigo. Un pedazo de tela lisa con sus iniciales. Había sido un regalo, ya no recordaba de quién. Lo llevaba siempre encima aunque nunca lo utilizaba. Ahora envolvía la mano de la muchacha, que permanecía impassible. «Debe verla la enfermera», le dijo Frédéric. Angélica extendió la palma. Los dedos del maestro estaban manchados de sangre. Aquella marca roja los unía. «Le he estropeado el pañuelo», respondió ella. Aún la dominaba la agitación del baile. Frédéric pensó, al verla, que el accidente había sido provocado. Había chocado contra otra muchacha: en la caída, cuchilla y mano se habían encontrado. «El hielo no es lo que parece —dijo—. No debemos confiarnos.» Después se alejó con las otras en dirección al colegio. Allí le darían seis puntos y Angélica se mordería los labios. En la boca, un sabor salado. Una quemazón en la mano, en el lugar donde el maestro había posado sus dedos.

Miss Bell reprendió a Angélica tras el accidente. En el aula de baile las alumnas practicaban sus ejercicios. La muchacha, vestida con su maillot blanco, las observaba. Qué delgadas eran sus compañeras, qué frágiles le parecían. Sabine ejecutaba sus movimientos con altivez. Angélica memorizaba los rostros, la amplitud del arco de los brazos, la posición de los pies. Ensayaban una nueva danza que bailarían en el lago. La herida de su mano, todavía abierta, estaría curada para entonces. «Déjeme seguir la clase», pidió Angélica. La profesora permitió que las acompañara. La muchacha tenía permitido estar presente: cuando se recuperara, entraría de nuevo en el cuerpo de baile. Ocuparía su lugar entre las otras; Sabine, de su misma edad, no se esforzaba lo suficiente. Hasta Miss Bell estaría de acuerdo. Allí, en aquella habitación, el centro le correspondía. Bailaba a solas desde los cinco años. Su cuerpo se deslizaba sobre la superficie pulida. También en el lago tenía una destreza superior a las demás. Las patinadoras ejecutaban saltos fallidos. Ella, sin embargo, se diluía en el baile. Miss Bell lo había observado, tiempo atrás. Aquella vez, en su primer año, cuando le pidió que bailara. La había colocado frente a los espejos. En el reflejo, la directora se mantenía erguida. Angélica obedeció. No buscaba complacerla. Quería someter aquella rigidez, quebrarla. Pero Miss Bell había apartado la vista. «La naturaleza de las niñas es predecible», dijo, con una sonrisa leve. Desde entonces, Angélica se aplicó con meticulosa disciplina. Pronto ocupó el primer lugar en el cuerpo de baile. Sólo Sabine la miraba con frialdad. Un gesto ávido en el rostro. ¿Cuánto se había alegrado al ocupar su sitio? En el colegio, la envidia florecía como la zarza. En cierto modo era inevitable: los sueños de las muchachas se enfrentaban. Ciertos afectos contrariaban a las antiguas amantes. Los celos les sonrojaban las mejillas. Era allí, en el aula de baile, en las clases, donde germinaban las venganzas.

La nieve debilitaba a la directora. Miss Bell, para enfrentarse a ella, paseaba. Recorría los kilómetros que la separaban del pueblo, bordeaba el lago, regresaba justo antes de que oscureciera. Desde fuera, el colegio parecía una fortaleza. Un templo impenetrable. El viento sacudía los sauces, las pequeñas flores moribundas. Sus pétalos azules temblaban. Aquellas florecillas sobrevivían a los designios invernales. La nieve las sepultaba y ellas parecían morir bajo la humedad. Pero al final sus tallos adquirían fuerza, se rebelaban. También Miss Bell imponía su propia fuerza. Sentía la rigidez de la rodilla, un dolor pulsante que le trepaba por el muslo desnudo. Sus botas golpeaban la nieve. El ritmo seguro, firme; sólo un rastro ligero la delataba. El bastón: una huella vergonzosa. A menudo veía a Frédéric en el pueblo. Caminaba solo junto al lago; el maestro, en silencio, lo contemplaba con una cierta fascinación. Bajo la superficie helada, el agua se desplegaba, adquiriría matices nocturnos. Sólo era posible verla donde el hielo se adelgazaba. Allí, junto a la orilla, acechaba una muerte dulce. La lenta congelación del

cuerpo. Del manto erizado de los zorros. Una vez, al poco de llegar al colegio, había visto caer a un corzo escurridizo. El animal escapaba de un furtivo. Sus pezuñas quebraron la capa delgada, blanca, que cubría la orilla. No pudo hacer nada para salvarlo. Lo contempló desde su posición; los ojos del animal, oscuros, la perforaron. Deseó tender su mano hacia la bestia. Que lamiera, en su último instante, algo de su calidez. Un último gesto de ternura. Pero no podía moverse, la pierna se lo impedía. Lo vio hundirse con lentitud: al final, el animal había cerrado los ojos. De algún modo se resignaba a morir, quieto como una estatua de invierno. Miss Bell soñó con él aquella noche. «También yo he caído en el hielo —se dijo en la penumbra—. Yo era un animal flexible, móvil. ¿Qué me queda ahora?» Le había quedado el colegio. Las alumnas, que se doblaban bajo el peso de su yugo. Los paseos que la debilitaban. Frédéric, que se había acercado a ella sin darse cuenta, la saludó con sorpresa. Sus ojos tenían el color del agua. Una cierta melancolía lo traspasaba, el peso de su propia memoria. Miss Bell sabía que el maestro habitaba en el pasado. Ella había elegido mirar hacia delante. La nieve, que se pegaba a la suela de sus botas. El maestro inclinó la cabeza, mencionó la claridad del día. «No debe fiarse de la luz, aquí el invierno es engañoso», respondió Miss Bell. Por la noche, una tormenta arrancaría de raíz los árboles más jóvenes. La nieve doblegaría sus esfuerzos. En el lago, agitado bajo la superficie helada, los animales iniciarían su canto funerario.

Frédéric admiraba su perseverancia. En el comedor, cuando los acompañaba, se imponía con naturalidad. Miss Bell vestía siempre colores oscuros. Cortes sobrios, de cierta elegancia austera. Las otras se permitían algunas joyas, pendientes redondos, anillos finos de plata blanca. A veces, rizos sobre las frentes altas, todavía tersas. Pequeñas fruslerías diarias. Miss Bell comía con rapidez, aparentemente ajena a los detalles. A menudo daba indicaciones o entregaba notas. Dirigía el devenir de las clases, su ritmo, a qué lugar debía llevarse a las alumnas. «Están retrasadas en matemáticas. Las sopranos del coro deben cuidarse la voz y no salir entre semana.» Le sorprendía que tuviera tiempo para pasear por el pueblo. Para franquear la nieve, que dificultaba su paso. ¿Sentía dolor alguna vez? Su rostro era impenetrable. La mirada, a menudo alta, alejada, se mantenía opaca. «Tienen los mismos ojos —diría más adelante Angélica—. Esa misma forma de mirar más allá de las cosas. De vivir en un lugar inaccesible.» Frédéric se preguntaba si alguien conocería realmente a la directora. Si ella deseaba que la conocieran. Hablaba poco con las demás maestras, aparte de las indicaciones. No parecía tener amigas íntimas. Tras las primeras semanas, no volvió a verla en la oficina de correos. Si recibía cartas debía llevárselas alguna criada, tal vez junto al desayuno. Esa bandeja frugal que él veía a veces cuando bajaba al comedor a primera hora. Aquella tarde, cuando se la encontró, le pareció que la acechaba la enfermedad. Sus labios estaban azules. Caminaba despacio, erguida; su figura se

recortaba contra el lago. Cuando la saludó ella no pareció sorprenderse, como si llevara mirándolo desde hacía largo tiempo. Llevaba una capa negra, húmeda en los bordes, sencilla. El cabello recogido sobre la nuca. Él comentó la belleza del día, un día perfecto para pasear. Después miró brevemente el bastón, pero Miss Bell no parecía escucharle. Le previno contra la tormenta como si le hablara de otra cosa. De Angélica, pensó, que lo había saludado al salir del colegio. «Las cosas no son lo que parecen.» El pueblo parecía tener aquella cualidad cambiante. El hielo ocultaba el peligro de las aguas. La nieve cubría las madrigueras. Si uno no tenía cuidado, podía quedar atrapado en ellas.

Había visto cómo la muchacha lo saludaba. Un saludo prolongado, casi una conversación. Angélica rondaba a su maestro. Él, sin embargo, mantenía siempre una distancia prudencial. No podía decir si ella le interesaba, si le interesaban siquiera las mujeres. El hombre que se lo había recomendado no le había dado mucha información. Que amaba la música y había sufrido una pérdida. Que haría bien en acogerle: ambos obtendrían algo que deseaban. Frédéric, cierta estabilidad. Miss Bell, un profesor competente. ¿Le hacía bien el colegio? Paseaba mucho; durante horas desaparecía, se entregaba a sus pensamientos. También tocaba en el aula de música. Las maestras decían que era reservado; eludía sus preguntas insidiosas, sus regalos. Ellas habían tratado de seducirle. Le invitaron a sus reuniones. Pero Frédéric, siempre con educación, las había rechazado. Tampoco se había abierto a las alumnas. Las muchachas seguían espiándolo. A veces las sorprendía en el jardín, al acecho junto a las ventanas. Deseaban capturar la música. Capturar al hombre que tocaba. Miss Bell las reprendía; las alumnas, descubiertas, volvían al camino trazado. El juego bajo los sauces. El estudio en el interior. Antes de aceptar al maestro en el colegio había contemplado aquella posibilidad: los afectos de las muchachas. Las niñas eran impresionables. A menudo, su mundo era enteramente femenino. Algunas sólo conocían al padre, al hermano, interno en otro colegio. Se cruzaban únicamente en las vacaciones. El maestro, todavía joven, era un elemento extraño. Un sujeto al que diseccionar bajo la luz. También había temido por él; Frédéric, al presentarse, le había parecido débil. «Si quisieran, las alumnas podrían devorarlo.» Finas dentelladas en su cuerpo delgado. Los párpados sellados sobre los ojos. Pero el maestro la había sorprendido. Sorteaba las trampas con facilidad. Rechazaba las flores, los paseos: había cerrado su aula a las intrusas. Ejercía su trabajo sin apasionamiento pero con precisión. Se aprovechaba del misterio; en cierto modo, el hombre débil las manipulaba. A ellas, que habían crecido en colegios y conocían el mecanismo de la araña. Que entendían el lenguaje del deseo. Los dormitorios, pequeños reinos nocturnos, habían modelado su carácter. «Es difícil escapar al influjo de un colegio. Todas arrastramos un peso, la huella de una enfermedad.» También Angélica estaba marcada. La muchacha no tenía familia: un tutor se ocupaba de ella. En

verano era enviada a una colonia al sur. Su vida, desde los cuatro años, había transcurrido entre las paredes de una escuela. Tal vez por eso la seducía Frédéric. Él había conocido el mundo. A diferencia de las maestras, Frédéric había tenido una vida. Una vida previa a la enseñanza. ¿Qué sabía de él? ¿Hasta dónde alcanzaba a ver, mirándole a los ojos? Miss Bell temía por el maestro. «A veces, el hielo es engañoso y atrapa al corzo que se acerca a beber.» ¿Quería beber, Frédéric? ¿Era eso lo que buscaba la muchacha?

Las clases transcurrían en aparente orden. Fuera, la escarcha lamía las ventanas. Diminutas flores heladas cubrían los cristales. Formas caprichosas, tenues, que las alumnas reproducían en sus cuadernos. Habían progresado en el estudio de la música. Frédéric les hablaba de Bach, de Schubert; una cierta agitación lo sacudía. Alguien señaló que compartía nombre con el músico polaco. Un hermanamiento lejano, un lazo invisible. También, tiempo atrás, otra muchacha morena lo había señalado. Una muerta que le pesaba en la memoria. «¿Cuál es su favorito?», habían preguntado. Las alumnas especulaban. Querían conocerlo todo, poseer cada respuesta a sus preguntas. Atesorarlo como a una flor pequeña, helada: un fragmento de escarcha. Frédéric contemplaba el jardín. Allí, los sauces permanecían quietos, atrapados en su inmovilidad. El viento había amainado. La nieve, lisa, acariciadora, se tendía con indolencia sobre la hierba. «Es usted un hombre escurridizo», había dicho Angélica. Las voces disminuyeron en el aula. Las alumnas observaban con atención; la muchacha, sentada en la primera fila, lo contemplaba.

—¿Es que acaso quiere atraparme? —le respondió él.

—A todas nos gustaría.

Frédéric se volvió para mirarla. Angélica tenía la mano vendada. No habían vuelto a encontrarse desde entonces; sólo un saludo, breve, a la entrada del colegio.

—Las decepcionaría, sin duda.

Angélica había sonreído. Parecía esperar una respuesta como aquella. La muchacha era paciente, tendía ante él sus hilos: un cerco estrecho y alambrado. «Recuerde, Frédéric, el lago elige a sus discípulos.» Ella había guardado su pañuelo. La sangre se había diluido: una mancha parda, un augurio. F. D., las iniciales. El apellido extranjero. El nombre del músico polaco. ¿Se lo había puesto su madre? O tal vez había sido el nombre del padre, muerto ya sin duda, hueso y polvo bajo tierra. Igual que sus progenitores. Que su familia, la de Angélica: un sepulcro blanco.

Aquella tarde, Frédéric vio a las bailarinas en el lago. Miss Bell estaba con ellas. También la profesora de baile, que daba indicaciones desde la orilla. Se deslizaban con una simetría precisa; los cuellos inclinados, las manos desnudas y extendidas. Llevaban medias gruesas bajo el maillot. El baile las protegía del frío; sus cuerpos, livianos, permanecían en un movimiento continuo. En una oscilación del paisaje. Había nevado durante la noche. Los prados se extendían en un

horizonte níveo; el pueblo, callado, parecía mecerse en su sueño. Nadie paseaba por las calles. En aquella orilla del lago, los árboles se multiplicaban. La naturaleza tomaba posesión de la tierra, estrechaba su cerco, los asfixiaba. Frédéric se preguntó cómo sería aquel lugar en primavera: las madrigueras abiertas, las fauces del zorro al acecho. La hojarasca densa y peligrosa. «La vida siempre permanece, incluso bajo el hielo.» También las alumnas la intuían. En la quietud del lago, blanqueado por el reflejo del cielo, una agitación las traspasaba. Angélica patinaba en un extremo del grupo; en el centro, una muchacha de cabello oscuro, cortante, la mirada oblicua y afilada. Tenía el busto desarrollado. Bajo el maillot apretado se adivinaba el crecimiento. Había en sus miembros una cierta pesadez; a pesar de su técnica, era desapasionada. Frédéric se preguntaba por qué la muchacha había sustituido a Angélica. En la función de Navidad había lastrado la danza. Miss Bell la había amonestado, pero ahora volvía a ocupar el lugar de la primera bailarina. La profesora le daba indicaciones, se acercaba hasta el borde mismo del hielo para corregir sus gestos. Miss Bell permanecía callada. Apoyada en el bastón, junto a un álamo desnudo, seguía el desarrollo del baile. Parecía sentir alguna clase de dolor; los labios, apretados, estaban lívidos. Cuando se acercó a la profesora, lo hizo con lentitud, arrastrando la pierna por la nieve. Quería que la muchacha morena ejecutara un salto. Una pirueta en solitario, rodeada por las otras. Angélica permanecía a la espera. Sabine —ahora recordaba su nombre—, tomó impulso sobre el hielo. La espalda se arqueó con elegancia. El cabello le rasgó la frente. Todos la contemplaron en un silencio contenido; Frédéric, que seguía observándolas, se había acercado a ellas. «Recuerde, el lago siempre elige con acierto.» Angélica sonreía. Al caer, la cuchilla quebró el hielo y la muchacha cayó de lado. Las otras se acercaron para ayudarla; Sabine, altiva, las rechazó. «Deje que lo repita», le pidió a Miss Bell. Angélica se había acercado a Frédéric. Miraba a la directora, que permanecía impasible. Un hilo de araña tendido. La presa, atrapada: un aullido tembloroso.

Las alumnas regresaron al colegio poco antes del anochecer. Había empezado a nevar; Frédéric, que las seguía, observaba sus pasos. Las alumnas permanecían en silencio. Sabine caminaba con insolencia, cerrando la marcha. No había logrado ejecutar el salto. Lo intentó otras dos veces, y en ambas cayó al tocar el hielo. Le echó la culpa a los patines. Las cuchillas no estaban afiladas. Haría que se las dejaran listas para la próxima vez; entonces podría completar el salto. Tal vez incluso haría una pirueta doble, una complicación. Algo al alcance de su técnica. La mirada rasgada, terrible, cayó sobre la directora. Ella inclinó la cabeza. Había sido suficiente por aquel día: en el colegio las esperaba el estudio. Cuando alcanzaron la verja de la entrada, la nieve había borrado sus huellas. Angélica se retrasó: inclinada, ataba el cordón de una de sus botas. Frédéric se detuvo junto a ella. «Es usted una muchacha terrible», le dijo. Antes de abandonar el lago, Angélica había realizado el salto. Una pirueta limpia, de una belleza sosegada, clásica. Nadie

excepto él la había visto. Ni siquiera Sabine, que luego lloraría en su lecho. «¿Acaso le sorprende?», le respondió. Frédéric sonrió: por primera vez, una sonrisa auténtica, franca. La muchacha lo divertía. Aquella malicia que él consideraba inofensiva, juvenil. Las pequeñas venganzas de las alumnas. La lucha entre rivales.

Desde aquel día, las alumnas ensayaban cada tarde en el lago. La nieve se había vuelto permisiva. Caía durante la noche, cubriendo de nuevo los prados, las calles empedradas, vacías. Los hombres echaban sal por las mañanas. Tras la comida, cuando las alumnas desfilaban por el sendero, los caminos estaban despejados. La vida se acomodaba al invierno. La piel se endurecía. Incluso Frédéric, que prefería los climas templados, se había acostumbrado a la blancura. A menudo, en sus paseos, se detenía para observar a las patinadoras. Miss Bell no había vuelto a acompañarlas. Delegaba en la profesora, que permanecía en silencio. Sabine guiaba la danza; su cuerpo pesado, definitivo, la entorpecía. Tenía los hombros redondos. Los brazos cremosos, blandos. Estaba hecha para la desnudez, para exhibirse sobre un lecho. Aquella exuberancia bajo el maillot. La solidez de la carne. Una mujer adulta entre muchachas: una futura maestra. En el aula, Sabine era discreta. Conversaba poco con las demás, una cierta distancia las separaba. Frédéric supo que era hija de un banquero; había vivido en América, en Rusia, hablaba con facilidad tres lenguas. Destacaba en geografía, en historia. Durante los recreos leía en la biblioteca. ¿Pensaba Frédéric en ella? No la vio en toda su magnitud hasta que Angélica se la señaló. El maestro las comparaba. Ambas se parecían: en la mirada, aquella cierta vanidad, un gesto altivo. Una lejanía de las cosas. Pensó que podrían haber sido amigas. A menudo, las rivalidades nacían de los afectos frustrados. Un deseo germinal, inmaduro. Una palabra silenciada. Las imaginó en su primer curso, ambas todavía niñas, el pecho liso, las manos pequeñas e inexpertas. Señalándose como iguales. Como futuras amantes o enemigas. Después, el tiempo había decidido. La alumna que envidiaba a la bailarina. La muchacha que veía segado su deseo. En los colegios, la vida discurría por cauces estrechos. Era inevitable encontrarse. Durante años, las muchachas compartían los dormitorios, las aulas, los jardines. Se veían unas a otras en los baños. La comparación: una aguja punzante. ¿Era aquello la vida? Frédéric se lo preguntaba. Observaba a Sabine, que de nuevo fracasaba en su salto, y la veía en un tiempo futuro: una mujer marchita, enferma de amargura.

Miss Bell recibía informes con regularidad. Analizaba minuciosamente el progreso de las bailarinas. La profesora, una mujer todavía joven, de cabello claro, descolorido, la visitaba en su despacho al anochecer. También ella veía en Sabine la debilidad. Sin embargo, la directora había

sido tajante: la muchacha bailarí. De las quince, era la única de la edad de Angélica. A veces la contemplaba: aquella mirada cortante, oscura, aniquiladora. Podía tocar su pensamiento. Su deseo febril, un anhelo profundo. Había amado a otra muchacha durante el primer curso. Compartían espacio en el dormitorio: los lechos, apenas separados, se prolongaban en la noche. La celadora había observado cómo el afecto se enraizaba; Sabine, que ya entonces era alta, exuberante, visitaba a su compañera. Una criatura perversa. Al terminar el curso las amantes fueron separadas. Miss Bell, experta en maniobras subterráneas, evitó el escándalo. Se habló a los padres de otro colegio. Tal vez la muchacha estuviera mejor allí: el campo parecía debilitarla. Cuando se fue, Sabine arrojó piedras contra las ventanas. Se cortó el cabello de un tajo: una trenza larga y sinuosa. Miss Bell la había comprendido: su espíritu inflamado, aquella sombra hostil en la mirada. Llegado el momento, la muchacha le sería útil: la directora entendía su naturaleza. Había conocido antes la demencia. Sabine, en un estado primario, daba ya signos de un desequilibrio futuro. Pero el tiempo sosegó su fiebre. Creció como se esperaba, aferrada al recuerdo de su amante. No volvió a tener amigas. Tal vez no las deseaba: tenía sus libros, su cuerpo, el baile. Un delirio de grandeza. Ahora, Miss Bell anotaba sus progresos. La muchacha aprendía con lentitud. Era perseverante, aplicada: su técnica había mejorado mucho. «Pero no siente la danza —había dicho la profesora—. No comprende la pasión del baile. Angélica, sin embargo...» Angélica era un animal perfecto. La directora lo sabía, ¡cuánto la había observado! Pero era indisciplinada, rebelde. No se sometía a las normas. «No está hecha para el orden —había replicado—. Dejemos que Sabine progrese. Que la fiebre prenda y la consuma.»

Enero discurría con una suavidad engañosa. En las montañas, la nieve se acumulaba, alteraba los volúmenes, el horizonte. Frédéric avanzaba en su composición. Dedicaba las tardes, tras el paseo, al ejercicio de la música. Una vez, una alumna llamó a su puerta. Había olvidado un cuaderno: en el pupitre, abierto, aquel objeto deseado. Frédéric se había quitado la chaqueta. El sudor le humedecía la frente. Había en él cierto desaliño, una pulsión desconocida, nueva. La muchacha se disculpó y cogió el cuaderno con rapidez. «Qué bella melodía —dijo—. ¿Nos la enseñará en las clases?» La música se filtraba a través de la puerta. Miss Bell, durante una comida, lo había mencionado. «El músico secreto», había dicho. El hombre misterioso. Frédéric le dijo a la muchacha que lo pensaría. Antes debían aprender los grandes nombres. Él era sólo un aprendiz, una miniatura. Así lo llamaba su hermana. «El pequeño pianista.» Ella siempre estaba presente cuando tocaba: la hermana, una sombra borrosa e inasible. Incluso cuando cabalgaba, o cuando tomaba sus lecciones en la otra sala, él sentía su presencia. Su mirada clarividente. Tocaba con dedicación para que ella lo admirara. Para que le dijera: «Mi pequeño pianista. Mi pequeño niño, mi animal de nieve». El único al que ella comprendía. Su lazo frágil con el mundo.

Angélica también había escuchado aquellas melodías. «¿A quién le llora, profesor?», le preguntó. Paseaban juntos por el camino que llevaba al pueblo. La muchacha se había adelantado a sus compañeras; los patines, afilados, colgaban de su hombro. Apenas tocaba la nieve. En el sendero se veían las huellas de las maestras. Un rastro hostil, amenazante. A Frédéric no le gustaba encontrarlas en el pueblo; las mujeres, vestidas con sus mejores trajes, lo saludaban. Pretendían que tomara el té con ellas. «¡Está usted tan solo!», le decían. La soledad, un deseo sencillo. Un anhelo tantas veces ignorado. Las maestras no comprendían el aislamiento: se necesitaba las unas a las otras, se apretujaban como animales ateridos. Decoraban sus madrigueras. También en los dormitorios se compartían los lechos. Las sábanas olían por las mañanas. Las alumnas, vestidas con sus camisones blancos, sudaban: un efluvio penetrante. La constancia de su propia vida. «¿Puede imaginarlo? Veinte muchachas en el mismo cuarto.» Las ventanas permanecían cerradas; en invierno el colegio era despiadado, glacial. Sólo cuando entraban en las aulas se permitían las corrientes de aire. Media hora cada mañana. Después, de nuevo la compañía. Los aromas superpuestos. Las huellas, pequeñas, repetidas sobre el linóleo. «Pero sin duda le estoy

aburriendo», decía Angélica, que hablaba sin convicción. Los patines le golpeaban el pecho. Pronto alcanzarían la orilla del lago; entonces Frédéric la dejaría. Lo vería otra vez más tarde, casi al finalizar la clase: un observador en la espesura. La mirada más allá del baile. De nuevo en un lugar alejado, a la espera. «¿Le parecen tristes mis composiciones? —le había preguntado él—. Se lo parecen a las demás.» Frédéric la miró por fin: una mirada abierta, interrogante. «Usted debe de ser una bruja, Angélica. Posee demasiados conocimientos. ¿Le hablan acaso los muertos?» Angélica sonrió. Habían alcanzado el lago, que conservaba su quietud flotante. «Son los vivos los que hablan, profesor. No lo olvide nunca.»

Los vivos escribían cartas. Los padres, en la ciudad, deseaban conocer los progresos de las hijas. Miss Bell escribía a menudo cartas formales, breves. Apenas unas líneas por respuesta, una garantía. «Las alumnas progresan adecuadamente. Tal vez debieran restringir los dulces, los guantes de piel, los perfumes.» Las pequeñas chucherías inocentes. Una vez al mes se llevaba a cabo un registro en los dormitorios. Las alumnas tenían armarios estrechos: un nicho donde apilarse. Allí guardaban la ropa de domingo, el uniforme doblado con pulcritud, sus diarios. Tenían una llave que se colgaban al cuello. Una incitación a descubrirlas. Las pequeñas eran descuidadas; a menudo, la llave se olvidaba sobre la almohada, quedaba en un bolsillo del uniforme. Otras no cerraban sus armarios. Ponían a la vista sus secretos infantiles. Una fotografía firmada. Una concha marina. Miss Bell, al registrar los cuartos, tomaba nota de los detalles. A menudo las muchachas intercambiaban regalos. Se tomaban protegidas con las que compartir bombones, alijos secretos que eran interceptados por las sirvientas. Era una tarea tediosa. La desobediencia expuesta e insultante. Una vez, bajo uno de los lechos, en una tabla suelta, habían encontrado una revista pornográfica. Se habló sobre el deseo creciente de las alumnas. Las niñas, aisladas en el colegio, cerradas al mundo, celebraban sus ritos iniciáticos. «El deseo no puede cercarse», había dicho una maestra joven. Pero Miss Bell temía la ira de los padres. La respetabilidad era importante. Ya tendrían tiempo, en el futuro, de descubrir la carne y el deseo. De amar a hombres o a mujeres, o de no amar en absoluto. «Y qué sabrá ella de amar», había dicho la maestra. Una disidente. Una revolucionaria: las niñas, bajo su sombra, se habían vuelto díscolas, ingobernables. Pero los fuegos siempre eran extinguidos. Las revistas desaparecían. Las maestras hacían sus maletas y regresaban a la ciudad. Incluso las muchachas —altas, esbeltas, de cabello rubio— veían cercenados sus deseos. Angélica debía concentrarse. «No está usted rindiendo como a su tutor le gustaría. Sus paseos la distraen de sus obligaciones.» Miss Bell la había visto con Frédéric; el maestro, sonriendo, le tendía la mano. Hablaban en un lenguaje propio. La muchacha le dijo que redoblaría sus esfuerzos. «No tendrá queja de mí, se lo prometo.

Mi tutor estará satisfecho.» Después, Angélica había regresado al lago. Los patines cortaban el hielo. El salto, amplio, elegante, la elevó por encima de las otras.

Sabine enfermó la primera semana de febrero. La fiebre la golpeó durante una de sus clases. Pidió permiso para retirarse; la maestra, inquieta por su debilidad, insistió en acompañarla a la enfermería. Allí le tomaron la temperatura. Su rostro había afilado sus contornos. Tenía el cabello húmedo, los párpados violáceos de los enfermos. «Que descanse —dictaminaron—. Es sólo un resfriado pasajero.» Una enfermedad sencilla. Pero los miembros le pesaban al caminar. Su paso era lento, anómalo: un temblor la sacudía. «Así no puede usted salir del colegio.» Una sentencia en firme. La muchacha debía recluirse, guardar cama hasta la cena. Tal vez la fiebre bajara durante la noche. En un papel, las instrucciones: «Beba agua, guarde silencio, protéjase del frío». El hielo entrañaba peligros. Resfriados, sabañones, accidentes misteriosos. Un desliz de la cuchilla. Sabine no podía dormirse. La fiebre le velaba los ojos, secaba su boca fina, los labios. La apartaron de las demás alumnas. En el dormitorio, a última hora de la tarde, una cortina la rodeaba. Un dosel opaco y acusador. Nadie se acercó a ella: el lecho, como una isla, las apartaba. Cuando las alumnas bajaron al comedor, Sabine se incorporó para rezar. Pronunció un nombre hermoso, sonoro: era a ella a quien rezaba. A la muchacha a la que había querido. Por un instante, temió por su vida. Se imaginó tendida, los ojos cerrados, un vestido blanco. El cabello tocado con flores. Las manos acomodadas sobre el pecho. Tenía de la muerte una visión romántica, suicida. Una vez deseó lanzarse al vacío desde el último piso. Lo deseó durante semanas enteras, un pensamiento obsesivo, debilitador. Pero Miss Bell había estado atenta. Miss Bell, que conocía los signos secretos, ciertos gestos, el peso del desastre. La directora se había ocupado de ella. De un modo desapasionado, frío. Con la desenvoltura clínica de los doctores. ¿Le estaba agradecida? Sabine no podía saberlo. Aun ahora deseaba a veces matarse. Beberse la lejía destinada a la limpieza. Partirse el cuello en un salto. Supo que su compañera había muerto al poco de dejarla. La separación hiere a los amantes jóvenes. Imaginaban desastres impronunciados. No estaban preparados para la vida; en su dolor, olvidaban la supervivencia. Ella recibió una carta. Una misiva corta y definitiva. Ya no volverían a verse en este mundo. Quizás en el otro, pensaba, mientras le subía la fiebre. Durante la noche, Miss Bell fue requerida en el dormitorio. La muchacha deliraba. La trasladaron a la enfermería, a una cama pequeña, aislada: un anticipo del sepulcro. «No tema, se recuperará pronto», le dijo la directora. Le había puesto la mano en la frente. Una caricia heladora, letal. Un gesto de renuncia.

Por la mañana, Frédéric se cruzó con Miss Bell en un pasillo. La directora parecía cansada. Había

velado a Sabine durante la noche; la muchacha, que ahora dormía, tardaría unos días en recuperarse. «Debemos procurar que las demás no se contagien», le había dicho. Tal vez pasaban demasiado tiempo fuera. Había sido descuidada al permitir que las muchachas bailaran en el lago. Había dado por supuesta su fortaleza, pero también los jóvenes sucumbían a la debilidad. Los niños morían durante el invierno. En el pueblo, ataúdes diminutos desfilaban por las calles. Cajas de madera blanca que darían de comer a las larvas. Los insectos, pacientes, esperaban la podredumbre. Pero sus muchachas eran diferentes. Estaban bien alimentadas. Los lechos eran buenos, confortables. Dormían entregadas a la laxitud: los cuerpos recogidos, las manos que asomaban tras las sábanas. «No debe preocuparse», le dijo Frédéric. Miss Bell lo contempló en toda su magnitud. En aquellos meses, el maestro se había transformado. Una agitación atravesaba sus ojos. Ya no las evitaba en los pasillos, temeroso: su timidez había cambiado de forma.

—Veo que al final se ha aclimatado. No tardará usted en pasar las tardes con las demás maestras.

—No llegaremos a tanto —respondió Frédéric, que sonreía.

La directora inclinó la cabeza: Angélica, como una sombra, acudió a su encuentro. ¿Se debía el cambio a la muchacha? Los labios parecían sedientos. «No beba, Frédéric, el agua nunca es lo que parece.» Sabine la habría comprendido. En la enfermería, durante la noche, la muchacha había recuperado la lucidez. La mirada fija, agrandada, buscaba a la directora. «No quiero regresar al lago», había susurrado. Un único ruego, doliente. Miss Bell la había sosegado. No debía temer: el lago era inofensivo. Pronto se recuperaría y podría volver con sus compañeras. Pero Sabine había bebido demasiado; debilitada, tal vez no pudiera levantarse.

Durante aquellos días, los días de la convalecencia, Angélica recuperó su lugar natural entre las bailarinas. La luz se había aclarado. Una neblina azul se extendía por el pueblo; durante la noche, la nieve se acumulaba con cierto fulgor maligno. La sal no parecía disolverla. Los hombres, al amanecer, arrojaban paladas a las calles. Pronto se resignaron a aquel estado latente. Las alumnas, calzadas con sus botas oscuras, envueltas en sus capas, recorrían el sendero en dirección al lago. La nieve las aislaba del pueblo. Allí podían bailar sin ser vistas: tampoco a ellas les gustaban los lugareños. Aquellos hombres de mirada ennegrecida. Los niños de dedos sucios. Un desdén primario parecía poseerlas: sabían que eran animales hermosos. Criaturas jóvenes, de una rara perfección. No pensaban en las enfermedades futuras. En las manchas de la vejez cubriendo un rostro deformado. Miss Bell había aprendido a reconocer aquel estado propio de la juventud. Una ignorancia deliberada de las cosas. Del tiempo, que se negaba a discurrir. Algunas lo asimilarían con los años. Otras se descubrían un día en el espejo: una desagradable sorpresa. Una desconocida. Habría quienes morirían pronto; ya entonces, en el lago, empezaban a debilitarse. Miss Bell veía marcas bajo sus ojos. Una línea de ceniza cubriendo la frente. Los labios, abiertos al frío, cortados, se sellarían. ¿Había visto aquellos signos en la muchacha del lago? La recordaba con cierta vaguedad. Inteligente e insubordinada. Propensa a la distracción. Tenía el cabello negro, largo hasta la cintura. Se lo peinaba meticulosamente: en su cajón, peines de carey, pasadores delicados, polvos para las mejillas. Estaba abriéndose a la vida. A los placeres, que la sobrevolaban. Y entonces se había arrojado al lago. Aquello sí podía recordarlo: una tarde desapacible, nublada, el nudo que amarraba el bote había sido cortado. Una culebra extendida. La encontraron a las pocas horas; el cuerpo, intacto, había aparecido en una orilla. Los ojos estaban abiertos. El cabello, suelto, se le enredaba al cuello. Entre las hebras, una sola púa: el último tributo a su belleza.

Después de aquello se había prohibido a las alumnas abandonar el colegio. Pero las niñas necesitaban el aire, sus paseos. La naturaleza las ayudaba a pensar. Fijaba en sus frentes el conocimiento. Tras las vacaciones de verano, se permitió a las mayores regresar al pueblo. Las demás lo visitaban con las maestras, que velaban con celo a sus pupilas. Aun ahora, años después, se mantenían ciertas restricciones. Las alumnas eran controladas. Debían pedir permiso si querían

salir fuera de sus horarios. Angélica agasajaba a sus maestras. Deseaba estudiar la flora que crecía junto al lago. Sentía curiosidad por las aves. El estudio le servía de excusa: las maestras no podían resistirse. «¿Cómo vamos a negarle que aprenda?» Miss Bell seguía de cerca sus artimañas. Revisaba sus cuadernos; en ellos, notas sobre la fauna, esquemas de plantas bellamente dibujados. Angélica era meticulosa. Pagaba el precio de su libertad con un desdén altivo. «Sí, Miss Bell, siempre me ha gustado la botánica.» Y la veía partir con los patines al hombro, cruzar la verja, reunirse con Frédéric en el sendero.

Aquella tarde Frédéric volvió a ver a Miss Bell con las bailarinas. Sabine seguía en la enfermería. Angélica, que lo había acompañado hasta el lago, patinaba mientras las otras se preparaban. El día era diáfano. La blancura del lago resplandecía; el hielo, transformado, reflejaba los árboles. Las alumnas habían perfeccionado su baile. Angélica ocupó el lugar que le correspondía por derecho propio. En secreto, todas agradecían la enfermedad. La fiebre que velaba la mirada salvaje. Aquellos ojos rasgados y ambarinos. Sólo Miss Bell parecía disconforme. Le daba instrucciones a la profesora. Las muchachas debían abrirse, extender los brazos con mayor gracilidad, rozar el hielo con los dedos. Era necesario que asumieran riesgos; Angélica, que la miraba, tocó con los suyos las cuchillas. Aquellos patines cortantes. Frédéric se mantenía apartado: en la espesura, su presencia era una sombra borrosa. Tomaba nota de la ejecución. Imaginaba la música; el baile, voraz, la despreciaba. Le recordó aquel otro baile en la fiesta de Navidad; aquel día, Angélica estaba poseída por la misma fuerza. Pensó que el tiempo se había suspendido. Las bailarinas, con sus maillots blancos, adquirían la consistencia de la niebla. Todas rodeaban a Angélica. La sostenían: su baile era un reflejo del de la muchacha. Trece espejos ondulantes. Trece capullos abiertos. Entonces Miss Bell les dijo que se detuvieran. Era la primera vez que se dirigía a ellas directamente; la profesora, en silencio, la observó acercarse al hielo. «Angélica, no está usted siguiendo el ritmo», le dijo a la muchacha. A quién le importaban las normas, la rigidez del ritmo. Angélica había acaparado la música. Podía hacer que las demás se acomodaran a sus pasos. «Es una pena que Sabine no pueda acompañarnos, ¿no le parece? Su ritmo le resultaba siempre satisfactorio.» Miss Bell permanecía impassible. Angélica había vuelto a deslizarse; las otras, mirando a la directora, empezaron a seguirla. «Aunque, por otro lado, ¿qué puede saber usted del baile? No es más que una lisiada.» Miss Bell dio un paso hacia delante. El hielo, que se extendía entre la hierba, bajo los pies de la directora, se quebró sin violencia. Una grieta paciente. La araña apresando por fin al insecto.

Frédéric la vio caer al hielo. Por un instante, la directora permaneció completamente inmóvil. El

maestro comprendió que se había hecho daño; al caer, su peso había aplastado la pierna dañada. Ninguna de las bailarinas se movía. Frédéric se acercó con rapidez a la directora. Angélica, alejada de sus compañeras, los contemplaba.

—Deje que la ayude a levantarse —le dijo.

—No necesito su ayuda.

Pero tenía el rostro lívido, desencajado. Frédéric la levantó con suavidad. La pierna, fuera del agua, se arrastró sobre la hierba como una cosa muerta, brutal.

—No necesito que me ayude —repitió Miss Bell.

—Se ha hecho daño. Deje que la acompañe hasta el colegio.

La directora se apartó del maestro. Sólo necesitaba su bastón; si lo alcanzaba, podría volver al colegio sin ayuda.

—Vera...

Frédéric pronunció su nombre. Las dos sílabas con voz queda: una súplica. Miss Bell perdió el equilibrio y permitió que él la sostuviera.

—Necesito mi bastón.

La profesora lo había recogido. Acongojada, se lo tendió a Miss Bell, que había cerrado los ojos. En el lago, las bailarinas abandonaron su parálisis. El sueño las había cercado. En la mirada, un fulgor de nieve. Sólo Angélica parecía comprender qué había ocurrido. Se acercó a la orilla, mientras Frédéric cargaba con la directora, y bebió del agua que brotaba de la grieta.

No la vio durante varios días. En el lago, las bailarinas ensayaban con la profesora. Habían sincronizado su baile; Angélica, en el centro, las dominaba. Poseía un control total sobre el hielo. Aquella superficie pulida y engañosa. «Los que se acerquen a beber...», le había dicho un día. Miss Bell debía haber imaginado la trampa. La placa helada bajo la hierba. Los terrenos ocultaban acuíferos, pozos: los prados se anegaban con frecuencia. Un pueblo de agua. De nieve dura y afilada. Miss Bell no habló durante el camino de regreso. Frédéric caminaba despacio. Se acomodaba a su paso; la directora, tras los primeros metros, había renunciado a su ayuda. Él permanecía al acecho, presto a recogerla si caía. Pero Miss Bell conocía su dolor, lo asimilaba; el bastón, que se hundía en la nieve, bastaba para sostenerla. La dejó al alcanzar las escaleras de la entrada. Ella insistió en que lo hiciera: «No debe preocuparse», había dicho. El rostro todavía pálido, súbitamente envejecido. La mano aferrando el bastón negro. Frédéric la vio cruzar el umbral del colegio con aparente facilidad. Después había rodeado la fachada, buscando la estrecha puerta lateral, el acceso de las sirvientas. Un lugar donde esconderse. Donde observar sin que las demás lo vieran. Las bailarinas tardaron media hora en regresar. Se habían puesto las capas, las boinas ladeadas, los guantes. Angélica, cerrando la marcha, dejaba caer copos de

nieve. Tenía las manos desnudas. Sólo ella conservaba su fuerza. Las otras, que entraban emparejadas en el colegio, se habían transformado de nuevo en alumnas. Animales pequeños e inofensivos. Angélica, sin embargo, temblaba. Una agitación que obviaba la desnudez, el frío. Por primera vez le recordó a su hermana. Ambas florecían en la intemperie. La doblegaban con facilidad; el lago, en toda su extensión, se había plegado a sus deseos. La grieta estaba en el lugar adecuado. Había respondido a la señal: un movimiento suave. Un paso más allá de la hierba. Frédéric había comprendido entonces la batalla. Una contienda silenciosa, sostenida tal vez durante años. Sabine carecía de importancia. Era Miss Bell quien sostenía la cuerda; Angélica, de un tirón, había alterado el equilibrio.

Tuvo fiebre aquella noche. Una fiebre dulce, húmeda. La pierna estaba inmovilizada. Al caer, durante un instante, pensó que se había partido un hueso. Un latigazo la había sacudido. Pero después comprobó que era sólo el antiguo dolor, un dolor multiplicado. El maestro la había ayudado a levantarse. Recordaba ese momento con claridad: su cuerpo sostenido por el hombre. ¿Quién la había tocado por última vez? Puede que fuera su padre, siendo todavía niña, una criatura. Tal vez la había cargado en sus brazos por los senderos. En los paseos, cuando recorrían la falda de la montaña. Aquel lugar remoto y olvidado. No podía recordar realmente si su padre había cargado con ella. Quizá caminaba a su lado. Un paseo venenoso, hostil, preñado de silencio. No hablaba mucho, su padre. Ordenaba con majestad. Se le concedían dones, favores: había nacido para ser servido. Murió de forma indigna y satisfactoria. Miss Bell, que entonces tenía dieciséis años, arrojó cardos a su tumba. Era su último recuerdo. Aquel rectángulo en la tierra. Luego el féretro, negro, descendiendo con lentitud. «Que las larvas respondan a tus ruegos», había dicho. Después había abandonado el pueblo. Un último colegio la esperaba, cerca de la ciudad: allí se prepararía para ser maestra. «Entregó su vida a la enseñanza», diría su epitafio. A las alumnas, que agradecían el aprendizaje. Pero enseñar le había resultado tedioso. Las niñas tenían las frentes estrechas. No lograban memorizar sus lecciones. Eran caprichosas, volubles; Miss Bell, que conocía la disciplina, comenzó a ejercerla con diligencia. Pronto aprendieron a respetarla. Copiaban en sus cuartillas durante largas horas. Sostenían libros sobre las cabezas desnudas. Sólo una vez golpeó a una de ellas en la mejilla: un golpe seco, limpio. La muchacha se había rebelado, no le gustaba el esfuerzo. Se quejaría ante su padre del abuso. Aquella chiquilla mimada. «Es usted indigna de estudiar con sus compañeras», le había dicho Miss Bell. Entonces ella la llamó lisiada. Una palabra sencilla, sonora. Casi una afirmación. En aquella época, Miss Bell era todavía joven: el tiempo la había moderado. No golpearía a Angélica con una regla. No la expondría ante las otras. La fiebre, baja, constante, no la dejó dormir aquella noche. Tenía el cabello húmedo, los labios cortados por el frío. La ventana abierta dejaba penetrar la nieve. La

comería, la bebería a grandes sorbos para fortalecerse. La pierna muerta soportaría su peso en el hielo. También ella había sido una muchacha delgada, grácil: una bailarina. Durante años la habían considerado una promesa. «Recuerde, Angélica, nada es lo que parece.»

Miss Bell pasó tres días en su cuarto. El médico insistió: el reposo era imprescindible. Le sugirió que se trasladara a la planta baja. Que evitara sus paseos por la nieve; la pierna, todavía inmovilizada, había sufrido con el golpe. El dolor aumentaría. Podría incluso quedar inválida, si no se cuidaba. Miss Bell lo despidió con presteza, diciéndole que lo pensaría. Comprendía la naturaleza de su dolor. Se había modelado bajo su mirada atenta. Con los años, había asimilado la cojera, le pertenecía. «Permita que me entienda con mi propio cuerpo», le había dicho. En el aula de baile, las alumnas ejercitaban sus músculos. Comprobaban su resistencia. Sabían hasta dónde llegar, en qué lugar se encontraba la rotura. Habían estudiado su cuerpo desde los cuatro, los cinco años. Sabían más de él que muchos hombres y mujeres: conocían su fuerza, su debilidad. Miss Bell había poseído un cuerpo joven. Como ellas, se había observado meticulosamente en los espejos. Cuando llegó la cojera, supo acomodarla al movimiento. Nunca se sometería a ella: no renunciaría a su cuarto del último piso, a los paseos. No sería una lisiada. Cuando salió de la habitación, al tercer día, recorrió cada planta del colegio. Las alumnas estaban en las aulas. El silencio llenaba los pasillos, los ventanales; en el jardín, la nieve relucía. «Tendremos un invierno largo», dijo Miss Bell al contemplarla. Deseó tenderse sobre su blancura. Que el frío le calara la ropa, los huesos: un deseo carnal la poseía. Una cierta necesidad de demostrar su fuerza. Salió al jardín por la puerta de las sirvientas. Atravesó la nieve, todavía virgen, hasta alcanzar los sauces. Allí las ramas la protegían. La vegetación superviviente. Se había quitado la capa; sus manos finas, delgadas, estaban desnudas. Aquellas manos reconocían la nieve. Su cuerpo se reencontraba con su propio nido: aquel lugar antiguo en la espesura. También ella había sido joven. Se lo repetía, tumbada sobre la nieve, las manos como flores extendidas. Sus labios habían saboreado la vida. Sus músculos elásticos la sostenían. ¿Dónde estaba la muchacha que había sido? Ahora, a los cuarenta años, se lo preguntaba. Dónde dormía la bailarina. Quién llevaba flores a su tumba. «Madre, te prometí que no lloraría.» Pero Miss Bell lloraba: un llanto escarchado, dulce. Un temblor sobre la nieve.

Cuando regresó encontró a Frédéric en la galería. Su vestido, bajo la capa, estaba húmedo. El maestro parecía esperarla; apoyado junto a la puerta, la contemplaba.

—Veo que se encuentra usted mejor —le dijo.

Miss Bell inclinó la cabeza. No había sido nada, en realidad. Una caída sin importancia. El maestro observó fugazmente la pierna rígida. La había visto caminar a través del jardín; la cojera se manifestaba con mayor evidencia. Ella supo que no comentaría nada. Anteponía su discreción a la curiosidad. A diferencia de las demás maestras, o de aquellos con los que se había cruzado a lo largo de su vida, Frédéric veía más allá de la pierna. Más allá del bastón, que destacaba sobre la blancura.

—Se ha levantado pronto —le dijo ella.

Sabía que no tendría clase hasta la última hora. Conocía los horarios, el lento discurrir de las lecciones; ella misma los había diseñado. Frédéric le dijo que le gustaba levantarse temprano. A menudo desayunaba solo en el comedor; las sirvientas le servían café, tostadas. Luego, si las clases lo permitían, paseaba. Un paseo matutino, revelador. «¿Es así como compone su música?», le preguntó Miss Bell. Aquella música invernal y taciturna. «En cierto modo. Encuentro estimulante la naturaleza. Pasé mi infancia en el campo.» El niño Frédéric. Un muchacho delgado, de una palidez hermosa. Seguramente había pasado largos periodos enfermo. Era esa clase de hombre, de los que caminan siempre en los confines. Los ojos impenetrables. La música: compañera de juegos. Apenas sabía nada sobre su maestro. Él había demostrado su competencia; las alumnas aprendían con rapidez. Había inoculado en ellas el deseo. Un deseo de la música que hasta ahora se le había resistido a la directora. En el colegio, las muchachas preferían las actividades físicas. El baile, que engendraba rivalidades. El tenis, la hípica: los deportes de primavera. Ahora, sin embargo, las muchachas componían piezas en sus cuadernos. Trazaban pentagramas en las cuartillas. Tal vez fuera sólo para impresionarle: Frédéric seguía siendo misterioso. A menudo las descubría en los pasillos: las cabezas juntas, los labios formulando conjeturas. Se hablaba de que había paseado con Angélica. De una nueva pieza que alguien había logrado escuchar una mañana. «¿Se quedará el próximo curso?», le preguntaban. También Miss Bell se lo había preguntado, pero el maestro no tenía respuesta. «Quién sabe dónde nos colocará la vida en unos meses.» Parecía conocer algo aún no revelado. Igual que Angélica, poseía cierta sabiduría antigua. Una vida pasada. ¿Qué había vivido, Frédéric? ¿Qué temía? En el jardín, en aquella hora temprana, Miss Bell lo observaba con detenimiento. El maestro la había tocado. La había sostenido en su debilidad. ¿Qué habría ocurrido si él no la hubiera levantado? Las alumnas se deslizaban sobre sus patines. Un movimiento tenue, anómalo. También la profesora, aquella mujer huidiza, había permanecido quieta. Ella habría podido levantarse. Tomar el bastón, sostenerse con firmeza sobre el hielo. Cruzar la hierba, el sendero, correr incluso por la nieve. Pero Frédéric se había inmiscuido. Había elegido interceder por ella. En el colegio, las corrientes seguían sus trazados sinuosos, milenarios. Se hacían votos de fidelidad. Las amigas que se traicionaban eran luego castigadas, expuestas al oprobio público. Frédéric se había interpuesto

entre la muchacha y ella. ¿Qué haría Angélica ahora? ¿Lo castigaría? ¿Tenía acaso algún poder sobre el maestro?

Frédéric la había visto salir desde el aula de música. Su cojera se había acentuado. También parecía enferma, debilitada. Pensó en Sabine; quizá la muchacha le había contagiado su enfriamiento. Una epidemia de invierno. Una enfermedad furtiva y silenciosa. El lago, ramificándose bajo el colegio. Decidió esperarla en la galería. No la había visto desde el accidente. Tampoco había bajado al comedor aquella mañana; la imaginaba en su cuarto, un lugar cerrado, frío, un sepulcro en las alturas. ¿Reía alguna vez, Miss Bell? ¿Se miraba con ardor en los espejos? Costaba imaginarla siendo una muchacha. Una criatura joven y riante. Una alumna. Miss Bell, sentada en un pupitre de madera. Tomando notas con su mano delgada, traslúcida. Adquiriendo la sabiduría para dirigir un colegio. Patinando en un lago, antes de la cojera. O tal vez había sido siempre coja. La secuela de un parto malogrado, quizás una enfermedad infantil. Una caída abrupta. La niña Vera a lomos de un potrillo. Como aquella vez su hermana, con nueve años. Creyeron que se había matado. El animal la había arrojado a la tierra; entre los cascos, una criatura rubia, inerte. Un hilo de sangre en los labios. Cuando le permitieron verla, su hermana mantenía aquella extraña inmovilidad. Una frialdad del cuerpo y los sentidos. Los médicos dijeron que tardaría en recuperarse: el daño era emocional, profundo. Pero su hermana abandonó pronto aquel letargo. Había aprendido una lección valiosa, le dijo. Cuando creciera se la contaría. Frédéric, que entonces tenía cinco años, había deseado el crecimiento. Que ella le revelara lo que sabía. Sus ojos abiertos, claros, parecían ver a través de las cosas. Después de aquello nunca más volvió a caerse de un caballo. Había vencido a la debilidad. Si tuvo miedo, éste había desaparecido. Frédéric, al ver a Miss Bell, volviendo renqueante de entre los sauces, comprendió que la habitaba la misma determinación. Pero la directora ya no tenía nueve años. Angélica poseía la fuerza de su juventud; ¿cómo podría doblegarla?

Tras el accidente, Miss Bell se encargó personalmente de las bailarinas. La profesora había dejado la escuela. Se habló de ello en el comedor: un pariente enfermo, un amante. Un abandono repentino. Las alumnas patinaban cada tarde. Tras la comida, Miss Bell las obligaba a ejercitarse en el jardín. Después, recorrían en parejas el sendero; dos hileras silenciosas, concentradas. Harían su representación antes del deshielo. El lago, bruñido, se acomodaba a sus propósitos. La capa de hielo se mantenía sólida. A veces, un animal corría por ella. Un zorro de pelaje gris, furtivo. Olfateaba a las bailarinas desde la espesura. Las observaba: la mirada fija, feroz. Alguien dijo que se parecía a Sabine. La muchacha había vuelto a sus clases; sin embargo, Miss Bell no le

había permitido regresar al lago. «No está usted lo suficientemente fuerte. Se debilitaría en vano.» Sabine se había transformado durante la enfermedad. El cuerpo había adelgazado. Los senos, bajo el uniforme, habían desaparecido. Parecía poseer una elegancia nueva, ancestral; la huella del doliente en la mirada. La muchacha se resignó al encierro. La veía partir desde el dormitorio. Seguía la hilera de capas azules, los pasos presurosos, mudos sobre la nieve. La nuca descubierta de Angélica. Una tarde decidió entrar en el aula de baile; la clase, vacía, reverberaba. La luz se reflejaba en los espejos. La barra, pulida, acarició su mano. «Dejen que Sabine florezca», había dicho Miss Bell. La fiebre la había transformado. Su cuerpo, ligero, esbelto, se ajustaba ahora a la música invisible. Ya no le pesaba la carne. Sus pies desnudos la sostenían. Bailó hasta que ya no pudo verse en los espejos. La penumbra, densa, la devoraba. Fuera, las bailarinas regresaban del lago; las capas, mojadas, se abandonaron en el vestíbulo. Bailaría cada tarde hasta que ellas regresaran. Se peinaría el cabello, lo trenzaría: una corona negra sobre su frente.

Frédéric ya sólo conversaba con Angélica durante las lecciones. La muchacha ocupaba su tiempo entre el baile y el estudio. Miss Bell imponía la misma disciplina que en el colegio; las bailarinas soportaban el frío, los calambres, la nieve que lamía sus manos. Una mañana, la directora lo abordó en el comedor, antes de la llegada de las otras. Quería pedirle un favor. Las bailarinas deseaban que él tocara durante el baile. Habían elegido a Chopin, el músico polaco. «Ambos tienen el mismo nombre —había dicho Miss Bell—. Nos haría muy felices si aceptara.» Frédéric le dijo que lo pensaría. Igual que en la fiesta de Navidad, la música le era requerida. Las alumnas lo *deseaban*. Angélica tendía ante él sus manos: el lago, inmóvil, lo recibía. Se decidió que llevarían el piano durante la mañana; allí, un hombre del pueblo velaría por él. Después, las bailarinas se adelantarían, vestidas con sus maillots de nieve. Él podría ensayar antes, si quería. Pero Frédéric conocía las partituras: de niño las había memorizado. Eran aquellas piezas que tocaba para su hermana. Sus favoritas, de entre todas las que conocía. «Toca, mi músico polaco —solía decirle—. Mi pequeño niño, mi pianista. Toca para que los caballos duerman. Para que la fiera no despierte y nos devore. Toca, Frédéric, no temas. Yo estaré a tu lado si tropiezas.»

El día de la función, Frédéric supervisó el traslado del piano. Era un instrumento hermoso, antiguo; en la espesura adquiría matices nuevos e insospechados. Nunca había tocado a la intemperie. En su juventud, algunas veces se abrían las ventanas de la sala, la galería, pero el piano siempre había permanecido dentro de la casa. La música brotaba desde el interior. Se preguntó si el lago la aceptaría igual que había aceptado a las bailarinas. Si los pájaros silenciarían su canto. Aún dudaba de su decisión; una semana antes, le había confirmado a Miss Bell que tocaría para ellas. El esfuerzo lo merecía, le dijo. El de las alumnas y también el suyo, su perseverancia. La había visto ir y volver del lago cada tarde; la cojera, acentuada, apenas entorpecía su paso. Seguía a las muchachas con aparente facilidad. Pero el maestro la había visto detenerse junto a la puerta: el rostro, lívido, la delataba. El accidente la había debilitado. «No es posible recuperar la antigua fuerza», se había dicho. También él la había perdido irremediabilmente. Aquella fortaleza de la juventud, la vida. No tardaría en cumplir cuarenta años. Tal vez dejara la enseñanza, la música; en su familia, los hombres morían pronto. Enfermedades infecciosas, tuberculosis. Accidentes inesperados. Suicidios. La suya era una

familia de suicidas. Su madre había tomado láudano a los treinta y ocho años. Dejó una nota para sus hijos; al dorso, las instrucciones. Que quemaran su cadáver. Que esparcieran sus cenizas bajo los abedules. Deseaba penetrar en sus raíces hasta alcanzar las copas, las hojas ondulantes y flexibles. Su padre le negó aquella última petición. La esposa fue enterrada en el panteón familiar: un sepulcro blanco, bordeado de jazmines. Cipreses junto al camino. Una fuente de la que bebían niños y palomas. Los picos afilados los señalaban; la comitiva, cerrada, rígida, ascendía por el camino de tierra. Él tenía entonces catorce años. Había olvidado su rostro, el arco oscuro de las cejas. Su cabello claro. El mismo cabello de su hermana. La hija, que había heredado los rasgos y la enfermedad. No había asistido al entierro. Para entonces, su hermana ya no vivía con ellos; había dejado la casa un año antes. Se la llevaron en un coche de caballos. Las bestias, espantadas, lo volcaron a su regreso.

En aquellos días, los días de la nieve, Miss Bell se levantaba temprano. Tras las ventanas, la noche se despejaba con lentitud. El colegio permanecía en silencio. En los dormitorios, las alumnas dormían un sueño profundo y aceitoso. Una densidad de la inconsciencia. Las maestras, sin embargo, se despertaban fácilmente. A veces las escuchaba por los pasillos: un rumor de pasos breves, agitados. Un piar desprevenido. Bebían agua, dejaban huellas húmedas en la madera. Después se dormían de nuevo. Aquella pesadez de los ojos, de los párpados delgados. Ella hacía tiempo que estaba despierta. Escuchaba la quietud del silencio, su extraña pesadez sonora. Serena, erguida, se contemplaba en el espejo. Aún tenía los cabellos oscuros. La piel del rostro delicada. Las manos apenas delataban su edad; los dedos, finos, eran hermosos. También lo era el cuello; ahora se lo parecía. La curva delgada de los hombros, los brazos. Había extendido aquellos brazos durante el baile, en otro tiempo. Su desnudez expuesta ante los otros. Igual que las bailarinas, también ella había sido flexible como una caña. «Una promesa», dijeron. Una rama partida. Ahora, las alumnas absorbían su conocimiento. Había demostrado saber más que la profesora; ante todo, Miss Bell comprendía sus aspiraciones. Ella misma las había albergado. «Usted y yo, Angélica, nos parecemos.» Pero la muchacha era desdeñosa. Había crecido sin disciplina; su tutor, un hombre casi anciano, serio, de una rectitud pausada, apenas la veía. Había delegado en las mujeres. En las criadas, que la temían. Angélica era virtuosa, pero le faltaba modestia. Entrega a la disciplina. Miss Bell había intentado enderezarla sin éxito; a los catorce años, la muchacha estaba fuera de su alcance. La había visto dominar el hielo. La perfección imprudente de sus saltos. «Un día se romperá la cuerda. Recuerde lo que le digo, Angélica.» También ella la había sostenido. Tiempo atrás, Miss Bell había llevado un maillot blanco. Flores en la cabeza desnuda. Sobre el cabello negro, trenzado; prendidas de su pecho pequeño. «Pero toda flor se vuelve podredumbre.» Cada tarde, Miss Bell había guiado a las bailarinas. Había

recorrido con ellas el sendero, soportado la nieve, corregido cada pequeño fallo. No se toleraba el cansancio. Exhaustas, regresaban empapadas al colegio. Pero las niñas se recuperaban pronto. Miss Bell, junto a la puerta, esperaba a que entraran en los dormitorios. Mantenía la cabeza baja. El rostro crispado, rígido: el dolor le resultaba insoportable. «Que no me encuentre nadie — pensaba—. Que nadie contemple mi miseria.»

Durante un mes, la directora preparó a sus alumnas. Las bailarinas estaban listas. El lago, todavía inerte, no tardaría en transformarse. El hielo se adelgazaría, partiéndose en placas luminosas: el último resquicio del invierno. Pronto los torrentes dominarían los prados. En primavera, los árboles florecían con esplendor. Una exuberancia caprichosa, nociva. Las flores saturaban el aire, lo adormecían con sus aromas venenosos. Las alumnas se aletargaban. En el colegio, las ventanas permanecían cerradas. Se aislaba a las muchachas de la exuberancia. De aquellos olores densos, palpables, que se filtraban por las paredes. «Debemos evitar las distracciones», decía Miss Bell. El final del curso estaba cerca. El final del aprendizaje. Pero antes debían completar el invierno. Cerrar el trimestre con una interpretación: el baile. Se dispusieron sillas para las demás alumnas; las maestras, en la primera fila, las vigilaban. Sesenta muchachas rientes y agitadas. Las capas se deslizaban sobre la nieve. Las botas, lustradas, negras, multiplicaban sus huellas. Durante una hora, el colegio permanecería vacío. Un reino sin súbditos. Un edificio dormido. Frédéric, junto al piano, observaba a las alumnas sentadas. La espera ansiosa de los rostros. No les habían permitido asistir a los ensayos; por las tardes, las alumnas se debían al estudio. Podían pasear por el jardín, por la alameda junto al sendero, pero el lago quedaba fuera de su alcance. Las visitas al pueblo se habían restringido a los domingos; ese día, las bailarinas descansaban. Dos muchachas hablaron de la función de Navidad. Aquel baile de Angélica, hermoso, improvisado. «Un animal nacido de la espesura», así la recordaban. Una aparición. Pero también deseaban su fracaso. Las adolescentes, en sus afectos, eran volubles: amaban y odiaban con la misma intensidad. Rompían aquello que deseaban. Admiraban a Angélica porque era salvaje, y también por ello la envidiaban. Volcaban sobre ella sus contradicciones. Tal vez Sabine sintiera lo mismo. Cuando aparecieron las bailarinas, Frédéric vio entre ellas a la muchacha. Altiva, callada, ocupaba el lugar de otra compañera. Una enfermedad repentina, dijeron. Vómitos y fiebre. Sin ella, el cuerpo de baile quedaba incompleto. Pero Sabine estaba dispuesta. Los patines le golpeaban el pecho, ahora invisible. Su maillot brillaba con un fulgor de nieve. Había asimilado la música; se movía con una extraña suavidad, deslizándose sobre la hierba mojada. Sólo Angélica le hacía frente. Angélica, que ya se había puesto los patines y patinaba, se alejaba sola por la superficie del hielo: un ave que se eleva en las alturas.

Las fuerzas se habían equilibrado. Sabine estaba transformada; Angélica, a su lado, palidecía. Durante el baile, las dos muchachas se solaparon, devorando a las demás bailarinas. «A veces, la tierra tarda en dar sus frutos.» Sabine conocía la coreografía. Ocupaba un lugar destacado: sus ojos, aquella mirada rasgada, se abrían con violencia hacia la luz. Hacia el hielo, que se inclinaba ante ella. ¿Cuándo había ensayado? ¿Cuándo había aprendido Sabine a moverse de ese modo? Algunas de las alumnas la veían por primera vez: aquella muchacha morena, esquiva. La frente blanca y despejada. El cuerpo flexible del animal joven. ¿Por qué no la habían visto antes? ¿Dónde estaba, Sabine? ¿Quién era aquella desconocida que bailaba?

Al terminar, las alumnas aplaudieron durante largo rato. Se levantaron, inclinando sus cabezas jóvenes, los cabellos trenzados. La belleza las había conmovido. No tenían palabras para explicar la emoción, el peso. La densidad de aquello que sentían. Durante años, muchas serían incapaces de nombrarlo. Sólo hacia el final de su vida, ante un espejo, podrían pronunciar la turbación. El deseo que las había aniquilado. El miedo. Las bailarinas se acercaron a la orilla y extendieron sus brazos delgados, las palmas abiertas y desnudas. Agradecían el afecto de sus compañeras. Celebraban con ellas su pequeña victoria. Sabine, seria, mantenía la cabeza erguida. Cierta desdén mudo y solitario. Cuando la felicitaron personalmente, sonrió con desapego. Frédéric, junto al piano silenciado, esperó a que las alumnas desfilaran por el sendero. Las vio marchar, primero a las más pequeñas, cerrando la comitiva las maestras; entre ellas, las bailarinas, rientes, celebradas, con sus patines al hombro. Todas excepto Angélica, que se había detenido. Tenía una mancha en el maillot. Una marca roja, húmeda, junto a la cadera. La tela estaba cortada. En el suelo, los patines afilados como colmillos. El rastro de la bestia cazadora. Frédéric se acercó a ella. La muchacha le sonreía: una sonrisa incolora, rígida. «¿Le ha gustado el baile?», le preguntó. Ambos pensaban en Sabine. La mancha se extendía como una cosa viva, nebulosa. Una palpitación de la carne. Las rodillas de la muchacha se doblaron; antes de que alcanzara la nieve, Frédéric la recogió en sus brazos.

Las alumnas se marcharon una semana después del baile. Frédéric decidió que pasaría las vacaciones en el colegio. Allí tenía el piano, el aula de música, el jardín todavía helado y suspendido. Tres de las maestras, las más mayores, lo acompañarían. También Miss Bell, que debía supervisar los pequeños cambios. El edificio poseía una vida propia, secreta, que no llegaba a interrumpirse nunca. Durante el verano se realizaba una limpieza profunda. Se abrían los ventanales, las puertas: la brisa, dorada, tierna, lo recorría. También se hacían arreglos. Los colchones se sacudían en el jardín. Se cambiaban sábanas, pupitres; los suelos, opacos por las pisadas, volvían a pulirse. Vacío de muchachas, el colegio expulsaba sus vapores. Se regeneraba. Las vacaciones le permitían el descanso; sin ellas, tal vez se hubiera desmoronado hacía tiempo. Piedra sobre piedra en la espesura. Los jardines asilvestrados. Animales penetrando en sus dominios. Miss Bell velaba por su espíritu. «Es una cosa sensible, el colegio», le había dicho. Frédéric la encontró junto a la entrada; las alumnas habían partido, dejando una estela de nieve. Tal vez la última que pisaran aquel curso. El lago había comenzado su deshielo. En las orillas, la placa se había vuelto movediza, frágil. Habían elegido bien el momento del baile; unos días más tarde el lago las habría devorado. La directora parecía haber recuperado parte de su fuerza. Se apoyaba en el bastón como si no lo necesitara. Frédéric comprendió que, al preparar a las bailarinas, había hecho un esfuerzo más allá de lo recomendable. Una prueba ante sí misma. El baile había sido un éxito. Bajo su mando, las muchachas habían multiplicado sus capacidades. Ahora podía descansar, recuperarse. Abrir sus brazos a la primavera. Miss Bell le felicitó por su interpretación; él, con un gesto, le había quitado importancia. El mérito era de las alumnas. Suyo, de la directora. Miss Bell era, ante todo, una mujer respetable. Sólo Angélica la miraba con burla. La palabra no había vuelto a repetirse. Miss Bell parecía haberla olvidado; tras el baile, felicitó a la muchacha. Estaba orgullosa de su progreso. De todas ellas, que se habían entregado con pasión y constancia. Miraba a Sabine mientras hablaba. La directora era la única que no manifestaba sorpresa ante su recuperación. Dijo que sin duda estaba lista para bailar el próximo trimestre; Sabine, todavía callada, inclinó la cabeza.

Durante doce días, el colegio permanecería en una suspensión aparente. Los padres recogieron a las alumnas. Desde la tarde del accidente, Miss Bell pensaba en el maestro. Sentía una cierta

curiosidad por él. Durante meses había sido sólo un maestro, una sombra que discurría por los pasillos. Ahora, Miss Bell veía por fin al hombre. La luz tras la mirada gris, impenetrable. Había escuchado su música. «Por fin podrá tocar sin que las alumnas le molesten», le dijo cuando se encontraron junto a la verja. Él la observaba con atención. La había felicitado sinceramente. En el recodo del sendero se veía aún el rastro de las alumnas; la nieve, suspendida, flotante, caía de nuevo al suelo. Frédéric le propuso pasear. Una invitación formulada desde la sencillez. «¿Querría usted acompañarme?», le preguntó. El día era diáfano, limpio. No nevaría aquella noche. Ya no volvería a hacerlo, ni durante las vacaciones ni más tarde, cuando las alumnas regresaran al colegio. Miss Bell aceptó el ofrecimiento. Con lentitud, midiendo los pasos, tomaron el camino del pueblo. Del lago, que empezaba a despertarse. «Se dice que tiene vida propia», diría Miss Bell al verlo. El hielo los obligaba a la contemplación. Sin las bailarinas, había recobrado su antigua quietud. Su luz engañosa, oblicua. Bajo la capa de hielo, cada vez más delgada, parecía brotar un canto tierno y perezoso. Las voces acuáticas de los muertos. De la memoria, que allí se multiplicaba. «También había un lago junto a la casa de mi infancia —le dijo Frédéric—. Mi hermana patinaba cuando era niña.» Miss Bell se volvió para mirarlo. El maestro tenía la vista fija en el horizonte; la línea del hielo, ondulante, alcanzaba la falda de las montañas. Era la primera vez que le escuchaba hablar de sí mismo. De su familia, de la que apenas sabía nada. Conocía, claro, sus circunstancias. La razón por la que estaba en el colegio. ¿Cómo era su hermana?, le preguntó. «Se parecía un poco a usted, en realidad. Tenía su misma fortaleza.» La misma terca determinación. «Yo, en cambio, fui un niño débil. Creo que ya se lo imagina.» Miss Bell imaginó a los hermanos, unidos por el hilo indivisible de la infancia. Un corte los había separado. El tiempo, feroz, había erosionado los lazos. Pero Frédéric aún la recordaba. «Siempre nos quedará la memoria», le dijo. El lago, reproducido con exactitud junto a las montañas nevadas.

Tras el primer paseo, maestro y directora volvieron a encontrarse cada tarde. Paseaban en silencio, señalando la vida cambiante de los prados. A veces, Frédéric hablaba de su infancia. Frases breves, átonas, pronunciadas casi para sí mismo. Había temido a los cazadores. Las trampas que ponían en el bosque. Una vez, habían disparado a uno de sus caballos por accidente. El animal, sangrante, vencido, cruzó el bosque hasta alcanzar la casa. Su padre lo había rematado. Recordaba el tiro, certero; un chasquido en la espesura. Había sido el caballo favorito de su hermana. Desde ese momento, ella ya no volvió a montar. «Y usted, ¿montaba también?», le preguntó Miss Bell. «Oh, yo era demasiado miedoso. Sólo cabalgaba en mis sueños.» El niño Frédéric tendido en su lecho blanco. Los labios abiertos, húmedos: un deseo contenido. «Usted seguro que fue una muchacha valiente.» Miss Bell sonrió. «Me sobrestima, Frédéric. Soy más

cobarde de lo que piensa.» Él sonrió también, mirando el lago. Los paseos siempre concluían allí, ante la masa acuática: el reino de las bailarinas. Nunca hablaron de ellas. De Angélica, herida en el costado, febril tras el baile. Su tutor la había recogido al día siguiente. En la ciudad, la muchacha tendría tiempo para recuperarse. Vería caer la nieve desde el ventanal; su cuarto, en el último piso, estaba orientado hacia el este. Hacia el colegio, a kilómetros de distancia. Tal vez sintiera la desaparición del hielo. Su reino desmoronándose. Cuando volviera, el baile regresaría al interior. Al aula forrada de espejos, acusadores. Vería la figura de Sabine, deslizándose sinuosa sobre sus zapatillas de raso. Aquellos pies repentinamente transformados. Aquel cuerpo nuevo y deseable. ¿Había tenido Miss Bell algo que ver? La directora había pasado el tiempo con ellas. Horas enteras en el lago, instruyéndolas. Al regresar, las alumnas se retiraban a sus dormitorios; allí se quitaban el maillot húmedo, tomaban un baño, leían hasta la hora de la cena. ¿Dónde estaba Miss Bell entonces? ¿Dónde estaba Sabine?

Las alumnas regresaron la primera semana de abril. El lago había recuperado su rumor acuático; animales pequeños, desperezados, bebían en las orillas. Se esperaba una primavera templada. Por primera vez en años, el invierno cedía sin violencia. Se retiraba inclinado, sumiso: era el tiempo de las flores. En primavera, las alumnas podían por fin salir al aire libre. Se jugaba al tenis, al cricket; algunas montaban a caballo. Sólo las bailarinas permanecían por las tardes en el aula. Tres días a la semana se enfrentaban a los espejos. Allí, las mayores se preparaban para salir al mundo. Para las escuelas de baile, en la ciudad, que tal vez aceptaran recibirlas. Angélica había cumplido quince años durante las vacaciones. La herida del costado había sanado ya; una línea delgada, tierna, le recorría la carne. La marca de la derrota. En el dormitorio, descubrió a Sabine junto a su lecho. La muchacha se había cortado el cabello. A Angélica le pareció mayor, una mujer de mundo. Una desconocida. No lograba medir sus fuerzas; Sabine, distante, se le escapaba. Recordó que años atrás había amado a otra muchacha. Un apasionamiento temprano, febril, indecoroso. Una vez las sorprendieron juntas en la cama. Los cuerpos jóvenes, lisos, todavía vírgenes. Los cabellos entrelazados. Nunca supo qué había pasado con aquella muchacha. Una mañana sus padres vinieron a recogerla; después, Sabine se había cerrado al mundo. A las demás, que pronto olvidaron su presencia. En los colegios, las díscolas quedaban proscritas con rapidez. Las niñas deseaban hermanarse: los hilos, tensos, invisibles, las conectaban. Sabine había cortado todas sus cuerdas. Sólo ahora parecían volver atarse, cuerdas como culebras, como negras serpientes marinas. Alguien había dejado flores sobre su almohada. Una nota que la muchacha leyó deprisa, despreocupadamente. Al final del día, Angélica encontró las flores en el pasillo. Las habían pisoteado; los pétalos, todavía tiernos, se pegaron a sus pies descalzos.

Los paseos no se detuvieron tras las vacaciones. En aquellos días, todavía fríos pero de una claridad nueva, traslúcida, sus pasos habían llegado a acompasarse. Al principio, Frédéric caminaba despacio. «El invierno nos dejará pronto», aseguró Miss Bell. ¿Cuántos inviernos habría presenciado? Cuántos ciclos: el lago helado, la nieve endurecida, perpetua, sobre el sendero. La primavera traía consigo nuevas corrientes. Pensamientos arraigados desaparecían durante la noche. Mientras paseaban, Miss Bell le hablaba de la naturaleza. Había cierta arrogancia en la floración. En la frondosidad de los árboles. Bajo la nieve, la vida continuaba; una vida subterránea, lista para salir a la luz. No tardarían en ver el paisaje transformado. «¿Le gusta la primavera?», le preguntó. Frédéric prefería el otoño. La decadencia de las cosas. También ella lo prefería. «La primavera —le dijo— trae consigo las alergias.» La picadura del insecto. La rebelión de la sangre. «A menudo, es imposible contener a las alumnas. Por eso permitimos que salgan. Que jueguen a sus juegos en los prados.» La directora no solía hablar de las muchachas. Tampoco de sí misma. Una vez mencionó la casa en la que había crecido; en el jardín, un peral florecía con profusión. Cada año, las flores apretadas, blancas, caían en ramilletes sobre la tierra. La colecta de frutos era magnánima. «Pero la naturaleza es siempre caprichosa», le había dicho. El peral había enfermado; las hojas, amarillentas, cubrían las raíces. «Hubo que talarlo antes de que la enfermedad se extendiera a los otros.» Un tocón ennegrecido. La huella inevitable del desastre.

Angélica los había visto alejarse del colegio. El sol todavía estaba alto. A esa hora, las alumnas dormían. Se preparaban para el estudio posterior: el canto, el baile, la lucha. Los ejercicios requerían concentración. Angélica, sin embargo, no dormía. Contemplaba a sus compañeras; a Sabine, con el cabello corto, suelto sobre la mejilla. Había algo indecoroso en aquella forma despreocupada de dormir. Una animalidad latente. Las alumnas respiraban con determinación; en su sueño, tal vez corrieran o montaran a caballo. Las imaginó tendidas sobre la hierba: los ojos abiertos, opacos, mirando al cielo. Igual que el lago, las alumnas abandonaban su inmovilidad. Las manos se agitaban sobre las sábanas. Sabine lloraba. Le pareció un espectáculo hermoso: sus compañeras, dormidas y vulnerables. Sus sueños a la vista, expuestos con precisión. Podría haberlas asesinado a todas. Sólo entonces las toleraba. Durante el sueño, en su falsa quietud a punto de romperse. Cuando eran silenciosas y apacibles. Después, cuando despertaran, su presencia le sería insoportable. Se vería obligada a huir, a recluirse. Escapar del martilleo de sus voces. Pero el colegio tenía pocos escondrijos; los efluvios se filtraban bajo las puertas, atravesaban los ventanales, caían como un manto sobre los sauces del jardín. Sólo le quedaba el lago. El sendero, que ahora recorría el maestro junto a la directora. ¿Adónde iban? ¿De qué hablaban, bajo el follaje que protegía sus pasos?

La directora estaba en lo cierto: el invierno daba paso a una primavera forzosa y exultante. Los almendros se preñaron de flores. Frédéric componía y paseaba. Tras la comida, cuando alumnas y maestras se retiraban para una siesta breve, él se encontraba con Miss Bell en el sendero. Recorrían los prados durante una hora. El camino que bordeaba el lago. Después, ambos regresaban al colegio. Se despedían con educación, formalmente. Una inclinación de cabeza. Sin palabras que los separaran: ambos preferían el silencio. La exactitud de las frases verídicas, necesarias. Todo lo que decían era requerido; lo banal les resultaba superfluo, doloroso. Tal vez por eso Miss Bell no hablaba con las demás maestras: las personas, a menudo, eran superficiales. Temían enfrentarse a los silencios, encontrarse tal vez en sus recodos. Tener que mirarse en los espejos. Miss Bell hablaba con honestidad. Junto al lago, ahora erizado, vivo, pronunciaba fragmentos de la memoria. Sus padres habían muerto hacía años. Ambos descansaban juntos en una tumba sencilla a ras de suelo. Una cruz de madera los señalaba. El tiempo había sido inclemente con el padre: él, que lo había tenido todo, tuvo que conformarse con la sencillez. Una eternidad vacía. La casa se había vendido. Las tierras se rebelaron contra sus dueños: la cosecha, endurecida, impenetrable, ardió durante un verano. «¿Ha vuelto alguna vez allí?», le preguntó Frédéric. El maestro conocía la respuesta. «Ciertos paisajes es mejor dejar que ardan.» La infancia de la directora había ardido con los incendios. De todas maneras, había pasado gran parte de su vida en un colegio. Interna desde los cuatro a los dieciocho años. Luego, la enseñanza. Había visto el mundo a través de los libros y los veranos. Ahora sólo le quedaban los libros. El colegio demandaba su tiempo; incluso en las vacaciones, ella tenía que estar presente. Colmar sus necesidades. Proteger los muros de la intemperie. «Es un ecosistema frágil, un colegio.»

Durante la noche, en su cuarto pequeño, solitario, Frédéric pensaba en los paseos. La directora le había parecido un animal dormido. Aquella primera vez, cuando ella lo había recibido en su despacho, le pareció que caminaba sonámbula. «Hay otra mujer tras ese rostro», se había dicho. Ahora, Miss Bell se lo revelaba. Lo había visto por primera vez durante el baile: su gesto de una violencia fugaz, hermosa. La determinación. A veces, mientras paseaban, ella se detenía a contemplar el paisaje. Frédéric sabía que le dolía la pierna; la caminata, aunque suave, la fatigaba. Él le hablaba entonces con una claridad nueva, sonora. La distraía de la debilidad. Una

vez la había hecho reír; su rostro adquirió de pronto una dimensión desconocida. La altura de lo inaprensible, cierta juventud recuperada. ¿Había amado Miss Bell alguna vez? ¿Cómo había sido su vida? Frédéric trataba de imaginarla de niña. Aquella adaptación a la cojera sugería que el accidente había ocurrido hacía años. La enfermedad o la caída. Sabía que no había nacido así; su conocimiento del baile lo atestiguaba. Miss Bell había sido, en otro tiempo, una bailarina. Por eso comprendía a las alumnas. Podía ver en ellas talentos soterrados. En Sabine, a la que había tomado como protegida. ¿Qué la había malogrado de ese modo? ¿Cuánto había sufrido ella hasta aprender a dominarla? Renunciar al baile y a la vida. A la juventud, en su momento de mayor altura. Igual que había hecho su hermana. También ella se había malogrado: había sucumbido al aislamiento. Un encierro voluntario dentro de sí misma; ella, que había dominado la intemperie. Que construía con sus pasos el paisaje.

En el comedor se saludaban con la misma formalidad de siempre. Las maestras especulaban. Una de ellas los había visto desde el pueblo: ambos de pie, delgados, vestidos de negro. Habrían pasado por hermanos. Su fisonomía tenía algo de parejo; los rostros pálidos, angulosos, alejados de toda efusividad. Aquella forma de mirar. La directora había marcado las distancias. Rechazaba implicarse en modo alguno; las maestras, al llegar al colegio, trataban de extender sus lazos. Miss Bell las rechazaba siempre con educación. Enérgica y definitivamente. Pero Frédéric era, a fin de cuentas, un hombre. También ellas habían deseado compartir sus paseos con él. Que jugara a sus juegos de cartas. Los hombres eran escasos en los alrededores; en el pueblo había solamente viejos, niños, muchachos de mejillas hundidas. Hombres que una vez habían sido fuertes, ahora vencidos. Tenían las uñas negras, los cabellos ralos, secos. Ellas deseaban a sus semejantes. A Frédéric, que era también maestro. Pero se les había resistido desde el principio. Igual que Miss Bell, había impuesto su distancia. Un rechazo mucho más sutil pero igualmente definitivo. «¿De qué hablarán?», se preguntaban. Aquellas dos personas silenciosas. Dos barcas en la deriva del deshielo.

—Me ha cambiado por nuestra directora —le dijo Angélica una mañana, tras la lección.

Las alumnas habían recogido sus cuadernos. Unas pocas se rezagaron; desde la puerta, observaban a la muchacha, que se había acercado al maestro.

—Me consta que usted está ocupada bailando —respondió Frédéric.

En realidad, era cierto; Angélica pasaba horas en el aula de baile. Bailaba hasta la extenuación ante los espejos cegados. Las muchachas preparaban su última función, que daría cierre al curso.

—Es una función importante —le dijo.

—¿Más que el baile en el lago?

Una pregunta capciosa. Angélica sonrió. Frédéric había comprendido la rivalidad; el corte, aún tierno, latía en su costado. Aquella cicatriz pequeña que él había contenido, abierta bajo sus dedos.

—Sí, claro, el patinaje es un juego de niños.

—Entonces no le molestará que pasee con Miss Bell.

La estaba poniendo a prueba. Frédéric, callado, ausente, se divertía. Jugaba con inocencia. Pero Angélica era hábil tendiendo hilos; la araña, imperturbable, rodeaba sin prisa al insecto.

—Sólo me sorprende. Que tenga usted la paciencia necesaria, quiero decir.

La había dejado marchar sin darle una respuesta. Angélica poseía la soberbia de los jóvenes. Para ella, la vida concluía tras la adolescencia. Miss Bell, con edad suficiente para ser su madre, le recordaba la finitud. El ocaso inevitable de los cuerpos. En otro tiempo, la directora había sido como ella. Ambas se reconocían. Pasado y futuro se manifestaban en los espejos; enloquecidos, no podían tolerarse. Por eso se violentaban. Por eso Angélica, maliciosa, vivaz, manifestaba su celo.

También Sabine lo manifestaba. Tras su enfermedad, el aula le baile le había pertenecido. Ahora debía compartirla con las demás alumnas. Con Angélica, que pedía permiso para quedarse tras las clases. Ella también se quedaba. Hacía sus ejercicios en la barra, alejada, vestida con un maillot negro. Aquella blancura la ofendía. Angélica tenía los brazos desnudos, los cabellos rubios y brillantes. El sol que se filtraba doraba su cuerpo, aquella delgadez flexible, de huesos finos, nobles. Sabine deseaba quebrar su espinazo delgado. Golpear su nuca con una piedra. Demoler los huesos, los músculos flexibles: aniquilarla. Un deseo comedido. Fugaz, vibrando en los ojos rasgados, abiertos durante el baile. Aquella mirada soberbia, adulta. Las pestañas negras y alargadas. El iris ambarino del animal nocturno. Del búho, al que en cierto modo se parecía. Sabine bailaba como las rapaces, ferozmente, brutalmente, envuelta en la belleza nocturna. También Angélica la observaba. Ambas se medían en el aula pequeña; el suelo, encerado, las contenía. Así lo había dispuesto Miss Bell: el último baile sería un baile doble. Dos primeras bailarinas. Dos amantes enfrentadas.

La luz, templada, dilatada los días. En el colegio fermentaba la agitación. Tras la siesta y el estudio, las alumnas se ejercitaban. Jugaban al tenis en los prados; por los senderos, los caballos trotaban con indolencia. Animales nobles y seguros. Las niñas los montaban a horcajadas. Espoleaban a la montura, que adquiría velocidad al desplegar su salto. Su arco limpio sobre las cercas. Sobre el emparrado que años más tarde derribaría a una muchacha. Angélica no cabalgaba. Tampoco Sabine, que tras los ensayos permanecía en el interior, leyendo en la galería. La agitación, un griterío suave, un zumbido de abeja, se mantenía hasta la noche. Hasta la cena, a las ocho en punto. Entonces las alumnas se recogían, comían frugalmente, dedicaban el tiempo a sus compañeras. Reuniones clandestinas en los aseos. Había flores en los dormitorios. Calas de tallos finos, cortadas sin permiso por una mano pequeña. Unos dedos que acariciaban los estambres. La huella amarilla del hurto. Miss Bell, en las largas tardes primaverales, velaba por el buen funcionamiento del colegio. Se acostaba la última, entrada ya la madrugada, cansada y satisfecha. Las alumnas progresaban adecuadamente. El estudio no se descuidaba. La actividad física, pensaba, fortalecía el espíritu. Pero en la cama la pierna le dolía. Un calambre la privaba del sueño; al despertar, apenas podía sentirla. Dejó de desayunar en el comedor. Guardaba su fuerza para la tarde, para el paseo con el maestro. Frédéric no debía notarlo. «Parece cansada», le había dicho un día. La miraba con un temor antiguo, familiar. Ella le había quitado importancia; «Es la primavera —dijo—, a algunas mujeres nos debilita. Nada de lo que deba preocuparse». Sin embargo, había sido incapaz de dar la clase. Las bailarinas fueron informadas: una reunión urgente. La problemática de la dirección, que a veces se interponía. Las muchachas salieron al jardín; allí, sus compañeras las esperaban. En el último piso, en el dormitorio que daba al pueblo, las persianas se cerraron con violencia.

Las alumnas pidieron permiso para navegar por el lago. Los botes, pequeños, lustrosos, fueron llevados hasta la orilla. Una maestra las vigilaba. Los remos golpeaban el agua, se sumergían limpiamente, sin aspavientos. Lamían aquella superficie brillante, quieta como una lámina de mármol. Las manos se reflejaban. Los rostros inclinados, aspirando el aroma húmedo. En la espesura, en las orillas, los animales observaban a las muchachas. Aullaban sin convicción, repentinamente dóciles, tranquilos. No las temían: el agua las alejaba de ellos. Se hubieran

ahogado tratando de alcanzarlos. Una señaló un punto de la maleza. «¡Mirad —dijo—, un ciervo!» Un animal grande, majestuoso, teatral. El ciervo las miraba con sus ojos oscuros. Aquella mirada honda y milenaria. «Estáis aquí porque nosotros lo permitimos.» Los animales, sosegados, se retiraron al bosque. Sabían que estaban a salvo. Un extraño convencimiento parecía poseerlos: sabían aquello que se desconoce. También los hombres del pueblo lo sabían. Las alumnas, vestidas de blanco, remaban con eficiencia. Años atrás, una de ellas se había ahogado. Quiso tomar lo que no le pertenecía. A veces, alguien oía su canto; un lamento que procedía del lodo, de las profundidades. Se habían divisado sus huellas. Pero las alumnas habían recibido una educación. No creían en supersticiones. En fantasmas que brotaban del agua. Los animales, en la espesura, les parecían cercanos. Ninguna se aproximó a ellos. Les bastaba la creencia de que, si querían, habrían podido dominarlos. Estaban acostumbradas a obtener lo que deseaban. A ser mimadas por sus padres. En los jardines, los perros comían de sus manos tendidas. Ordenaban a los caballos: «¡Salta!». «Creo que por eso las desprecio», dijo Angélica. La muchacha no navegaba. Sentada bajo un árbol, observaba la superficie rizada del lago. Frédéric estaba con ella. Se habían encontrado en el sendero; por primera vez en mucho tiempo, el maestro estaba solo. Miss Bell había tenido que ausentarse. En su dormitorio, las persianas seguían bajadas. «¿Hay algo que le guste de ellas?», le preguntó. «Me gustan cuando duermen. Todos somos vulnerables cuando dormimos.» Frédéric la imaginó violenta, inclinada sobre sus compañeras. Un animal carnívoro. ¿Cómo habían muerto sus padres? Miss Bell mencionó un accidente. También había muerto un hermano, más pequeño. Un compañero de juegos. Angélica no lo recordaba; tampoco a los padres, le dijo. A veces, un gesto le llenaba la memoria. Una risa. Pero el vacío era poderoso. No quería recordarlos; su vida, tal y como era, le resultaba satisfactoria. ¿No se siente nunca sola? Angélica levantó la mirada. En el lago, la luz declinaba hacia el atardecer. Pronto, los botes regresarían a la orilla. El colegio los esperaba, tendiendo hacia ellos sus tentáculos. «Y usted, ¿los echa de menos? ¿Echa de menos a su hermana?»

Una noche soñó con ella. Con su hermana, de quince años, la misma edad de Angélica. Entonces todavía cabalgaba. Aún reía a veces; la risa, pensó, había sido lo primero en irse. En el sueño, su hermana le acariciaba la frente. Le decía que no temiera. «No temas, Frédéric.» Él permanecía en silencio. Al despertar, le pareció oír sus pasos en el cuarto. El peso exacto de su cuerpo sobre la madera. Hacía años que no soñaba con ella. De niños, cuando enfermaba, su hermana se sentaba junto a su lecho. Pasaba la noche despierta; humedecía su frente, sus labios pequeños, abiertos, rojos de fiebre. A menudo, su madre la reprendía. «Podrías contagiarte», solía decirle. Pero su hermana perseveraba. Cuando amanecía, Frédéric la veía junto a la ventana: una sombra recortada, huidiza. El cabello suelto sobre los hombros. El rostro demacrado del que vela.

¿Cuándo había dejado de cuidarle? Hasta el final, él había sabido dónde encontrarla. Angélica, a su lado, no esperaba respuesta a la pregunta formulada. Ya la conocía, como sabía tantas otras cosas. Frédéric había renunciado a la vida. Había elegido el temor, el aislamiento. Un encierro dentro de sí mismo. Sólo le quedaba la música, aquel resquicio de su infancia. «No debemos permitir que los muertos nos apresen», le dijo Angélica. La muchacha se había levantado; su mano, desnuda, blanca, estaba tendida ante él como una ofrenda.

En mayo, las lluvias encerraron a las alumnas en el colegio. El lago, crecido, se había desbordado. Torrentes sucios recorrían los prados, las sendas cubiertas de hierba. Durante días, el camino del pueblo quedó anegado. Frédéric tuvo que suspender sus paseos. Contemplaba la lluvia desde el aula de música; en el jardín, los sauces se sacudían con el viento. Un temporal de primavera. La naturaleza, rebelada, ponía en su lugar a los hombres. «No debe confiarse», le había dicho Miss Bell en invierno. De nuevo, el reflejo se distorsionaba. Reflejaba sombras que huían, temblores. Encontró a la directora en el aula de baile; las bailarinas salían en fila, ordenadamente. Ella permaneció dentro. Frédéric pidió permiso para entrar; Miss Bell, sin mirarlo, sacudió la mano. Un gesto vago, desprovisto de fuerza. Estaba apoyada en la barra; la blusa, ligera, se le pegaba al cuerpo. Había dejado el bastón en el suelo. Una culebra inerte y venenosa. Una herida en la tierra.

—Se está forzando demasiado —le dijo Frédéric.

—A veces el trabajo requiere sacrificios.

Pero Miss Bell parecía vencida. El maestro pensó que había envejecido; su delgadez le afilaba los pómulos, las manos que se aferraban a la barra.

—¿Por qué se hace esto, Vera? ¿Merece realmente la pena?

¿Lo merecía, aquel esfuerzo monstruoso? Miss Bell se lo preguntaba. De espaldas a los espejos, lívida, enferma, se preguntaba por el sentido de sus actos. Tal vez quisiera morir. Lo había deseado una vez, siendo todavía joven, antes de llegar al colegio. Quizá deseaba la destrucción. La rigidez total de la pierna, que apenas la sostenía. Una excusa para el suicidio. «Para qué vivir así», se preguntaba. ¿Por las alumnas? ¿Por aquella bailarina que tanto le recordaba a ella? Frédéric había recogido el bastón. Se lo tendió y, tras abrir la puerta, ambos salieron del aula. El pasillo estaba desierto. En las paredes, un susurro solapado de voces, un arrullo. El latido inalterable del colegio. Miss Bell le pidió que la acompañara. Caminaba despacio, erguida, sola. Al pie de la escalera, una alumna extraviada se disculpó: había olvidado una cinta en el aula. La directora inclinó la cabeza. Después, subió los escalones hasta el último piso; Frédéric, tras ella, cerró la puerta del dormitorio.

Las alumnas se entregaron al estudio. Fueron examinadas por las maestras, que evaluaron sus conocimientos. Habían aprendido lo necesario. También Frédéric celebró aquel año: las niñas habían descubierto la música. Algunas incluso habían llegado a amarla en el transcurso de las lecciones. Los instrumentos sonaban afinados. La sensibilidad florecía. Tal vez ninguna fuera una virtuosa, pero había logrado penetrar en ellas. Más allá de su curiosidad, las alumnas lo recordarían. «¿Se siente satisfecho?», le había preguntado Miss Bell. El maestro estaba conforme. Por primera vez, sentía el placer de la enseñanza. Del conocimiento que se transmite como un rito. Sólo las bailarinas se mantenían alerta. Terminado el estudio, el baile daría fin al curso; después, regresarían a sus hogares. A la ciudad, donde las esperaban sus padres. Los hermanos que las admiraban. Un dolor indefinido: la nostalgia. Sabine parecía febril, extática; la muchacha apenas salía del colegio. Los padres disfrutarían de aquella última función. En su memoria, durante el verano, quedaría sólo su huella. Era necesaria la excelencia. También Angélica se ejercitaba durante horas. Ambas en el mismo espacio, distanciadas por el silencio, dirigidas por el bastón de la directora. La muchacha rubia y la morena. Dos cisnes desplegando sus alas. «¿Vendrá a verme antes del baile?», preguntó Angélica a Frédéric. Dijo que le daría suerte. «Usted no necesita suerte, Angélica, pero iré a verla de todos modos.» La muchacha sonrió, complacida. «Es cierto, es Sabine quien la necesita.» Pero Sabine no era supersticiosa. Había ensayado con dedicación. Miss Bell le había transmitido algo más que su conocimiento; una pasión nueva, volátil, turbia, la poseía. Habría hecho cualquier cosa por el baile. Por destacar sobre sus compañeras. Pensaba en Angélica mientras dormía. «Todos somos vulnerables cuando dormimos.» Su cuello delgado, blanco, expuesto sobre la sábana. Sus tobillos finos. ¿No había logrado patinar en el lago? Entonces una de sus compañeras había enfermado. La enfermedad fue misteriosa, breve. A los tres días estaba recuperada. Tal vez no fuera necesaria la fuerza. Romper aquellos huesos hermosos, los músculos. Pero podía volver a encontrarla en el futuro. Sobre los escenarios: una rival invencible. Un veneno letal para su espíritu.

Miss Bell lo supo antes de que ocurriera. Aquella fiebre de Sabine, la mirada brillante, extraviada, en el rostro hermético. Lo supo porque también ella, años atrás, había visto esa mirada en el espejo. Esa determinación. Un deseo absoluto de la desgracia. Comprendió que la muchacha no dudaría en malograrse si así contenía a su rival. Si ambas caían, Sabine habría vencido. Sabine, que había amado antes que nadie en el colegio. Que aún recordaba a su compañera, su cabello extendido sobre la almohada, sus labios. Ninguna de las dos bailarías. La función sería cancelada; sus cuerpos, desmadejados, inertes, permanecerían sobre la hierba. Sobre los parterres, que habían vuelto a florecer. Narcisos velarían su sueño. Tulipanes blancos, abiertos, acariciarían sus huesos rotos. ¿Qué le quedaría entonces a Angélica? Sabine tenía a su amante. Su

recuerdo fugaz, hermoso; su paso por la vida. Tenía sus libros, la inteligencia. Angélica era descuidada. Se había entregado completamente a una disciplina voluble. «Es tan sencillo caer», pensaba la muchacha, mientras subía las escaleras hasta el último piso. Aquellos amplios ventanales, una puerta abierta a los jardines. El vuelo ante sus compañeras. ¿No quería volar con ella? Alguien había dicho de las bailarinas: «Parecen cisnes que se elevan». Las plumas se mancharían de sangre. Las alas se partirían. Tal vez, incluso, la muerte les llegara al encuentro. ¿No le parecía hermoso? Lanzarse al vacío de sus brazos. La épica del vuelo llevándolas a la grandeza.

Pero la directora lo había comprendido. Durante el último ensayo, Sabine había permanecido apartada. Observaba a Angélica con ansiedad. Al finalizar la clase se acercó a ella para susurrarle algo. Una frase breve, informativa. Miss Bell deseaba verlas en su despacho. Se reunirían allí en media hora. Después, Sabine abandonó el aula, deslizándose sobre sus zapatillas de baile. Angélica salió tras ella; las demás alumnas, rientes, siguieron sus pasos.

La encontró al fondo del corredor. Allí, la luz acariciaba el suelo, las paredes lisas, blancas. Una brisa nueva, fresca, se removía. El olor de los narcisos. De los parterres floridos al pie de la fachada.

—Sabine —le dijo.

La muchacha se volvió para mirarla. El cabello suelto, recortado, húmedo, resplandecía. Toda ella estaba iluminada. Le pareció una criatura hermosa, un animal despierto, salvaje, suicida. Un reflejo de sí misma, antiguo, sepultado por el paso de los años.

—Sabine, no merece la pena.

La directora recorrió el pasillo con lentitud. El bastón golpeaba la madera: un ruido sordo, certero. Sabine permanecía junto al ventanal abierto. El tiempo se cerraba sobre ellas. Angélica no tardaría en subir; debía, pues, alejar a la directora. Miss Bell tenía que irse. ¿Por qué se entrometía? Era ella quien la había guiado hasta allí. Ella le había tendido la mano, el baile. Le había transmitido su conocimiento. Aquella noche, en la enfermería, había tocado su frente: «Bailará usted, Sabine, no tema. Yo estoy aquí para ayudarla».

—Es demasiado tarde.

—Niña mía, aún no ha hecho nada que no tenga remedio. Cierre la ventana y venga conmigo, le hablaré de algo que ocurrió hace tiempo.

Sabine temblaba. Su mano se extendía hacia el ventanal, abierta y expectante.

—Usted no lo comprende.

—¿Qué es lo que no comprendo? ¿La rabia? ¿La fiebre? Ah, Sabine, claro que lo entiendo. ¿Por qué crees que uso esto?

La directora señaló el bastón, que había enmudecido.

Miss Bell estaba frente a ella. Ambas eran igual de altas. Sabine la miraba de nuevo con aquella brutalidad contenida, enferma.

—¿Por qué la protege?

—Trato de protegerte a ti, Sabine, no a ella.

En el pasillo, un reloj dio sus campanadas. Sabine ya no esperaba a Angélica; sabía que la directora la había disuadido. Estaban solas en el pasillo, enfrentadas bajo aquella luz primaveral y deslumbrante. El ventanal continuaba abierto. «No es más que una lisiada», pensó la muchacha. La juventud reunía sus fuerzas. Las contenía en su cuerpo delgado, tenso como el de un animal que acecha. Listo para el salto y la captura. Clavaría en ella sus colmillos, despedazaría la carne, aquella pierna inerte, negra, inquisitiva. ¿Qué sabía ella de la rabia? ¿Era posible que lo supiera?

—Podrías arrojarnos a las dos por la ventana, si eso es lo que quieres. Pero dime, Sabine, ¿qué ganarías con ello? No cometas los errores que yo cometí. Que no te devore la fiebre. En la vida habrá siempre quien nos supere; hoy es Angélica, mañana será cualquier otro. Yo he tardado demasiado en comprenderlo. No cometas el mismo error, Sabine; que tu juventud no te impida vislumbrar el futuro.

Frédéric recogía sus partituras cuando la muchacha entró en el aula de música. Estaba vestida para el baile. El vestido azul, largo, ligero: auténticas plumas de cisne. En el cabello, una corona de flores. Cintas en las muñecas. Le pareció verla por primera vez tal y como era: una desnudez absoluta parecía envolverla. Una determinación hermosa. «Pensaba ir a visitarla», le dijo. Angélica lo sabía. En el maletín, las partituras anunciaban la despedida. También él se iría al terminar la fiesta.

—¿Me echará de menos? —le preguntó ella.

—Lamentaré su marcha.

Angélica acarició el piano. En sus años de colegio nunca le había prestado atención; la música, para ella, estaba ligada al baile. Ahora un hombre tocaba en sus sueños. Aquel hombre, Frédéric, el maestro. Había aprendido sus movimientos. Conocía sus imperfecciones, aquel temor antiguo que a veces lo dominaba. Al verlo el primer día, desde las escaleras, comprendió que ambos estaban atados. Llevaban una huella sobre la frente. La orfandad, expuesta sólo ante sus semejantes. Ante Miss Bell, que tampoco tenía padres. Ante ella, que había conocido el luto a los cuatro años. Por eso se había acercado al maestro. En el colegio, las alumnas hablaban de su familia. Compartían los regalos y las cartas. Angélica no tenía correspondencia. Su tutor se ocupaba de ella por principios: nunca se habían querido. Cuando cumpliera dieciocho años podría disponer de su fortuna. Abandonarlo, igual que él la abandonaría a ella. Mientras, tenían que tolerarse. Pero Angélica era paciente. Había cumplido quince años; pronto, la soga se cortaría. Viviría su soledad absoluta; sólo el baile, aquel amante antiguo, caprichoso, permanecería a su lado. Sólo la convicción del movimiento. La certeza de poseer su cuerpo y doblegarlo.

—Hay algo que me gustaría darle —le dijo Frédéric.

Tenía una partitura en la mano. Una composición breve, terminada. La había compuesto para ella.

—Para que me recuerde —le dijo.

—¿Podría tocarla? Aún tenemos tiempo.

En el jardín se oía el canto de los pájaros. Las alumnas habían acompañado a sus padres hasta el pueblo. Hasta el lago, que invitaba a sumergirse en la quietud de sus aguas. Frédéric se sentó al

piano. Hacía años que no tocaba para nadie. En las funciones había tocado para sí mismo, con una lejanía absoluta del mundo. Sólo así había tolerado exponerse, que los otros lo observaran. Ahora, en aquel último día, el día del baile y del adiós, tocaba para ser oído. Para que Angélica bailara.

—Así no se olvidará de mí, maestro —le dijo ella. Pero Frédéric no olvidaría a la muchacha: su voz cálida, valiente, lo había despertado.

Las bailarinas fueron aplaudidas tras la función. Sabine y Angélica se inclinaron ante su público. Ambas habían encontrado su sitio; Miss Bell las había complementado. El baile se enriquecía con su presencia doble. Una muchacha del primer curso les entregó un ramo de lirios; las flores, blancas, frescas, se acomodaron en sus brazos. Sobre el vestido azul de Angélica, que permanecía seria. Frédéric las vio desfilar una última vez: atravesaron el escenario para desaparecer después por una puerta lateral. Las luces se apagaron. Los padres, desperezados, satisfechos, comenzaron a diseminarse. Pronto estarían de camino a casa. Se llevarían a las hijas, que observarían la mancha fugaz del paisaje. Un último vistazo al lago. Aquella lámina plateada, mudable, que había seguido su crecimiento. Las muchachas se habían desarrollado bajo su influjo. Bajo su voz suave, imperceptible, poderosa. Un canto de agua y muerte. De reencuentro futuro. ¿Cuántas regresarían al colegio convertidas en maestras? ¿Cuántas pedirían morir en aquellas tierras? También Frédéric regresaría. Lo había decidido una semana antes, después de hablar con la directora. Allí había encontrado cierta paz de espíritu; en el jardín, que se ajaba y florecía, en los prados que se extendían ante la vista. El lago lo había capturado. También a él, pensaba. Angélica se lo había dicho. «Ciertos paisajes nos poseen. Como en un espejo, en ellos nos reconocemos.» El lago se parecía al de su infancia. Las montañas, todavía nevadas, polvorientas, se abrían a la memoria. Su hermana corría por las praderas. Lo acompañaba de nuevo, esta vez sin dolor; la herida, tantos años abierta, había cicatrizado. Angélica soplabla sobre ella. El lago la bañaba en sus aguas. Miss Bell, serena, seria, había quitado la venda. «No debemos aferrarnos a los muertos —le había dicho la muchacha—. Aunque siempre nos acompañen.» Había resuelto visitar su tumba. La casa blanca de su infancia. Los establos, ahora vacíos. Lo vendería todo, tras despedirse, y luego regresaría al colegio para quedarse.

Muchas de las alumnas se marcharon tras la función. Otras pasaron su última noche en los dormitorios, abiertos ahora a la luz nocturna, al aroma tibio de las flores. Por la mañana, Miss Bell aguardaba junto a la entrada. Las muchachas desfilaban por el sendero. En la verja las esperaban los padres, que habían pasado la noche en el pueblo. La mayoría volverían el año

próximo; su educación aún no había concluido. Las mayores se despedían con ceremonia. Había sido un placer instruirse en el colegio. Tenerla como directora. Atrás dejaban ciertos aromas, un peine bajo la almohada, unas zapatillas de raso. Tesoros que serían descubiertos el próximo curso. Cartas en el interior de los libros. Toda una genealogía de muchachas, escrita en el reverso de las paredes, en los espejos. En los cuadros de los pasillos. ¿Cuántos dedos habían acariciado los muros? El tacto de la juventud. Miss Bell les estrechaba la mano y luego las dejaba ir, liberadas por fin de su yugo. Cuando le llegó el turno a Angélica, ambas se detuvieron. La directora la había felicitado tras el baile. «Será usted una gran bailarina —le había dicho—. No permita que la vida la tuerza.» Le daba su bendición; Angélica, todavía seria, le entregó sus flores. «El mérito ha sido suyo.» Suya era la perseverancia, la entrega. Ahora, en el adiós, ambas extendían sus manos. Las palmas abiertas, desnudas, limpias.

—Cuide de Frédéric —pidió Angélica.

La directora asintió con la cabeza. Un gesto leve, familiar. Después, Angélica cruzó el sendero tras sus compañeras. Allí la esperaba su tutor. Tendría tiempo todavía de ver el lago. «También yo me despidió de los muertos», se dijo. De aquella muchacha que la había obsesionado. De Frédéric, que la vio partir desde una de las aulas.

También las maestras abandonaron el colegio a lo largo del día. Miss Stone se casaría por fin, vestida de blanco. Una de ellas moriría durante el verano. La directora las despidió a todas con cordialidad, formalmente, sin entusiasmo. El murmullo del colegio se apaciguaba. Sólo quedaban los pájaros, el aullido de un animal en la espesura, la brisa sacudiendo las hojas. Las ramas agitadas de los sauces. En el vestíbulo, una única maleta. La del maestro, que partía el último, al atardecer.

—La veré en septiembre —le dijo él.

Su mirada se había despejado. Aquella mirada gris, doliente; los mismos ojos de su hermana. Miss Bell reconoció su gesto. La huella sobre la frente había desaparecido. «Los huérfanos habitan en la memoria», había dicho ella una vez. Él había abierto la suya. Había dejado que la brisa la aireara. Su hermana, fantasmal, había abandonado el espejo. «Cuando llegó temí que no pudiera resistirlo. Me habían hablado de su pérdida, los padres y la hermana muerta. De su soledad. No sé por qué acepté acogerle, nunca antes había aceptado a un maestro. Pero ahí estaba su huella. Sus manos, Frédéric, ¿le han dicho alguna vez que tiene unas manos hermosas? Supongo que era inevitable.» La vida había tendido sus lazos. Había disuelto los venenos. Miss Bell miró por última vez al maestro; él cargaba ya su maleta, descendía hasta el sendero.

—Aquí estaré —respondió.

Velando el colegio, el lago, erguida como un junco inquebrantable.



© Álvaro Gómez Pidal

Dara Scully (1989) es escritora y fotógrafa. Estudió Bellas Artes en la Universidad de Salamanca y fotografía en la escuela EFTI. Su obra explora la belleza de lo que habita en las sombras, así como el vínculo hermoso y cruel que nos anuda a la naturaleza y al instinto. Ha publicado *Tenían la belleza del salvaje* (Harpo, 2015) y su obra fotográfica ha sido expuesta en ferias de arte como Room Art Fair o JäälPhoto.

Instagram: [@darascully](https://www.instagram.com/darascully)



*Entra en la ciudad sitiada y descubre las nuevas voces
de la literatura hispánica*

En febrero de 2004 Caballo de Troya anunció la salida de sus primeras novedades y mostró sus señas de identidad: un sello con perfil de editorial independiente integrado paradójicamente en un gran grupo. Hoy se puede afirmar que dicha paradoja ha funcionado con eficiencia y sin contradicciones. Caballo de Troya, que tiene como principal objetivo servir como plataforma editorial para nuevas voces literarias hispánicas, ha puesto un centenar de títulos en el mercado español con una muy favorable acogida por parte de la crítica más atenta y de los puntos de venta con mayor tradición y relevancia literaria.

Fundado por Constantino Bértolo, el sello ofreció a autores españoles o latinoamericanos reconocidos hoy en día hospitalidad, apoyo o un primer impulso. En 2014 el proyecto tomó un nuevo rumbo: cada año un editor invitado es el encargado de sumar sus apuestas al catálogo. Caballo de Troya es hoy una referencia entre los autores más jóvenes y más ambiciosos literariamente. Una editorial para nuevas voces, nuevas narrativas, nuevas literaturas.

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

«He privilegiado las ficciones que establecían un diálogo crítico con el presente. La mayoría de los libros que he seleccionado tratan sobre la identidad y las herencias en todas sus variantes, temas estos que también protagonizan mis escritos.»

La cosecha de Elvira Navarro dio con uno de los éxitos más destacados de la editorial: *El comensal* (Premio Euskadi de Literatura), una novela autobiográfica en la que Gabriela Ybarra trata de comprender su relación con la muerte y la familia a través de dos sucesos: el asesinato de su abuelo a manos de ETA y el fallecimiento de su madre. Algunas de las obras que conforman el año de Elvira Navarro versan también sobre las herencias políticas y familiares, teniendo el conjunto de su catálogo los legados como hilo conductor.

TÍTULOS PUBLICADOS

La edad ganada,
Mar Gómez Glez

Sin música,
Chus Fernández

Yosotros,
Raúl Quinto

La vida periférica,
Roxana Villarreal

Fuera de tiempo,
Antonio de Paco

El comensal,
Gabriela Ybarra

Meteoro,

Mireya Hernández

Filtraciones,
Marta Caparrós

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

«Pretendo que el conjunto de los títulos que se publican bajo mi interinidad conforme un despliegue coherente, un discurso; una conversación.»

Alberto Olmos cuenta entre sus apuestas como editor de Caballo de Troya con el IV premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. Los relatos de *El estado natural de las cosas* se adscriben en el género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir. Un éxito similar ha tenido *La acústica de los iglús*, conjunto de cuentos en los que la matemática de la música y de la vida arrojan el resultado sonoro que registra la mirada única de su autora. Las cuatro novelas que cierran las apuestas de Olmos se suman al diálogo que quiso abrir como editor, una conversación sobre el pasado, sobre la corrupción moral y política; un diálogo lírico sobre la supervivencia y la comprensión.

TÍTULOS PUBLICADOS

La pertenencia,
Gema Nieto

Los primeros días de Pompeya,
María Folguera

La fórmula Miralbes,
Braulio Ortiz Poole

El estado natural de las cosas,
Alejandro Morellón

La acústica de los iglús,

Almudena Sánchez

Felipón,

David Muñoz Mateos

AÑO 2017: LARA MORENO

«Hay algo que atraviesa cada libro que he escogido y los une: la voz de cada uno, la búsqueda de comunicar a través de lo literario, el grito que la narrativa supone en la vida del escritor. Por eso están ahí.»

Lara Moreno inauguró su año en Caballo de Troya con *La hija del comunista*, reconocida con el premio El Ojo Crítico. Esta novela íntima atravesada por la Historia cuenta la vida de unos exiliados republicanos españoles en Berlín, antes de la construcción del muro, durante y después de su caída. Cruzadas en su práctica totalidad por las experiencias personales de sus autores, las obras seleccionadas por Lara Moreno comparten una voluntad de entender. Sus autores interrogan a su pasado o a su presente rebuscando en las raíces de su familia, en situaciones laborales llevadas al límite o en los rincones del mundo y la literatura que acaban conformando nuestros destinos individuales.

TÍTULOS PUBLICADOS

La hija del comunista,

Aroa Moreno Durán

Hamaca,

Constanza Ternicier

Televisión,

María Cabrera

Animal doméstico,

Mario Hinojos

Madre mía,

Florencia del Campo

En la ciudad líquida,

Marta Rebón

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

«El catálogo de 2018 es verdaderamente polifónico; lo he seleccionado confiando en mis corazonadas y en mis años de experiencia en el mundo literario.»

Mercedes Cebrián ha escogido cuidadosamente seis historias que conforman un abanico narrativo ciertamente heterogéneo: desde los diarios de una adolescente española en los años noventa en *Y ahora, lo importante*, hasta las descripciones de una región gobernada por la oscuridad, en la que un mineral recoge las voces de sus habitantes, en *Umbrá*. Destacan también las experiencias de *Florentina*, una mujer que tuvo que emigrar de Galicia a Argentina a principios del siglo xx en busca de una vida mejor. Junto con el resto del catálogo ideado por Cebrián, estas tres apuestas nos acompañan en un viaje por distintas épocas y espacios que, como toda buena travesía, nos cuestiona y nos enfrenta con nuestra propia realidad.

TÍTULOS PUBLICADOS

Y ahora, lo importante,

Beatriz Navas Valdés

Las ventajas de la vida en el campo,

Pilar Fraile

Florentina,

Eduardo Muslip

Para español, pulse 2,

Sara Cerdón

Umbrá,

Silvia Terrón

Maratón balcánico,
Miguel Roán

AÑO 2019:
LUNA MIGUEL
Y ANTONIO J. RODRÍGUEZ

«Nuestro deber aquí también era anunciar, asentar y reivindicar lo que tímidamente se había mostrado como la literatura de una nueva generación, esa cuyas fechas de nacimiento oscilan entre mediados de los ochenta y principios de los noventa, y que, por mucho que lo hubiera intentado, tardó en encontrar su espacio.»

La selección de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez hilvana el grito generacional de una nueva ola de autoras y pensadoras. Las distintas voces que conforman este Caballo de Troya intentan remendar, o al menos explicarse, las fisuras y los desgarrones que las expoliaciones de la sociedad moderna han causado en los jóvenes. *Game Boy* y *Cambiar de idea* son reflexiones incómodas y singulares que indagan en las masculinidades tóxicas y en los feminismos. *Ama* es un ejercicio memorístico que se expande desde la intimidad familiar hasta el vértigo de toda una generación en su paso a la edad adulta; ese que en tres historias completamente distintas, *Había una fiesta*, *Listas, guapas, limpias* y *Cómica*, se explora desde el trauma y las heridas. Todos ellos siempre desde el humor y la ironía, siempre cuestionándose la asunción de los roles de género, la precariedad y la política.

TÍTULOS PUBLICADOS

Game Boy,
Víctor Parkas

Cambiar de idea,
Aixa de la Cruz

Ama,
José Ignacio Carnero

Había una fiesta,
Marina L. Riudoms

Listas, guapas, limpias,
Anna Pacheco

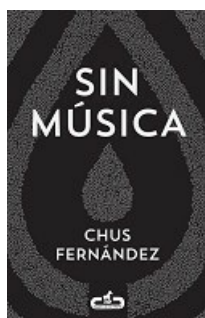
Cómica,
Abella Cienfuegos

Si te ha gustado *Animal de nieve*, te recomendamos:

AÑO 2015: ELVIRA NAVARRO

SIN MÚSICA

Chus Fernández



¿Cuándo entendemos qué es lo importante y qué lo que debe dejarse a un lado? Sin duda, los shocks emocionales y los fracasos fundan por sí mismos caracteres que se convierten en destinos. No obstante, quizá haya una alternativa a este fatalismo, y es que, si bien nadie nos salva del golpe, en nuestra mano está el decidir cómo lo vivimos. En *Sin música*, un niño cuyo hermano ha fallecido en un accidente años atrás, y cuya hermana se ha ido recientemente de casa, trata de escapar del derrumbe en el que están inmersos sus progenitores sin renunciar a dar cabida a todo lo que piensa y hace, es decir, sin permitir que su vida se convierta en el desmoronamiento del que es testigo. El resultado de estos y otros asuntos es una novela singular y envolvente que recomendamos que lean con un boli o un lápiz en la mano, pues les van a entrar ganas de subrayar muchos de sus pasajes.

AÑO 2016: ALBERTO OLMOS

EL ESTADO NATURAL DE LAS COSAS

Alejandro Morellón



Un hombre se presta a perder una parte de su cuerpo a cambio de unos miles de euros; una mujer ríe en medio de los disturbios sociales que arrasan la ciudad; un pueblo espera con devoción la llegada de un huracán; alguien entierra un testículo en el cementerio de la Almudena; un marido acaba viviendo en el techo... Son solo algunos de los planteamientos radicales y perversos que encontramos en esta antología de relatos, tan atenta a la fabulación más exigente como a la creación de unas resonancias sentimentales capaces de interpelarnos. Una colección de historias donde no sólo se pone en tela de juicio lo que entendemos por normalidad, sino también las leyes fundamentales de la física y hasta el buen gusto convencional. Estas siete narraciones de Alejandro Morellón se adscriben al género fantástico, pero lo modulan y deforman para volverlo a su vez denuncia y retrato de los tiempos que nos ha tocado vivir.

AÑO 2018: MERCEDES CEBRIÁN

UMBRA

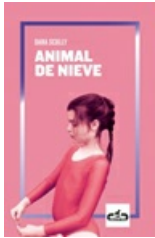
Silvia Terrón



Umbra es una metáfora lúcida e inquietante sobre el futuro de la especie humana, una reflexión sobre la voz y la comunicación, sobre la arqueología de un pasado remoto que es nuestro presente y la evolución futura de la especie. *Umbra* transcurre en un futuro en que los humanos ya no pueden emitir sonidos y el planeta ha quedado dividido en una región de luz y otra —llamada Umbra— de sombra. Los ecos de las voces de nuestro presente se fosilizaron en un mineral llamado «ecoral», que es la principal fuente de energía. Las clases altas rompen fragmentos de

mineral para liberar el eco prisionero que suena una última vez antes de desaparecer. Pero el mineral escasea, por eso gran parte de la población de Umbra vive privada de voz y entre tinie-

Dara Scully nos transporta con *Animal de nieve* a un lugar aislado y frío donde la directora de un internado femenino impone una férrea disciplina en las alumnas, hasta que la llegada de un nuevo profesor hace que una ellas rompa el molde y reclame su propia existencia.



«Las alumnas especulaban. Un hombre había penetrado en sus dominios, en su colegio de paredes de piedra, de entramados de flores en los jardines. ¿Acaso se aventuraban a decirlo? ¿Era tal vez un maestro? ¿Se atrevería Miss Bell a dejar que un hombre enseñara a las muchachas?»

Animal de nieve es la segunda novela de la fotógrafa Dara Scully, cuyo arte ha conseguido enredar a sus miles de seguidores en un mundo de cuerpos mágicos, escenas hipnóticas y animales heridos. Precisamente todas esas cosas son las que componen el universo de este libro, con una historia unas veces deliciosa y otras claustrofóbica sobre un internado para niñas regentado por una misteriosa directora.

De entre todas las alumnas, Angélica se sabe diferente al resto. Tal vez sea su ímpetu, o su curiosidad, tal vez sean sus nervios, o sus ansias de belleza, pero ella reconoce que ese colegio es demasiado sombrío. Que necesita salir de allí y ser libre. Será tras la llegada al colegio de Frédéric, el nuevo profesor de música, cuando todos esos sentimientos terminen por estallar en su corazón. Él es un hombre que ha visto más allá de los muros del internado y que, pese a todo, se enfrenta a los mismos fantasmas que las chicas.

Animal de nieve es una novela lírica, sobrecogedora, que sigue la estela de la literatura de Fleur Jaeggy, Herta Müller o Marguerite Duras, y cuyas protagonistas recuerdan también a las ninfalas del arte de Virginia Mori o Sally Man.

Edición a cargo de Luna Miguel y Antonio J. Rodríguez

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Dara Scully

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de portada cedida por la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17417-24-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Animal de nieve

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Sobre Dara Scully

Caballo de Troya

Si te ha gustado Animal de nieve, te recomendamos...

Sobre este libro

Créditos